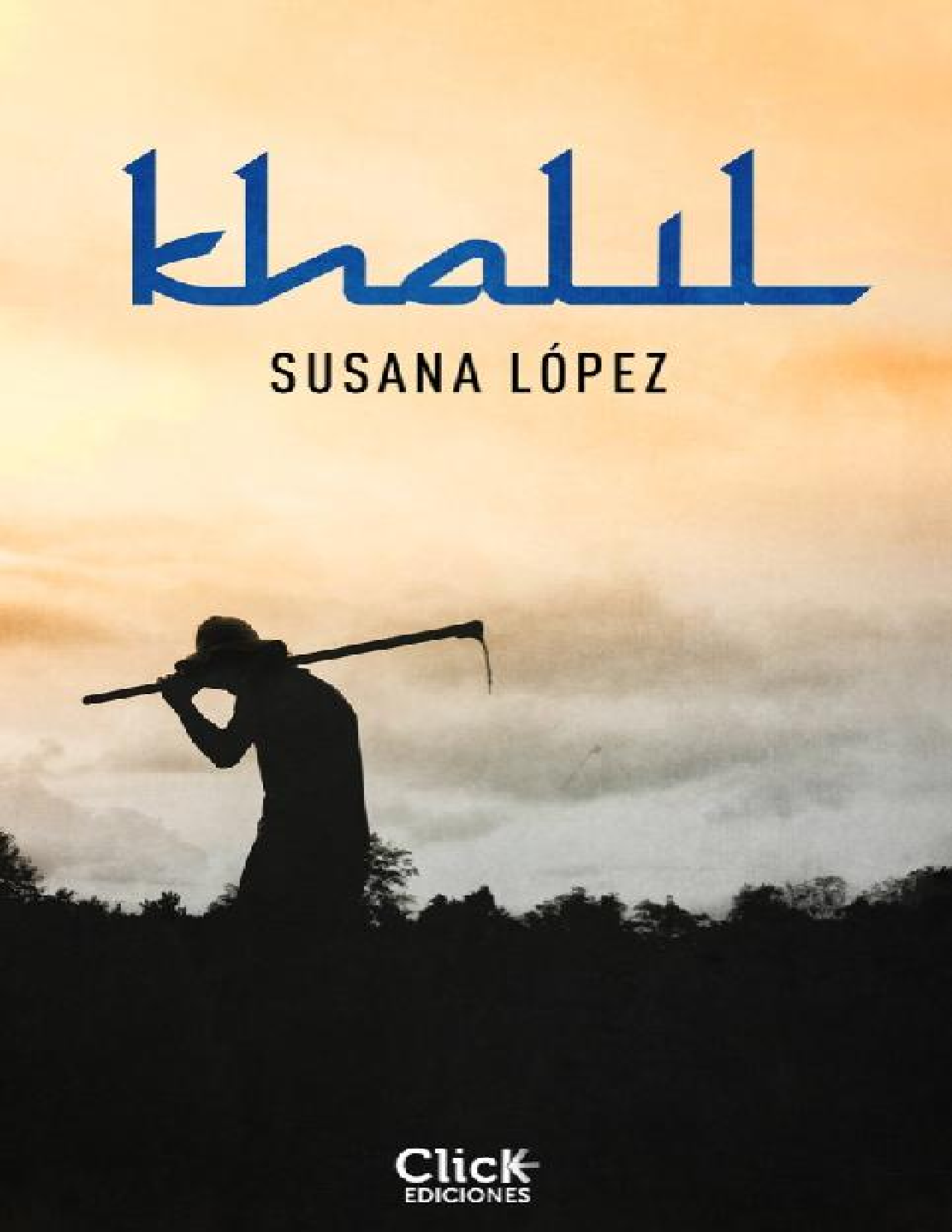
Khalil

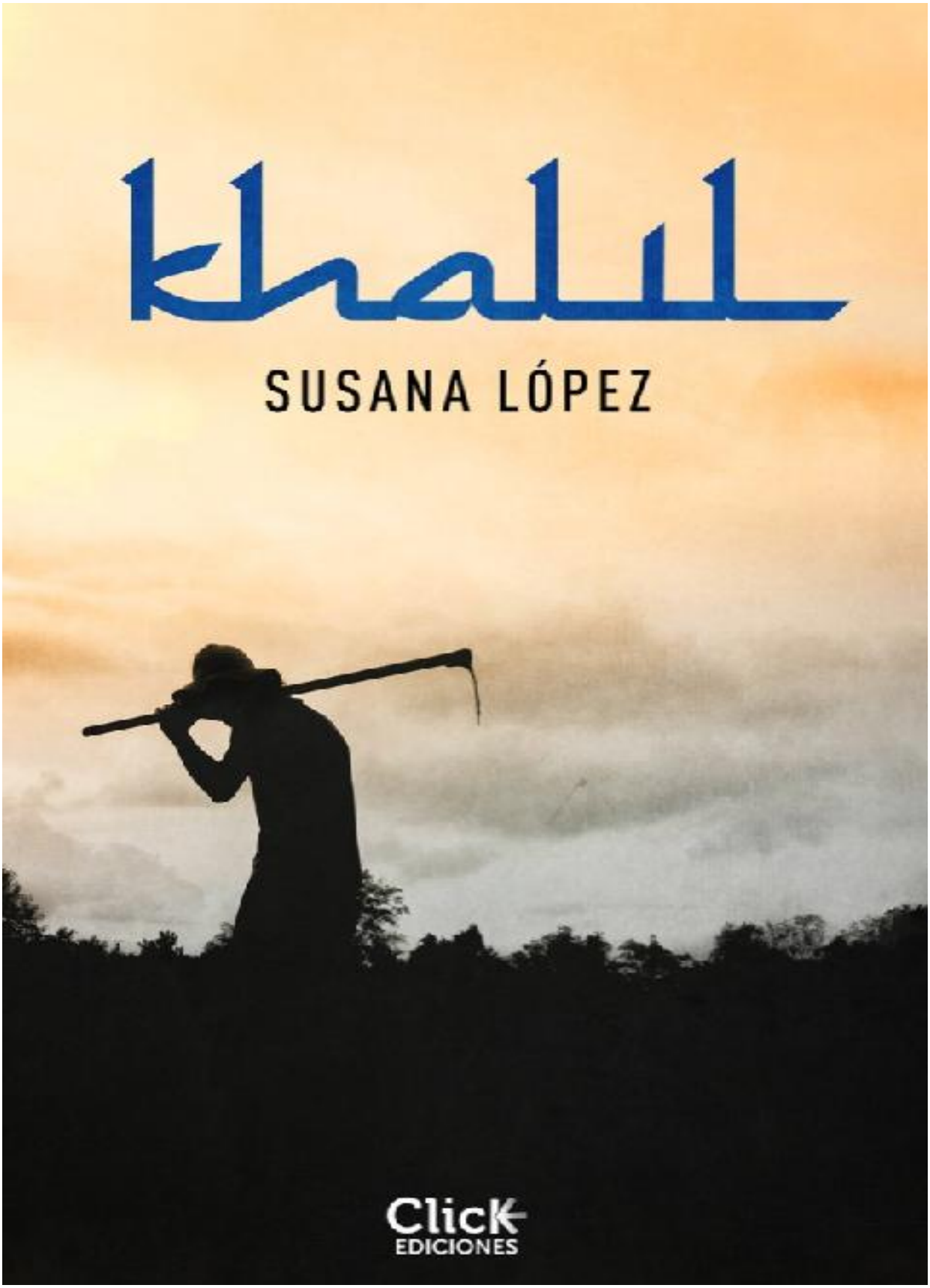
SUSANA LÓPEZ



Click
EDICIONES

khalil

SUSANA LÓPEZ



Click
EDICIONES

Índice

Portadilla
Dedicatoria
Cita
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
Agradecimientos
Biografía
Créditos
Click

KHALIL

Susana López Pérez



A los hombres de mi vida:

Agus (mi marido, mi compañero);

Álvaro e Ignacio (mis hijos, mi fuerza);

Cardi (mi padre, mi referente).

Khalil,
nombre árabe que significa ‘amigo’

I

Mientras friega los platos, Marian observa a su marido por la ventana de la cocina. Tan ensimismada está mirando a Sebastián que no se da cuenta de que en el plato ya no queda ni una gota de espuma. El agua del grifo continúa brotando. Sus pensamientos, también. Para ella, Sebas sigue siendo un hombre guapo, sus 65 años no le restan ningún atractivo. Ni siquiera la tragedia del último año ha podido con sus encantos. Se le ve más delgado, algo más ojeroso y con un semblante triste, pero su sonrisa sigue aflorando con la misma facilidad de siempre, aunque ya no sea una sonrisa alegre, sino afectiva, cariñosa, como es él.

Marian recuerda con nitidez la noche que se conocieron. Estaba nerviosa porque era la primera vez que iba a una velada, organizada por unos amigos, para que le presentaran a un posible pretendiente. El marido de Natalia, una compañera en la escuela de primaria donde Marian daba clases, que era amigo de Sebas, propuso una cena a cuatro para que ambas almas solitarias tuvieran la oportunidad de encontrarse. Sebastián llegó el último, mientras los demás leían la carta del restaurante marinero. Al verlo acercarse a la mesa creyó que no tenía nada que hacer: era muy alto, con unos increíbles ojos azules que no eran de hielo, sino de mar, demasiado rubio para ser español, el pelo un poco largo, y un cuerpo bastante atlético para rondar los cuarenta años. A su lado ella se veía vulgar: una de tantas mujeres de pelo castaño con ínfulas de rubia veteada, de ojos marrones y con unas pecas sobre la nariz que detestaba. No era de estatura baja, aunque al lado de aquel metro noventa parecería un insecto. Su única ventaja era que a sus 28 años no presentaba una arruga en el rostro, mientras que a él, a sus 41, le asomaban los primeros surcos alrededor de los ojos y en la frente.

—Siento el retraso: la canguro ha llegado tarde.

—No pasa nada, hombre, si acabamos de llegar —dijo Pepe mientras se levantaba para hacer las presentaciones.

Marian le ofreció la mejilla y él se tuvo que inclinar para besarla. Le sonrió mirándola a los ojos, y al hacerlo supo que la cita había merecido la pena.

Sebas está arrodillado junto a lo que va a ser un parterre de flores de temporada. Remueve la tierra con un rastrillo y añade abono. Lo hace con lentitud, como todo últimamente. Ya no tiene el pelo rubio, sino canoso, pero sus canas guardan una bonita tonalidad dorada. Es reconfortante verle empeñado en una tarea y no sentado hora tras hora en el sofá, tragándose documentales, partidos de fútbol, tenis y baloncesto, debates airados y anuncios. La jardinería puede ser una buena terapia, piensa Marian, que coloca por fin el plato en el escurridor. Quizás la llegada de la primavera le esté levantando el espíritu.

—Este jardín está hecho un asco, Marian —le dijo hace un par de días mientras estaban sentados en el porche tomando una cerveza.

—Un poco abandonado sí que está, sí. Podemos llamar a un jardinero si quieres.

—De eso nada. Tengo todo el tiempo del mundo, así que lo haré yo. Con una condición: que me dejes hacer lo que quiera.

—Por mí, mientras no quites la hierba y me pongas cemento.

—Hay que cercar la piscina…, por el niño.

—Yo también lo había pensado. Estaremos más tranquilos. Este nieto nuestro es muy inquieto y enseguida empezará a andar.

Natalia y Pepe tuvieron buen tino al intuir que Marian y Sebas congeniarían. Una semana después de la cena, el teléfono de ella sonó y quedaron. Fue la cita de los datos biográficos, así la llama Marian, porque durante esa tarde aclararon su pasado y sus circunstancias. Cada uno conocía algo del otro por boca de sus amigos, pero eran pinceladas poco definidas, insuficientes. Hablar de sí mismos, de cómo habían acabado formando familias monoparentales, de cómo eran sus hijos, sus padres, sus amigos, sus trabajos, sus casas, fue una forma de tejer lazos. Ella habló atrapada en el interior de sus ojos azules e hipnotizada por el movimiento de su sonrisa.

Había acertado. Sebas era un poco extranjero, su segundo apellido era alemán, Schmidt. Ya le parecía a ella que un rubio tan claro no se cosechaba

con facilidad en su país. La madre de Sebas nació en España, aunque era hija de un ingeniero de minas y de una profesora de piano que procedían de Stuttgart y que llegaron al país para trabajar en una explotación minera. La rubia germana se enamoró de Rafa, un joven abogado, muy moreno, al que conoció en el tranvía. Y la raza aria fue más fuerte que la autóctona, porque fruto del matrimonio Soto-Schmidt nació Sebastián, un raro querubín que provocó la algarabía y admiración de la abuela paterna, a quien su nieto le parecía candidato a un anuncio de Nestlé.

Ha terminado de fregar los cacharros, pero sigue ahí, con las manos apoyadas en la encimera de la cocina, sin quitar la vista de la ventana. El día es espléndido, fresco y muy claro. Pronto los pájaros comenzarán a piar entre los árboles, contagiando al aire y a la casa su alegría gozosa. A Marian le gusta su casa, no solo porque es bonita y acogedora, sino porque sobre ella construyeron una buena familia. Nunca han dicho tener un chalet, prefieren la palabra *casa*, que es menos pretenciosa y que define mejor el sencillo edificio que Sebas y ella compraron antes de casarse. Tiene una planta y una pequeña buhardilla, iluminada por una claraboya, que fue cuarto de juegos y más tarde zona de estudio. Lo que les enamoró a ambos fue el porche, una estancia muy amplia donde se pasan los días y las noches cuando el tiempo acompaña. Y por supuesto el jardín, que se divide en zonas: frente a la casa se extiende la hierba a cielo abierto, a un lado hay un área de árboles frutales, en la parte trasera se adivina lo que un día fue un pequeño huerto. Hay también varios robles en las lindes de la finca, un par de acacias y un olivo que no da aceitunas. Se nota que durante meses el jardín no se ha cuidado, se le ve sombrío, apagado, como si compartiese el dolor que invadió la casa el último año. Tardaron varios meses en entrar a vivir en su nuevo hogar porque tuvieron que reformar la vivienda, que era vieja. Lejos de sufrir los sinsabores que suelen producir estas aventuras constructivas, disfrutaron mucho escogiendo muebles, azulejos, grifos, tonos de pintura…, borrachos de felicidad, silicona, barniz y aguarrás. Si se pudiera recomponer la vida como se recompuso aquella casa marchita… Pero no hay clavos, lija o pinceles que rehabiliten las heridas profundas de la vida. Ni siquiera el tiempo nos sana, a lo sumo nos aclimata para vivir entre escombros. También es verdad que, a veces, entre los cascotes, milagrosamente, nace una flor.

Sebas extrae una planta de un tiesto y se queda mirando las raíces. Ya ha terminado de hacer un hoyo donde plantarla, y con sumo cuidado la coloca en el agujero. Marian siente pena de su marido. ¿Por qué le ha tenido que llegar la jubilación justo en este momento? No le parece justo: él, que es un ingeniero de prestigio —«un baluarte para la empresa», como dijo el director general—, se ve desplazado a la tierra de los que ya no sirven más que para cuidar de los nietos. ¡Ahora que le hacía tanta falta el trabajo! Las horas de planos y cálculos le distraerían de sus angustias, de su dolor, lo dejarían tan agotado que hasta el sueño podría acercársele sin avisar para arrebatárselo al insomnio de cada noche. Las leyes son las leyes; contra las leyes no hay disculpa, ni dolor humano, ni necesidad que valga. En la empresa por la que Sebas ha dado su vida, todos se jubilan a los 65. Caiga quien caiga. Sin miramientos ni excepciones.

Hasta ahora no había percibido que la diferencia de edad con su marido fuese un problema. Tampoco le gusta definirlo como un problema, más bien es una contrariedad. Por primera vez, Sebas y ella se mueven en tiempos distintos. Ella trabaja en la escuela, sale cada mañana a las ocho y media y regresa a las cinco. Le destroza el corazón dejarlo solo en la casa, solo, muy solo, terriblemente solo. Desde el colegio le llama cada día para que escuche una voz cercana e íntima. Para volver a llevar el mismo compás faltan varios años, trece largos años. Entonces ambos estarán jubilados y serán libres para hacer lo que quieran. Marian no piensa que cuando ella tenga 65, él habrá cumplido los 78. Ella le ve eternamente joven, indefinidamente ágil y sano. Aunque, a veces, como si una vocecilla interior le estuviera advirtiendo que el reloj avanza sin remedio, imagina que deja la escuela, que le toca la lotería y que ambos alquilan un velero con tripulación para recorrer cada isla del Mediterráneo. Sueños vanos de mirada perdida, porque ni juega a la lotería ni es capaz de subirse a un barco sin acabar vomitando.

La mujer siente una mano que se le adosa al hombro. Se asusta.

—¡Paula, por Dios, qué susto me has dado!

—Lo siento, mamá. No era mi intención.

Paula tiene 26 años y es preciosa. Una morena de rizos y ojos castaños más parecida a una cíngara que a una muchacha del norte. Los hoyuelos que se le forman al sonreír la hacen parecer una niña. Marian suele pensar

que con ese aspecto cándido le debe costar mucho hacerse respetar ante los pacientes gruñones del hospital y los estirados jefes de departamento.

—¿Qué haces?

—Miro a tu padre.

—¿Cómo está? —pregunta Paula mientras posa el brazo sobre el hombro de su madre y se pone a mirar a través del cristal.

—No sé. Sigue triste. Y aburrido. Dice que va a poner en orden el jardín.

—Ya veo, ya. ¿Está plantando flores?

—Sí, hija. Ya ves. Quién le ha visto y quién le ve. Pobre hombre.

—Voy a saludarle.

—Paula, ¿no has traído al niño?

—No, mamá. Estaba dormido y me ha dado pena despertarlo. Se ha quedado con Fran.

—¡Qué pena, con la alegría que me da cada vez que le veo! ¡Y a tu padre no digamos!

—Mañana venimos a comer los tres. Es domingo, mami, así que habrá paella, ¿no?

—¡Qué pregunta! Pues claro.

Paula sale de la cocina por una puerta que da al jardín. Su madre abandona por fin la ventana para hacer café. Kiro, el pastor alemán, se acerca a Paula y apoya su cabezota en la pierna de su ama pidiendo una caricia. Ella se agacha y junta su cara con la del animal, que se derrite de placer.

—¡Vamos, Kiro, vamos a ver al jefe!

Sebastián sigue arrodillado en la hierba. Lleva un pantalón azul de trabajo, guantes de jardinería y unas katiuskas.

—Te falta el gorro de paja, papá.

—¡Paula, cariño! Aquí estoy, plantando flores.

—¿Qué son?

—Estas son geranios rojos y estas begonias. Las demás no sé cómo se llaman.

—Menudo jardinero estás tú hecho.

—Internet me ayuda. Y el viejo Jesús, también. Me vende lo que quiere el muy cabrón. Como sabe que no tengo ni idea… Es broma, es un buen tío y tiene mucha paciencia conmigo.

—¿Le va bien el negocio?

—Muy bien. Se están construyendo tantos chalets adosados que cada vez tiene más clientes. Dice que los domingos hay colas. Está pensando ampliar el invernadero y prestar servicios de jardinería a domicilio. Eso ha sido idea del hijo, ¿recuerdas a Raúl?

—Lo recuerdo. Era un poco gordo y tenía los mofletes colorados.

—Pues sigue igual. ¿Has venido con el chiquillo?

—No, estaba dormido. He ido a estirar las piernas por los acantilados y luego me he dicho: voy a ver a mis padres. Total, mis dos hombres seguirán dormidos.

—Pues has hecho muy bien. Tomaremos café, seguro que tu madre ya está preparándolo.

Sebas se levanta sin dificultad y se estira hacia atrás para desentumecer la zona lumbar. Paula juega con el perro. Mientras se quita los guantes con mucha parsimonia, Sebas se dirige a su hija en voz baja:

—Esta mañana ha llegado a tu nombre una carta de un notario. Te pensaba llamar luego, pero ya que estás aquí…

—¿De un notario? —Paula se muestra muy sorprendida y deja de acariciar al perro—. ¿La has abierto?

—No, hija. ¿Cómo la voy a abrir? Eres mayor de edad. Lo que no sé es por qué la han mandado a esta casa. Es una carta certificada. ¿Tenéis Fran y tú algún problema?

—¡Qué dices! Problema, ninguno. No tengo ni idea de qué puede tratarse.

—Por si acaso no le he dicho nada a tu madre. Ya sabes que se pone de los nervios con estas cosas.

Todos los seres humanos, por muy fuertes que sean o parezcan, se muestran inseguros ante algo. Hay poderosos ejecutivos que tiemblan cada vez que suben a un avión; personas que afrontan la vida con aplomo, pero que se achican ante un policía que les pide la documentación del coche; bomberos que se angustian ante cualquier prueba médica; padres que se sienten nerviosos al hablar con los profesores de sus hijos; valientes a los que se les eriza el cabello en días de tormenta; gente que pierde los nervios ante una mudanza; abogados que sufren cuando tienen que hablar en público; trabajadores que se transforman en hormigas cada vez que solicitan un préstamo bancario; ancianos que se pierden a la hora de hacer una operación en un cajero; artistas que no soportan responder a los medios de

comunicación. La madre de Paula es una mujer fuerte, trabajadora, que se ha ido adaptando a las nuevas tecnologías, que ha asumido nuevos retos en la educación de los niños, pero, como todos, tiene un punto débil: los papeles oficiales. Cuando llega a casa una carta certificada se angustia; para ella es un problema pagar una multa, mucho más hacer una reclamación; no duerme la víspera de ir a un notario; prefiere no pensar en la declaración de la renta. Por eso, todo lo que tiene que ver con el papeleo oficial lo lleva Sebas, y trata de llevarlo en silencio, siempre que es posible. En la escuela no está Sebas para echarle una mano, y su reto, curso tras curso, es rellenar la ingente documentación sobre programas, metodología y objetivos que exige cada nueva ley de educación.

Paula coge a su padre del brazo. Le gusta sentir su tacto, como cuando era pequeña e iban cogidos de la mano. Sigue siendo su niña y le agrada serlo. El brazo de Sebas le transmite seguridad, a pesar de que en los últimos meses haya perdido gran parte de su aplomo de hombre grande.

—Pues vamos adentro —le dice tirando de él— a por la dichosa carta, que la que se está poniendo nerviosa soy yo.

II

Para ser tan guapo, Sebas ha tenido una vida amorosa muy frugal. Probablemente se deba a que se enamoró de Ana muy joven, cuando ni siquiera había dado el estirón, ni tenía barba, ni se habían marcado sus facciones masculinas. Era un muchacho guapo, aunque a sus 16 años todavía no despertaba el deseo de las chicas de su edad, que se pirraban por los chicos de espaldas anchas y pelos en la barbilla. Veía pasar a Ana cada mañana mientras él esperaba al autobús que le llevaba al colegio. Ella salía sola del portal de su casa, junto al que estaba la parada, con una mochila-cartera a la espalda, vestida con su uniforme gris y sus medias azules de lana. Al principio ni se miraban. Un día se cruzaron las miradas y Ana le sonrió. Al día siguiente, Sebas se atrevió a decirle «hola».

Sebastián indagó sobre la chica de las trenzas pelirrojas. En una ciudad de provincias, los lazos son estrechos y pronto supo que se llamaba Ana y que era amiga de una hermana de Bolillos, un compañero de clase. Se las ingenió para que el chico de su clase invitara al cine a su hermana y a sus amigas. El precio le pareció barato: estar una tarde con Ana bien valía una entrada para el fútbol, que es lo que le cobró Bolillos por la gestión. Sebas tenía 16 años, y ella 15. La víspera apenas durmió, los pensamientos se le arremolinaban: discutía consigo mismo sobre la ropa que debía ponerse, establecía planes para acercarse a ella, y, sobre todo, pensaba qué estrategia seguir para sentarse a su lado en el patio de butacas. Bolillos y los demás le tomaban el pelo, pero a él no le importaba. Sus amigos, tan poco desarrollados como él, seguían más interesados en el balón, las zancadillas y las bromas que en las chicas. Tal vez por eso le jugaron una mala pasada nada más llegar a la puerta del Cinema.

—Mirad, chicos —dijo Bolillos—, estas son mi hermana Dulci y sus amigas, Lola y Ana. ¡Eh, Sebas! ¿Ya te has enterado? Ana, Anita, tu novia.

Solo que hoy sin trenzas. —El resto de sus amigos se morían de risa mientras las chicas ponían caras de emoción mirando a la interesada.

Por un segundo, Sebas pensó en echar a correr, pero vio algo en la mirada de la muchacha que lo retuvo y le dio coraje. Extendió la mano hacia ella a modo de saludo.

—¿Cómo estás? Te veo cada mañana saliendo del portal.

Ella aceptó el saludo y sin mirar al resto le respondió:

—Yo también te veo cada mañana.

—¿Qué? ¿Cogemos las entradas o qué? —preguntó incómodo el Pecas.

—A ti te invito yo, si me dejas —le dijo Sebas a Ana.

El noviazgo fue sencillo, pero largo: transitó sin sobresaltos por el bachillerato, por el PREU, por la universidad y por el servicio militar. El amor mutuo crecía a la vez que él sumaba centímetros y ella tallas de sujetador. Sebas se transformó en una especie de galán de cine, aunque su sólida relación con Ana lo mantuvo lejos de otras experiencias.

Se casaron en mayo de 1977 como Dios manda, por la Iglesia, ella de blanco y él de impecable traje negro, arropados por cien invitados, a algunos de los cuales ni siquiera conocían. Fueron de viaje de novios a Mallorca y estrenaron un piso de dos habitaciones en pleno centro. Era una pareja sosegada, apenas discutían, aunque ella tenía bastante carácter y un pronto muy fácil. Sebas sabía llevarla, era como un frontón donde golpea la bola; en esa pared que era el carácter pacífico y conciliador de su marido, Ana se desahogaba, soltaba su rabia y se curaba. Y así vivían. Sin estridencias, sin grandes aventuras, sin sobresaltos. Rodeados de amigos, de familias poco complicadas, de compañeros de trabajo. Viajando en vacaciones, trabajando mucho, yendo al monte los domingos. Sebas trabajaba de ingeniero en una constructora de obras públicas. Ella montó una academia de idiomas. La vida seguía un ritmo placentero.

Al cumplir cuatro años de matrimonio decidieron tener un hijo. Habían ahorrado suficiente, se sentían seguros en sus ocupaciones, se llevaban bien. Cuando el test confirmó sus esperanzas, se sintieron como los niños una mañana de Reyes. Lo habían buscado y lo habían encontrado. El bebé era la confirmación de su amor, un regalo que serviría para seguir creciendo. Estaban entusiasmados y querían hacerlo todo bien. Durante el embarazo discutieron más: ella tenía las hormonas revueltas, y las manías de Sebas, que hasta entonces había llevado estoicamente, se le hicieron cuesta arriba.

No soportaba la obsesión de Sebas por el orden; le molestaba que nunca se ofendiera; le ponía de los nervios que se empeñara en controlarlo todo (le recordaba una y otra vez qué día y a qué hora debía ir al ginecólogo, como si ella no lo supiera; le llevaba una tabla con la evolución del peso; le pasaba listas de nombres posibles para el bebé).

—Déjate de listas. ¡Te he dicho mil veces que si es chico se va a llamar Mario, y si es chica, María! —gritaba ella.

Ciertamente, Sebas se puso muy pesado durante el embarazo. Trataba a Ana como a una figura de porcelana o, lo que era peor, como a una niña que necesitara sus continuos cuidados.

—Sebas, por Dios, que estoy embarazada, no enferma —le suplicaba ella.

A Ana le quedaba el consuelo de pensar que la insufrible dedicación de su marido iba a ser temporal. Lo conocía muy bien y sabía que Sebas se fascinaba con las cosas nuevas que le ofrecía la vida, pero sus obsesiones eran temporales: lo mismo que llegaban, un día se iban. Por otro lado, temía que se convirtiese en uno de esos padres fanáticos que hacen de los hijos su religión. Ella era hábil en reconducirlo y sabría enseñarle dónde estaba el punto de paternidad adecuado.

Mientras otras mujeres se torturan pensando si sus bebés tendrán todos los dedos o si sufrirán alguna malformación, Ana rezaba para que no fuera pelirrojo, como ella.

—¡Si tienes un pelo precioso! —protestaba su marido.

—Precioso para ti. No tienes ni idea de lo que significa ser pelirrojo en este país.

—Tampoco será para tanto.

—No quiero que a mi hijo le llamen *zanahoria*. Así que mejor que el niño sea rubio como tú.

Ana nunca supo de qué color era el pelo de su bebé. Una tarde, embarazada de siete meses, comenzó a sentir pinchazos agudos en el abdomen. Durante unas horas trató de ignorar el dolor, suponiendo que eran los movimientos del bebé que le tocaban algún nervio. Por la noche, Sebas la levantó del sofá y se la llevó a urgencias. Tal vez, pensó Sebas durante mucho tiempo, si no hubiera sido viernes, Ana se habría salvado. El servicio de urgencias de aquel fin de semana contaba con un personal médico poco experto y en absoluto especializado. Pusieron un monitor para

ver el estado del bebé y asegurarse de que su corazón latía normalmente. Se quedaron más tranquilos cuando les dijeron que estaba perfectamente, y achacaron los dolores de Ana a contracciones prematuras. Decidieron mantenerla en observación y le administraron algunos sedantes para calmar los pinchazos. A nadie se le ocurrió que el dolor abdominal venía provocado por una apendicitis. Si hubiera llegado alguna parturienta, tal vez habrían llamado al ginecólogo, pero no hubo ningún parto. La fiebre llegó el domingo por la mañana; le administraron unos fármacos para contenerla. «Mañana estará aquí su ginecólogo», le dijeron a Sebas, quien se culpó millones de veces de no haber puesto el grito en el cielo, de no haber exigido que le hicieran más pruebas, de no haberla llevado a un hospital público. Los ambientes médicos y hospitalarios eran entonces las arenas movedizas de Sebas, el mundo ajeno en el que siempre se sintió inseguro, a merced de los sanitarios, sin atreverse a poner en duda su criterio, armándose de su santa paciencia para evitar que le tomaran por un histérico. Cuando el lunes por la mañana llegó el equipo responsable, la metieron a quirófano. A lo largo del fin de semana la apendicitis había derivado en una peritonitis. Mediante cesárea consiguieron salvar la vida del niño, que nació prematuro. La madre murió sobre una camilla de hospital.

Nació con cuatro pelos rubios. Era una cosita pequeña y delicada, de piernas delgadas y manos frágiles. En cuanto lanzó su primer llanto lo metieron en una incubadora, donde estuvo mes y medio. Sus diminutos pulmones eran muy inmaduros y necesitó asistencia respiratoria. Tampoco tenía completamente desarrollado el reflejo de succión y durante un tiempo tuvo que ser alimentado por medio de una sonda.

Sebastián se dividió en dos: organizó el funeral de su mujer y atendió a todos los amigos y parientes que fueron a darle las condolencias, y a pesar de la agitación de esos días y del dolor profundo que le consumía, sacó un rato para ir a ver a su hijo. Después de las exequias se incorporó al trabajo. La casa sin Ana y sin su bebé se le antojaba un erial carente de oxígeno. A pesar de ello, cada día, antes de ir a la oficina, pasaba por el hospital, subía el ascensor hasta la planta tercera, recorría el mismo pasillo de suelo brillante y llegaba a la sala de neonatos. Entonces apoyaba la nariz sobre el cristal y observaba a su hijo calentito en una urna. Al mediodía dejó de comer con sus compañeros, prefería comprar un bocadillo en la cafetería del hospital, comérselo en unos minutos y subir de nuevo a la planta tercera.

No faltó tampoco un solo día que, tras terminar su jornada laboral, no fuera a ver a su bebé para desearle buenas noches. Siempre aparecía alguna enfermera que le daba ánimos: «Ha engordado veinte gramos», «Duerme de maravilla», «Es un torito bravo que saldrá de esta», le decían conmovidas por el empeño y la dedicación de aquel padre joven, guapo y viudo.

Le llamó Ángel María. Unos minutos después de la muerte de Ana, con el desconcierto y la angustia invadiéndole el alma y el cuerpo, pidió ver al bebé. Al verlo tan desvalido, tan frágil, tan necesitado de protección, por un momento sintió algo nuevo, una experiencia de amor inesperada. Minutos antes temió rechazarlo; lo que encontró fue consuelo. Deseaba abrazarlo, acunarlo, olerlo. No se lo permitieron. Tuvo que resignarse a quererlo a distancia, tras un cristal frío. Pensó: «Es un ángel», y no tuvo duda de que ese debía ser su nombre. Para honrar a Ana respetó que de segundo fuera *María*. Siendo adolescente, su hijo le reprocharía una y otra vez que le pusiera nombre de cura, y ni los motivos que le llevaron a tomar esa decisión le sirvieron al muchacho para aceptarlo.

Mes y medio después, acompañado por su madre, Sebas recogió a su hijo. Lo enfundó en una mantilla azul de lana, le puso un gorrito, lo tomó en brazos y deshizo el largo pasillo que tantas veces había recorrido entre el miedo y la esperanza. No era la primera vez que sentía su piel. Estando en la unidad de neonatos llegó un día en que una enfermera gorda y simpática le dijo:

—Hoy va a poder cogerlo. ¿Está preparado?

Le pidieron que se sentara en una silla y la enfermera trajo a Ángel en brazos. Lo depositó con suma delicadeza sobre el regazo de Sebas, que no dejaba de pensar que se le podía caer. Al notar el cuerpecito blando y las manos suaves y lisas se le fueron todos los miedos. Y lloró. Y con él lloraron las enfermeras que estaban en la sala y las madres de otros neonatos que observaban la escena tras el cristal. A partir de entonces, cada día pudo tenerlo consigo unos minutos.

Estaba claro que el niño saldría adelante y había que organizar su llegada a la casa. Sebas discutió con su madre porque se empeñaba en que se fueran a vivir con ella, convencida de que su hijo no podría ocuparse debidamente del bebé. El padre primerizo se opuso frontalmente a todos y cada uno de los argumentos esgrimidos por doña Berta. Si a lo largo de ese mes había superado el desasosiego que le producían los centros sanitarios, bien podría

hacer frente a las inseguridades de su inexperiencia. Planificó su nueva vida con mentalidad de ingeniero: una chica de lunes a viernes, doce horas al día, para limpiar la casa y cuidar a Ángel; un pediatra a dos manzanas para correr en caso de urgencia; jornada continuada, sin descanso al mediodía, para salir antes de la oficina. Puso unos imanes en la nevera, donde iba anotando las citas con el pediatra, la evolución del peso, lo que había que comprar para el niño. Al principio, cada vez que llegaba a su casa se encontraba alguna visita: su madre, su suegra, su cuñada, su hermano…, todos empeñados en aportar su granito de arena a la difícil situación de Sebas. De momento lo dejó estar, convencido de que pronto se darían cuenta de que él era capaz de ser padre y madre, pero las visitas seguían, sobre todo las de las abuelas. Mara, la chica que cuidaba al niño, se subía por las paredes. Le daban más trabajo que el bebé: se pasaban las horas enseñándole lo que ya sabía o, aún peor, poniendo en entredicho su manera de vestirle, de darle el biberón, de ponerle en la cuna. Llegaron a discutirle la marca de la pomada y de la colonia infantil. Además le rompían la rutina: llegaban cuando iba a salir de paseo al parque y la retrasaban, tocaban al timbre cuando el crío acababa de dormirse, ocupaban el salón que tenía que limpiar. Finalmente, Sebas se tuvo que enfrentar a las dos mujeres y supo hacerlo sin ofenderlas. Con el tiempo, su familia fue asumiendo que era un padre capaz y que criaría él solo a su hijo.

Mientras Ángel estuvo en la clínica, únicamente podía ocupar su mente en superar el dolor por la ausencia de Ana y en visitar al bebé. En algunos momentos llegó a pensar que la muerte de su mujer pudo haberse evitado, pero no tenía fuerzas para enfrentarse a otros demonios. Fueron los demás los que le hablaron de negligencia médica.

—Tenéis razón —les dijo a sus padres y a sus suegros—, pero no tengo energía para meterme en líos, y nadie nos va a devolver a Ana. Me tengo que centrar en el chiquillo.

Finalmente, la demanda la tramitó su amigo Pepe, que era abogado. El juicio se celebró cuando Ángel ya había cumplido un año y Sebas se sentía con ánimo para afrontar una vista y múltiple papeleo. El dinero que obtuvo lo guardó para su hijo: con él pagaría la universidad, le regalaría un coche a los 18 años y le ayudaría en la compra del primer piso.

III

Sebas y Paula caminan hacia la casa agarrados del brazo. En los últimos meses es más generosa en las muestras de afecto a su padre. Le enternece verlo tan vulnerable, y es consciente de que el cariño, si bien no cura, al menos actúa como un bálsamo. Le gusta sentir la fuerza del brazo robusto de Sebas, apoyarse en él mientras anda, mirarle inclinando la cabeza hacia arriba, desde la perspectiva que le da su altura. Él valora más que nunca esta nueva forma de comunicación, que es más primitiva y está hecha de silencios: la de la piel, la del tacto de las manos, la de los paseos abrazados, la de los roces de la mejilla, la de las miradas con sentido. Y agradece a Paula que respete el mutismo en el que lleva instalado desde el día de la desgracia. El duelo sigue un proceso y, de momento, hablar solo incrementa la herida. Habla, pero poco. Y habla de todo menos de eso. Tal vez algún día tenga fuerzas para soltar al aire su quejido, ese profundo lamento que de momento habita en su interior, golpeándole con fuerza y alimentándose de sus ilusiones y de sus alegrías. A veces piensa que le gustaría soltar lastre como Camarón de la Isla, e imagina que, si su pena sonara, lo haría con la voz del cantaor, un grito flamenco roto y desgarrado que limpia por dentro para dejar sitio a nuevos anhelos. Puede que las caricias de Paula, la paciencia de Marian, la presencia sutil de ambas, hayan comenzado a minar el poder implacable de su pena, porque, por primera vez en doce meses, vive una pequeña, casi mínima ilusión: transformar el jardín.

Sebastián es un hombre tan racional que a todo le busca una explicación. A los sentimientos, por muy contradictorios que parezcan, también. Marian desea que este afán de racionalizarlo todo (que a lo largo de su matrimonio siempre le ha exasperado) tenga por fin una utilidad. No es malo analizar los sentimientos que nos dominan, suele pensar la mujer, y si él lo hace, tal vez el remedio llegue antes. Es como con las enfermedades: sin diagnóstico, la cura es casi imposible, pero si el diagnóstico es certero, la puerta de la

sanación se abre. Cuando, dos días antes, Sebas le habló de poner bonito el jardín, Marian disimuló, aunque la noticia le llegó como un regalo inesperado, el más grande, el mejor envuelto, el más valioso. Su marido acababa de abrir una ventana a la recuperación. A pesar del disimulo, él se dio cuenta del impacto que el anuncio le había producido.

—Yo también estoy contento. Como tú, que se te nota en la cara que te ha gustado la idea. He reflexionado sobre esta locura que me ha dado de repente. Yo ni he cogido un rastrillo ni me he preocupado del jardín en todos estos años. Menos mal que venía Carlos de vez en cuando, que si no esto hubiera parecido la selva. Y mira, me alegro de que se fuera a buscar trabajo a Alemania, porque, si hubiera seguido con nosotros, ni se me habría pasado por la cabeza meterme en este berenjenal. Así que pensé: ¿por qué se me ha ocurrido esto de la jardinería y no otra cosa? Es obvio que tengo que ocupar el tiempo, pero ¿la jardinería? He llegado a la conclusión de que las plantas son seres vivos, que hay que cuidarlos, regarlos, alimentarlos… ¿Qué mejor forma para superar una muerte que crear vida? ¿No te parece?

Marian notó que las lágrimas empujaban, pero se contuvo. Era la primera vez en un año que Sebas pronunciaba la palabra *muerte*, a pesar de que su presencia invadía cada rincón de la casa.

—También pienso —añadió Sebas mirando fijamente los ojos húmedos de Marian— que, si tengo ganas de emprender algo, es que empiezo a ganarle la batalla a la tristeza. ¿No crees?

Estaban sentados en el banco del porche. Las tazas de café se enfriaban en la mesa y la noche hacía rato que había caído sobre ellos. Marian se abrazó a su marido, sintió el inconfundible aroma de su colonia sobre el pecho, tomó conciencia de lo mucho que amaba a aquel grandullón con pinta de alemán y estuvo segura de que lo iba a recuperar. Herido, sí. Pero entero.

Al cruzar la puerta de la casa, padre e hija notan el agradable aroma del café recién hecho.

—Mamá ha hecho tortitas —observa Paula.

—No sé, yo solo huelo a café.

—Y a tortitas, ¿qué apuestas?

Sebas sube con Paula al estudio. No son muchas las escaleras, y casi siempre ascienden lentamente: en cada escalón, una fotografía familiar

reclama su atención, y ellos no saben sustraerse al poder de las imágenes.

—¡Qué graciosa estabas en esta foto! —comenta Sebas en el tercer peldaño, señalando una instantánea en la que una Paula de 10 años ríe desdentada a la cámara.

—¡Cómo pasa el tiempo, papi! Me acuerdo de ese día como si fuera ayer. Estábamos en la playa de Motril y conseguí que me montaras en un patín. Era una niña mimada. A la vuelta de aquellas vacaciones vomité tres veces.

Siguen el pausado ascenso. Séptimo escalón. La visión de la fotografía les nubla el semblante. Sebas se detiene un momento en el rostro joven que le mira tras el marco, pero desvía enseguida la mirada. Aunque le ha acompañado en sus ascensos al estudio a lo largo de los años, aunque la ha recorrido con los ojos, aunque muchas veces ha perfilado los contornos con sus dedos, Paula observa la foto como si la viera por primera vez. Luego mira a Sebas, que se ha colocado ya dos escalones por delante, y por primera vez hace un comentario:

—Qué guapo era Ángel, papá. Como un actor de Hollywood, y en esta foto está muy favorecido.

Sebas se da la vuelta, mira a su hija con una sonrisa triste, estira la mano reclamando la de ella y responde casi en un susurro:

—Sí que era guapo, muy guapo. Volvía locas a las chicas.

Entran al estudio en silencio. A pesar de que al empezar el bachillerato cambiaron la decoración, a Paula le sigue gustando especialmente la estancia que fue su universo infantil. De pequeña fue su cuarto de juegos. Se pasaba las horas arrodillada frente a la casa de muñecas que le regalaron los Reyes Magos, dibujaba tumbada sobre el parqué, leía cuentos de princesas y monstruos repantingada sobre el sofá de rayas celestes. A veces subía a la buhardilla con sus amigas y merendaban tortitas, bailaban disfrazadas o jugaban al *hombre de las tinieblas*, un recurso infantil para pasar miedo que consistía en una especie de pillapilla totalmente a oscuras. Cuando retiraron los juguetes y pusieron un cómodo escritorio, ella tenía 16 años y sintió pena. El cambio de mobiliario, la transformación del cuarto de juegos en cuarto de estudio, fue la constatación de que su infancia había concluido. Pronto se repuso de la pérdida de la casa de muñecas, que fue a parar al trastero, de los osos de peluche y de los disfraces. La música irrumpió con fuerza para sustituirlos, unas veces a solas, otras veces

acompañada de sus amigas; en alguna ocasión en que sus padres estaban de viaje subió con su novio del momento. A veces se pregunta por qué Sebas y Marian le otorgaron el privilegio de esa pieza. ¿Y Ángel? ¿Por qué Ángel tuvo que conformarse solo con su habitación? ¿Tal vez porque era más espaciosa? ¿Tal vez porque él nunca protestaba por nada? ¿O solo porque era el hermano mayor? De joven se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto, no fuera que sus padres se dieran cuenta de la injusticia y acabaran quitándole el derecho al estudio. Algún día preguntaría. De momento, mejor no.

Sebas abre el estor del tragaluz del techo para dejar pasar la claridad. Al hacerlo, Paula recuerda cuánto disfrutaba observando el cielo tumbada sobre la tarima. De niña miraba las nubes y buscaba parecidos con las cosas de este mundo. Si llovía a cántaros, escuchaba bajo el cristal el ruido incesante de las gotas golpeando con fuerza la ventana, y el sonido le recordaba al de las ametralladoras en las películas de guerra. Alguna vez vio nevar tanto que la claraboya se quedó totalmente blanca.

Sebas se acerca al escritorio y saca la carta del cajón.

—¡Qué coño será! —exclama Paula con el sobre entre las manos.

—No hables mal, que ya eres madre. ¡Vaya boca! Y abre el sobre de una vez.

A Sebas los segundos se le hacen eternos mientras Paula lee, moviendo los labios, el contenido de la misiva. Algo no va bien, eso lo percibe Sebas a medida que el semblante de la lectora va cambiando: el ceño cada vez más contraído, la boca empequeñecida adquiriendo un rictus amargo, las manos temblorosas. La carta certificada de un notario puede ser cosa muy seria, y la cara de su hija aumenta su preocupación.

—Toma. Léela tú mismo.

Paula se deja caer en la silla y mientras su padre recorre con los ojos la misiva se pone a observar el cielo, buscando en los tonos azules de la primavera el sosiego que acaba de perder.

Cuando Sebas termina de leer los tres párrafos redactados en un farragoso lenguaje jurídico, deja la carta sobre la mesa y vuelve a coger el sobre.

—Este notario es de Santander. Y por lo que dice tendrás que ir hasta allí.

—Me gustaría que me acompañaras. Fran tiene que trabajar.

—Está bien. Iré contigo. Ahora hay que contárselo a tu madre. ¿Tú o yo?

—Lo haré yo, papá, lo haré yo. Pero, por favor, quédate a mi lado. No sé cómo va a reaccionar.

IV

La cocina es el corazón de la casa. Es grande y está llena de luz natural. Tiene tantas ventanas que apenas hay armarios de pared. Marian mantiene siempre descorridas las cortinas para que el paisaje forme parte de la decoración. Mires donde mires te encuentras el color verde: el de los árboles, el del césped, el de los montes en el horizonte. La cocina es el reino de Marian. Le gusta preparar platos tradicionales, los que le enseñaron su madre y su abuela, aunque también inventa otros. Cuando no está trabajando en la escuela se refugia en los fogones, se coloca un delantal siempre impecable y un trapo en la cintura para pasar las horas, feliz, enredando entre pucheros, cuchillos y fogones de gas.

La mesa de mármol está parcialmente cubierta por un mantel de rayas. Tres tazas, tres platos, tres cubiertos, una cafetera, la jarra de la leche, el azucarero y una apetitosa fuente repleta de tortitas invitan a sentarse. El olor es toda una tentación. A pesar de la noticia que acaban de conocer y que enseguida comunicarán a Marian, padre e hija entran sonriendo.

—¡Vaya pinta que tiene todo!

—Mejor sabrá. ¡Hala! Sentaos, que se enfría. —La mujer disfruta viéndoles comer.

La familia se sienta, cada uno en su sitio, en el de siempre, en el lugar eternamente repetido que nadie eligió y se convirtió en rutina. Marian frente a Sebas, para quien su lugar es privilegiado. Lo es porque cada mañana la vista le regala el precioso rostro de su mujer, que ella nunca ha valorado como merece. Sus ojos castaños están llenos de luz y destacan aún más entre una mata de pestañas rizadas y pobladas. Tiene una boca bonita de labios carnosos y dientes blancos y pulidos, un pelo ondulado muy brillante de un marrón caoba y unas pequeñas pecas que adornan su nariz levemente respingona. Le gusta verla con su delantal inclinándose para servirles el café humeante.

—¡Cómo huele este café, mamá!

—Es especial. No es el del súper, lo compré en una tienda de productos colombianos. Espero que se note la diferencia, porque cuesta el doble.

—Se nota, vaya si se nota —responde Sebas tras apurar un sorbo.

—¿Qué tal va lo del jardín? —pregunta Marian.

—El parterre va bien. Pero ya te dije que para hacer el camino y cerrar la piscina voy a tener que pedir ayuda. Mañana me paso por donde Jesús, a ver si conoce algún chaval que me quiera echar una mano.

—Mamá —empieza a decir Paula con un semblante serio que no pasa desapercibido a su madre.

—¿Pasa algo?

La hija, que se sienta a su lado, acerca la mano a la de su madre, la agarra y mirándole a los ojos le dice:

—Ha muerto Tomás.

Sin decir nada, Marian retira la mano de Paula con suavidad para asir la taza. Hace ademán de tomar un sorbo, pero la taza se queda parada a medio camino. Sebas la observa, notando una punzada de celos. La reacción de su mujer, cada gesto, cada silencio, cada palabra que diga cuando se recupere del golpe, serán pruebas de lo que realmente siente por Tomás. Siempre ha pensado que algo quedaba en ella de aquel amor de juventud, que su mujer no se ha recuperado totalmente de la ruptura, que lo que sintió por Tomás fue más fuerte que lo que siente por él, y que la pasión puede perdurar en el tiempo si la relación se ha roto antes de apagarse. Observa sus ojos castaños. No están húmedos, tan solo perdidos en la lejanía. Quizás extraviados en el tiempo, en el pasado lejano que a veces regresa vívido. ¿Qué pensará ahora?, se pregunta Sebas. ¿Qué imágenes invaden su memoria? ¿Siente pena verdadera, el vacío que deja un ser querido, o su reacción de parálisis es solo consecuencia del impacto de la noticia? Mira a su hija y sin palabras le ruega que rompa el silencio que se ha apoderado de la mesa. Paula comienza a explicar el contenido de la carta. Sus palabras parecen un monólogo sin público.

Marian no entiende muy bien lo que siente. La noticia la ha paralizado. Está en su cocina sin estarlo, observa extrañamente su mesa, las manos de su hija, el rostro preocupado de Sebas, las lilas del jarrón. Lo mira todo sin verlo, como alejada o inmaterial. La sensación le recuerda a las bajadas de tensión que sufrió en la adolescencia, algunas previas a un desmayo, cuando

percibía que el mundo se alejaba de ella, o ella del mundo. Una rara sensación de ausencia, o más bien de presencia desde la distancia, como si el alma se hubiera separado del cuerpo y flotara. En este estado de choque emocional no se aflige, no llora, no experimenta pena, al menos de momento, y le parece que es poco humano no sufrir por la muerte de alguien a quien amó profundamente.

En 1988 tenía 24 años, qué cándida e inocente, y qué guapa. Era hermosa porque era joven, y también porque estaba colmada de ilusiones: acababa de terminar la carrera y se iba de vacaciones a Ibiza con sus compañeros de la facultad. El mundo, largo, ancho, entero, prácticamente eterno, la esperaba. Y pensaba consumirlo gota a gota, trago a trago, aspirando cada olor, diciendo sí a cada oportunidad. Todo estaba por hacer, y el oxígeno de los sueños de juventud corría a raudales por sus venas.

Conoció a Tomás en un concierto al aire libre cerca de Santa Eulalia. Tocaba la guitarra con el grupo Carcoma, una banda de *rock* no demasiado estridente que le gustaba mucho. Tenía en su casa los dos discos que habían publicado, así que cuando se enteró de que actuaban en la isla compró una entrada. Fueron con ella Sara y Andrés, dos compañeros que eran novios desde segundo. El resto prefirió volver a Pachá. Probablemente, el vocalista era mucho más guapo que Tomás, pero desde que salieron al escenario ella no pudo apartar la vista del guitarra. Era nuevo, de eso no le cabía duda, porque el rubio que hasta entonces aparecía en las portadas de los discos no estaba. Tomás vestía tejanos y una camiseta negra de tirantes que dejaba al aire sus musculosos brazos morenos; se movía con buen ritmo y, curiosamente, llevaba el pelo corto. Empujando al gentío, se abrió paso hasta la primera fila. Él debió de darse cuenta de que aquella chica vestida de blanco isleño, con una larga melena brillante y la piel dorada por el sol, era la única que le miraba embobada, porque las demás perdían la voz gritando el nombre del cantante. Cuando terminó la cuarta canción, Tomás se acercó al borde de la tarima, se agachó frente a la chica y le dijo con un marcado acento sudamericano:

—Cuando acabe el concierto espérame en el *backstage* y tomamos una copa. ¿*OK*?

Marian contestó con un ligero movimiento de cabeza. Estaba aturdida, como si viviera un sueño. Cada vez que Tomás le sonreía desde su atalaya, unas burbujas le cosquilleaban la tripa. Conocía esa sensación, no era la

primera vez que se enamoraba, y después de tres años de sequía amorosa le resultaba especialmente estimulante. Cuando el público pidió el último bis, Marian voló hacia sus amigos, a los que encontró besándose con apetito.

—¡Chicos! —tuvo que gritar para que pararan—, yo me quedo, que me ha salido plan.

No era un concierto de los Rolling Stones ni de ACDC, así que el *backstage* consistía en una humilde carpa situada detrás del escenario. Tampoco había un negro gigante en la puerta, sino un hombrecillo inofensivo con una camiseta de Carcoma, que le preguntó con mucha amabilidad adónde iba.

—Me espera el guitarra —respondió dubitativa.

—¿Tomás?

—Claro, Tomás.

Un grupo de fans se acercaba libretas en mano.

—Espera un momento, que organice a estos que llegan.

El hombrecillo fue hacia ellos y extendió las manos como un guardia de tráfico.

—¡Un momento! Los músicos salen en unos minutos. Les esperáis aquí y os firman autógrafos. ¿Vale?

El hombrecillo volvió hacia Marian.

—¿Quién le digo que eres?

En ese momento una chica del grupo de fans gritó:

—¡Y esa! ¿Por qué puede pasar?

El hombrecillo se volvió y respondió:

—Porque las novias de los músicos tienen preferencia.

Marian se sintió importante ante la chusma que se agolpaba para ver a sus ídolos. No era novia de nadie, hasta ese momento ni siquiera sabía que el guitarra se llamaba Tomás, pero la trataban con deferencia, y eso le gustaba.

—Pasa, anda, pasa, que esos nos comen.

Abrió la cortina de la jaima y entró muerta de vergüenza. Tal vez ni se acordaba de que la había invitado, quizás lo había dicho en broma o simplemente era uno de esos tipos que disfrutaban riéndose de los demás. Se plantó allí, con su vestido blanco que le hacía parecer una virgen, mirando a los músicos y a otras personas que los acompañaban. De pronto,

Tomás se levantó, se acercó a ella con una ancha sonrisa y le plantó un par de besos:

—Soy Tomás.

—Yo soy Marian.

Le presentó al resto de la banda, le regalaron un disco firmado y se marchó con él en una moto alquilada.

Siempre recordará Ibiza como el paraíso en el que vivió, durante cinco días y cinco noches, la experiencia más apasionada de su vida. Le resulta imposible explicar con palabras lo que tuvo con Tomás. A la sensación de vértigo de los primeros minutos le sucedió una montaña rusa de pasión y de placeres desconocidos: placeres que nacían de la mirada profunda y penetrante de sus ojos negros, de sus palabras susurradas, de sus abrazos cálidos y enormes, de su delicadeza y destreza en la cama. Si solo hubiera habido pasión, el encuentro veraniego se habría quedado en una inolvidable aventura, pero entre ambos se produjo una comunión de cuerpo y espíritu que los dos reconocieron como única. Eran la conjugación perfecta: las almas gemelas existían, y ella había encontrado la suya en la isla de Ibiza. Él la acompañó al aeropuerto a tomar el avión de regreso, y ambos lloraron porque el alma se les rompía con la separación.

—En septiembre voy a verte. En cuanto termine la gira.

Abrazada a él junto a la puerta de embarque, ella no dudó de su promesa. Luego, sentada en el avión, empezó a pensar que todo había sido un sueño, una experiencia maravillosa y única que le había regalado la vida como premio por terminar sus estudios con buenas notas. Bajó la escalerilla notando un hueco profundo en el pecho, convencida de que nunca más volvería a ver a aquel venezolano de raíces cántabras que la había hecho sentirse el centro del universo, la Venus de Milo, la reina de corazones, el ombligo de su mundo. Nunca hasta entonces había sido tan deseada por un hombre, tan adulada, tan mimada, tan querida, tan imprescindible para alguien. Nunca más un hombre la haría sentir así, y esa idea la dejaba vacía.

Por eso se extrañó tanto al recibir una carta tan solo cuatro días después de estar en casa. ¡Era él! Y sus palabras resultaban tan estimulantes como sus caricias. Estuvieron carteándose a diario. Sus mensajes mezclaban las palabras de amor más apasionadas con las más dulces, las anécdotas de la vida cotidiana con los planes de futuro, los anhelos con los recuerdos de Ibiza.

A los padres de Marian no les hizo ninguna gracia que su hija se fuera a vivir de alquiler con un roquero venezolano del que no tenían referencias. Su niña se había hecho adulta de golpe: acababa de estrenar su primer trabajo en una escuela y se marchaba a vivir con un hombre diez años mayor que ella sin oficio reconocido. Ni el llanto de su madre, ni los sermones de su padre, ni los reproches de sus hermanos evitaron que Marian bajara las escaleras con sus maletas para estrenar una coqueta buhardilla en la zona vieja de la ciudad. Tomás era el hombre de su vida y no pensaba dejarlo por nada ni por nadie.

Marian se da cuenta de que Sebas la mira contrariado. Conoce ese gesto, un signo de interrogación parece haberse tatuado en su cara. Se siente inseguro. El asunto de Tomás nunca lo ha llevado bien. Cada vez que ese nombre se cruza en sus conversaciones, su marido se muestra receloso, aunque se esfuerce por parecer lo contrario. La taza por fin llega a rozar sus labios; ese toque casi imperceptible con la porcelana le devuelve a la realidad.

—¿Cuándo tienes que ir a Santander?

V

Desde que han tenido al niño, el coche nunca está limpio. Siempre hay algún sonajero, un chupete perdido o unas toallitas usadas tiradas entre los asientos. Además huele raro: una mezcla de aroma a colonia infantil y a cacas, a leche rancia y a polvos de talco. «Tengo que decirle a Fran que hay que limpiar el coche», piensa. La tarde va muriendo lentamente en el horizonte naranja, y Paula tiene que bajar el protector del parabrisas para no quedar cegada por la descendente luz del sol. Nota que el ambiente se llena de melancolía. Quizás porque el crepúsculo se acerca, o porque la brisa primaveral le acaricia el brazo que lleva asomado por la ventanilla, o porque en la radio suena una vieja canción de Cat Stevens que ella ha escuchado infinidad de veces en casa de sus padres. Quiere llegar a su piso cuanto antes para librarse de esa pesadumbre que es su compañera de viaje. Pero no aumenta la velocidad, su estado de ánimo le impide apretar el acelerador; conduce observando pasar las rayas discontinuas del asfalto. No es la canción, ni el atardecer. Es la atmósfera que se vive en casa de sus padres, donde la tristeza se ha quedado pegada a las paredes, a los muebles, a las alfombras. La tristeza es obstinada. ¡Le apena tanto ver a su padre sumido en una depresión sin aspavientos, en un duelo que le consume y le avejenta! Aunque hoy le ha notado un poco mejor. El proyecto del jardín puede venirle bien para su recuperación. Si es que tiene fuerzas y le dura la novedad. Paula no quiere hacerse vanas ilusiones porque ya hubo otro momento, hace dos meses, en que parecía que iba a salir del pozo. Entonces se apuntó a un club de montaña con otros jubilados. Fue a tres excursiones, y a la cuarta ya no quiso ir más. Hoy le ha visto más alegre, mucho más que la última vez. Y más guapo, como si la ilusión del jardín le estuviera cicatrizando las heridas del alma y al curarse le salieran los colores en las mejillas, le brillaran más los ojos, y la boca se le abriera más fácilmente en una sonrisa.

Paula no sabe mentirse a sí misma. Por primera vez desde hace mucho tiempo, la melancolía de hoy no tiene nada que ver con su pobre padre. La melancolía es más la nostalgia de lo no conocido, de lo que no pudo llegar a tocar ni a oler, de lo que le fue vetado, sin culpa, sin que nadie le hubiera pedido permiso. La melancolía tiene un nombre, y ese nombre, Tomás, viene en la carta de un notario de Cantabria.

Nunca le ocultaron la verdad, aunque tampoco hubo un día especial en el que la sentaran frente a ellos para comunicarle solemnemente que tenía otro padre. Así que la noticia no la vivió de forma traumática. Los niños asimilan las circunstancias de la vida con una sencillez que suele dejar pasmados a los mayores, y su capacidad de adaptación es mayor que la de esos animales que mudan el color de la piel para no ser capturados. Lo que sí recuerda es que la cuestión nació de la casualidad y que las respuestas de Marian a sus preguntas fueron tan sinceras y sosegadas que las tomó como algo natural. Tenía 6 años, y la maestra les pidió que llevaran unas cuantas fotos de la familia para hacer un *collage.* Las niñas estaban entusiasmadas con el trabajo. Ella llenó un sobre grande con más de veinte fotos que luego seleccionaría con ayuda de la profesora. En el autobús, Macarena y ella se enseñaron sus respectivas instantáneas. Se reían al verse gorditas de bebés o disfrazadas en fiestas de cumpleaños. Cuando Paula le mostró la imagen en la que aparecían ella, su hermano Ángel, y Sebas y Marian vestidos de novios, Macarena le preguntó:

—¿Y estos señores quiénes son?

—Mi padre y mi madre. Me encanta el vestido de mamá. A veces me deja ponérmelo para jugar a princesas.

Macarena abrió los ojos como platos, hizo un aspaviento y le dijo muy convencida:

—Eso no puede ser, Paula. Los hijos no pueden ir a la boda de sus papás porque nacen después de que se casen.

—Pues yo sí fui. ¿No lo ves?

—Pues es muy muy raro.

Paula se quedó meditabunda, no le gustaba ser diferente, así que para no dar que hablar se guardó la fotografía y no se la enseñó a la maestra. Por la tarde regresó a casa con el *collage* bajo el brazo. Se lo mostró a su madre.

—¡Es precioso, mi niña! Supongo que la señorita te habrá felicitado. Lo has adornado tan bonito con esos dibujos de colores…

—Sí, me ha puesto sobresaliente. La seño me ha dicho que he pegado muy bien las fotos. También le han gustado los adornos.

Marian miró a su hija. La alegría no se reflejaba en su carita morena, más bien advirtió una mueca de disgusto.

—¿Y entonces qué te ocurre?

En ese momento entró Sebas a la cocina.

—¡Vaya, princesa! Qué mural tan bonito.

—Eso le he dicho yo, y también la maestra, aunque me parece a mí que ella no está muy satisfecha.

—¿Y eso? —preguntó Sebas sentándose a su lado.

Paula sacó el sobre de la mochila y extrajo la fotografía de boda.

—Es que Macarena dice que los hijos no pueden ir a la boda de sus padres porque todavía no han nacido. Y entonces no sé por qué Ángel y yo estamos aquí.

Sebas y Marian se miraron el uno al otro. Él inclinó la cabeza dándole a entender a su mujer que el momento había llegado.

—Bueno, Paula. Eso que dice Macarena no es verdad. A veces los niños llegan antes de que sus padres se casen.

—Esta Macarena se cree más lista… —La niña empezó a recoger su *collage* con intención de levantarse, dando el asunto por zanjado.

—Espera, cariño. Tenemos que decirte una cosa. La verdad es que la mamá de Ángel murió cuando él nació, y tú tienes otro papá.

—¿Tengo otro papá? —La niña miraba atónita a su madre.

—Sí, cariño.

—¿Y cómo se llama? ¿Y dónde vive? ¿Y por qué no le conozco? ¿Se pueden tener dos padres? —las preguntas se sucedían sin pausa.

—Se llama Tomás y vive en Venezuela, en América. Cuando naciste, él no podía cuidarte, ¿sabes?, es músico y viaja todo el tiempo. Así que tú y yo nos quedamos solas, hasta que conocí a Sebas. Nos enamoramos, nos casamos, y él se convirtió en tu papá y yo en la mamá de Ángel.

—Por eso me apellido Soto. Porque ahora Sebastián Soto es mi papá.

—Por eso, hija.

—Y ¿cómo sería si el otro papá me hubiera cuidado?

—Serías Paula Cazorla.

—Pues me gusta más Paula Soto.

Ahí terminó la conversación. A partir de entonces, de vez en cuando, el nombre de Tomás surgía de improviso en la boca de la niña. Poco a poco se fue enterando de los pormenores de aquella verdad confesada en su niñez.

Marian y Tomás vivieron juntos y enamorados más de un año. Los abuelos tuvieron que admitir a regañadientes al músico que se había colado en la vida de su hija. El muchacho tocaba muy bien la guitarra, pero, una vez terminado su trabajo como sustituto en el grupo Carcoma, le costaba ganar dinero. De vez en cuando le contrataban en bares nocturnos, aunque las cantidades que cobraba eran irrisorias. Sin embargo, no se quejaba. Soñaba que algún día encontraría un grupo de músicos con los que girar de ciudad en ciudad, grabar discos y firmar autógrafos. Los padres de Marian insistían en que debía buscarse un empleo y dejar que la música ocupase el lugar que le correspondía: una simple afición gratificante, como el aeromodelismo o el macramé. Él no cedía, y Marian le apoyaba. Ella contaba con un salario suficiente para los dos y no deseaba mutilar al hombre del que se había enamorado. Seis meses después de irse a vivir juntos, Marian le anunció que, contra todo pronóstico, estaba embarazada. Al principio Tomás se mostró contrariado, pero al ver la cara de preocupación de su chica enseguida reaccionó. Aparentemente, ambos vivieron el embarazo con ilusión: él la acompañaba a las revisiones, le tocaba la barriga, le quitaba el chocolate de la boca y escogía camisetitas, jubones y gorros para el bebé. Marian no supo que muchas noches Tomás se levantaba de la cama y salía a la terraza. Miraba las estrellas, con los pies apoyados en la barandilla, mientras fumaba un cigarrillo tras otro y se torturaba pensando que un hijo trastocaba para siempre su carrera.

El siete de diciembre de 1989 Marian dio a luz a su hija. Tomás estuvo a su lado, cariñoso, animándola durante la dilatación. Nada hacía sospechar que el hombre de su vida iba a desaparecer como un fantasma. Cuando subieron a Marian a la habitación, la esperaban Tomás y sus padres. La niña estaba bien arropadita en su cuna de cristal. Tomás tomó a la chiquilla en brazos y se la pasó a Marian. Lloraron. Ella, por la emoción. Él lloró como Judas.

—Voy a comer algo. ¿Te parece? —le preguntó pasado un rato.

—Claro, cariño. Yo intentaré dormir un poco.

Fue la última vez que Marian vio a Tomás. Preocupada por su larga ausencia y porque no respondía al teléfono, mandó a su hermano que fuera

a la buhardilla. Si en ese momento se hubiera cruzado con él, el cuñado le habría dado una paliza sin el más mínimo remordimiento, porque nunca en toda su vida sintió tanta ira como cuando vio los armarios vacíos de ropa y una nota en la nevera que solo decía: «Marian, lo siento, pero no puedo».

De la crudeza de esta historia, Paula se fue enterando poco a poco. Pensaba que Tomás era un cabrón y un cobarde y que no se merecía ni el más leve pensamiento. Ella tenía a Sebas, que era un buen padre, que la quería como a una verdadera hija, que la colmaba de cariño y de mimos. No pensaba torturarse pensando en ese otro padre que se limitó a poner una semilla y si te he visto no me acuerdo. Nunca dijo que le gustaría ponerse en contacto con él, y mucho menos conocerle. No le hacía falta. Le despreciaba, como despreciaba a todos aquellos hombrecillos con complejo de Peter Pan incapaces de asumir responsabilidades y compromisos. Únicamente preguntó a su madre, en una ocasión, si tenía alguna foto de él. Le asombró que guardara un álbum completo con las fotos de Ibiza, algunas de sus conciertos y otras en la casa que compartieron. También le llamó la atención que el álbum no estuviera en la estantería del salón, con el resto de los cuadernos familiares, sino muy escondido en el fondo de un altillo.

—Lo he guardado por ti. Por si algún día querías saber qué cara tiene Tomás.

—¿Y por qué lo tienes tan escondido? —quiso saber ella.

—A papá no le gustaría que estuviera a la vista. Tomás no le cae bien.

—A mí tampoco, aunque me puede la curiosidad. Así que le echo un vistazo y luego lo devuelves a ese agujero.

Era tan guapo y tenía un aire tan bohemio que le pareció muy comprensible que su madre se hubiera enamorado perdidamente de él. Estaba claro que su semilla se había esforzado por traspasar a su retoño gran cantidad de herencia genética, como si de esa forma quisiera compensar su posterior abandono. Se parecían mucho: el mismo pelo negro, la piel morena, los ojos oscuros, la nariz recta y la boca pequeña. Era evidente que Tomás tenía una porción de sangre indígena. Entonces recordó que sus amigas del colegio a veces la llamaban Pocahontas.

Desde la tarde que vio el álbum de fotos, el nombre de Tomás no se volvió a pronunciar. Había una especie de acuerdo tácito entre los miembros de la familia: todos sabían que ese nombre generaba un ambiente incómodo y forzado, y además Sebas se tensaba al escucharlo.

El semáforo se ha puesto en verde. Paula no se ha dado cuenta hasta que el coche de atrás ha tocado el claxon. Conduce como si estuviera sedada por los pensamientos que la persiguen. No sabe definir muy bien sus sentimientos porque son muy variadas las emociones que la golpean. Las lágrimas asoman, y lo hacen con tal fuerza que gira hacia el arcén y detiene el todoterreno. Primero llora con rabia. Está enfadada con su madre. Lo estaba ya en la casa, pero se ha contenido. No ha pronunciado una sola palabra cargada de ira, aunque tal vez Marian haya advertido un tono de reproche. En los últimos meses ha aprendido a medir sus reacciones, a evitar a toda costa cualquier discusión, por nimia que sea, porque el ambiente está cargado de infelicidad y de extrema sensibilidad, así que cualquier pequeño disgusto puede infectar las heridas del alma.

Mientras llora sobre el volante recuerda la conversación alrededor de la mesa de la cocina. Su madre se había quedado paralizada al conocer la noticia. Su padre miraba a su mujer con impaciencia. Ella los miraba a ambos. Marian se dio cuenta de que tenía que reaccionar y rompió la asfixia del momento preguntando: «¿Cuándo tienes que ir a Santander?». Aquella frase pareció devolver la tranquilidad a Sebas, que se levantó de la silla:

—Bueno, chicas. Vuelvo un rato al jardín, que me quedan por plantar unos cuantos geranios.

Se quedaron solas, sorbiendo el café, merendando tranquilamente. Pero no podían pasar página. La carta del notario era como si Tomás, por primera vez, hubiera llamado a su puerta, solo que había esperado a estar muerto.

—¿Tú qué crees que me notificará el notario?

Paula recuerda a su madre con la boca llena, tratando de tragar para poder hablar, pasándose lentamente la servilleta por los labios.

—Te habrá dejado algo en herencia, digo yo. Si no, ¿para qué te va a citar el notario?

—Pues igual para decirme que no me ha dejado nada.

—Paula, cariño. Eso es una bobada. Si tú nunca has figurado como su hija. ¿Qué necesidad hay de comunicarle a alguien que no tiene ningún derecho sobre una herencia que no es heredera? Te ha dejado algo, ya lo verás.

—Pues no entiendo nada, mamá. Primero, no sé cómo me ha encontrado si tú no sabes nada de él desde que se marchó a Venezuela. Esta no es tu

vieja dirección, y no creo que se haya puesto en contacto con los abuelos. Y aunque lo hubiera hecho, ¡vaya!, que los abuelos ni los buenos días. Tampoco me cuadra que un padre que no ha dado señales de vida en todos estos años, de repente, se acuerde de que tiene una hija por España y decida dejarle algo en herencia. ¡Es absurdo!

Paula no logra quitarse de la cabeza la expresión de su madre. Esa mirada primero esquiva y luego de cordero degollado, como la de un niño que ha sido pillado en falta. Esos ojos que le avisaban de que había algo oscuro. Intuía que no le iba a gustar lo que le iba a decir.

—¿Qué pasa? —preguntó ansiosa.

—Bueno, cariño. Es que todo no es exactamente como te lo he contado.

Paula contó hasta diez con el pensamiento para encontrar la mesura que la situación exigía.

—¿Qué quieres decir? Explícate, mamá, que me estoy poniendo muy nerviosa. ¿No estarás diciendo que Tomás no nos abandonó?

—Nos abandonó, ¡vaya que sí, el muy cobarde! En el mismo hospital, hija mía. No te he engañado. Y se fue a Venezuela, allí ha vivido todos estos años. Que yo sepa, ni siquiera ha venido a España por motivos profesionales.

—¿Entonces?

—Pues… —Marian no encontraba las palabras— que me escribió desde Venezuela. Tú tenías un mes y yo estaba sola. Era una carta que venía a decir lo mismo que su escueta nota, solo que más larga, llena de argumentos idiotas. En ningún momento mostraba el más mínimo interés por volver con nosotras. La música era su vida, y al parecer tú y yo le estorbábamos en el camino de su éxito. Por cierto, logró el éxito, aunque no en España, solo en Latinoamérica.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque la curiosidad me puede, hija. En cuanto pusieron internet en la escuela, creo que fue en 1996 o 1997, ya no me acuerdo, entré en Yahoo; ese era el primer buscador que manejamos. En un pantallazo salió toda su carrera hasta ese momento. Tocaba con un grupo de mucho éxito, Espina Dorsal, fíjate qué nombre más hortera.

—Así que se puso en contacto contigo para darte más explicaciones de su huida.

—Y también me mandó un cheque. Para colaborar en la *crianza*, usó esa palabra, ya ves. Suena antigua o profesional, como de libro, no es la palabra que utiliza un padre. Me decía que si yo lo deseaba, podía darte su apellido, que se encargaría de los trámites.

—¿Y qué le respondiste?

—Le dije que ni hablar. No me fiaba, lo mismo reclamaba un día la custodia y te mandaban en un barco a Caracas.

—¿Aceptaste el dinero?

—Sí. Lo necesitaba. No quería volver con mis padres, y mi sueldo entonces no era muy alto que digamos. Era lo menos que podía hacer por ti. Además, así él lavaba su culpa, le hice un favor.

—¿Le respondiste?

—Sí. Le mandé una carta diciendo que no quería que te reconociese. Que aceptaba el dinero por necesidad y que no quería más cartas.

—Así que no hubo más cartas.

—Cartas, no. Cheques, sí…

—¿Me estás diciendo que mi padre se ocupó de mi manutención y yo no he sabido nada hasta hoy? ¿Me he pasado la vida pensando que era un cabronazo que pasaba de mí y sin embargo quiso darme sus apellidos y además te pasaba una pensión? ¿No te das cuenta de que esto lo cambia todo?

—No te alteres, cariño. Y déjame terminar. Y no es tu padre, que tu padre es Sebas. Si te oye…

Paula respiraba hondo mientras pensaba que no debía montar una escena. No era el momento. Si Sebas las oía discutir, se llevaría un disgusto.

En pocas frases, Marian terminó de contar la historia. Tomás le siguió enviando un cheque cada mes hasta que se casó con Sebas. En vísperas de su boda le escribió una carta en la que le anunciaba el enlace y le pedía que no le enviara más dinero porque la niña, de 2 años, ya tenía un padre. Le explicaba que Sebas era un buen hombre, un ingeniero viudo padre de otro niño, que se habían comprado una bonita casa y que a partir de ese momento su hija pasaba a llamarse Paula Soto.

—¿Por qué le diste tantos datos, mamá?

—Por si algún día quería encontrarte. Eso Sebas no lo sabe, y espero que me guardes el secreto.

—¿Encontrarme? ¿Querías que me encontrase?

—Tomás era tu padre, Paula. Pensé que si algún día se le removía algo por dentro y deseaba ponerse en contacto contigo, ni Sebas ni yo éramos quiénes para impedirlo. ¿No lo entiendes? —Marian apoyó la cara entre sus manos, cansada—. No lo hizo. Nunca más supe de él y nunca te buscó. Hasta hoy.

Paula se seca las lágrimas con una toallita de bebé. Suspira varias veces, buscando serenarse. Se mira en el retrovisor y trata de recomponerse la cara. No quiere que Fran note que ha llorado, no quiere que nadie sepa lo que a ella misma se le acaba de revelar: que el deseo de conocer a su verdadero padre ha vivido oculto en su interior todos estos años. Y que su anhelo ha naufragado nada más brotar.

VI

Son las nueve de la mañana y es martes. A Sebas le agradan especialmente los martes y los viernes, que es cuando viene Narcisa a limpiar. La rumana llega a las nueve y, por orden de Marian, trae bajo su brazo el periódico y un bollo de mantequilla. Esos días Sebas disfruta como nunca el desayuno mientras saborea su dulce favorito y lee las noticias. Si el día y la temperatura acompañan, lo degusta en el porche, y lo hace con deliberada parsimonia, sorbiendo lentamente el café con leche, mojando pedacitos de bollo en la taza y pasando las páginas del diario. El roce de sus dedos sobre el papel tiene el poder mágico de serenarle, aunque a veces algunas informaciones le alteran los nervios: los casos de corrupción, los desahucios, en general las malas nuevas y, sobre todo, los atentados terroristas de los islamistas radicales. A Sebas le preocupa el giro que está dando el mundo, está convencido de que a esa gente no hay quien la pare, ni la CIA, ni el Mosad ni cien ejércitos armados hasta los dientes. Hoy el atentado del día ha ocurrido en Afganistán, por eso ocupa solo media página, y piensa que es un despropósito teniendo en cuenta los cuadernillos especiales que se publicaron con motivo de los atentados de París. Y luego está la guerra de Siria, que le saca de quicio porque no la entiende y no le ve arreglo. De los refugiados ya ni habla; le entristece demasiado recordar a esas familias que deambulan perdidas por la geografía de una Europa arrogante. Aunque, últimamente, también le inquietan las declaraciones de algunos políticos que sugieren la posibilidad de que los terroristas puedan entrar al continente camuflados entre la marea de expatriados.

Narcisa le trae un zumo de naranja recién exprimido. Es el grato colofón de su ritual mañanero. Siempre intenta sorberlo poco a poco, para alargar el placer del líquido sabroso inundando como un torrente su boca, pero no puede. En dos patadas lo termina, como siempre, incapaz de resistir la tentación de beberlo sin pausa.

—¿Va a salir usted? —le pregunta la asistenta.

Narcisa es una mujer con sobrepeso, aunque tiene una cara bonita. Marian estuvo a punto de no contratarla porque pensaba que su volumen era indicio de una torpeza que no casaba bien con una persona que iba a dedicarse a las faenas domésticas. Sebas intercedió por la chica porque le gustó su mirada limpia, que tanto le recordaba a la de aquel cocker spaniel que tuvo de niño.

—Sí, Narcisa. Saldré dentro de un rato. Pero primero creo que me tomaré otro café. ¿Queda?

—Claro, señor Sebas. Ahora le traigo.

La rumana limpia a conciencia y es muy discreta. A veces Sebas le da conversación. Así se ha ido enterando de los avatares de su vida. Narcisa llegó para reencontrarse con su marido, Cezar, que llevaba tres años de residente. Cuando empezó a trabajar en su casa, hará unos dos años, apenas hablaba español, aunque en tres meses se manejaba perfectamente con el idioma.

—Dicen que los rumanos tenemos facilidad con las lenguas extranjeras. Y además el español y el rumano se parecen un poco. —La muchacha se quita importancia.

No se lo ha dicho abiertamente, pero Sebas sabe que le gustaría regresar pronto a Rumanía. A él no le extraña, porque allí viven sus padres, sus hermanos y sus amigos. Cezar se muestra obstinado y piensa que como aquí no se vive en ningún sitio.

—A mi marido le gusta mucho este país, señor Sebas. Dice que hay buenos hospitales y escuelas, que no le falta trabajo y que siempre le han tratado bien. Dice también que le gustaría tener hijos y criarlos aquí. Yo no sé… Yo echo de menos a mi pueblo y a mi gente. Pero es verdad, aquí todo funciona mejor.

A veces Narcisa canta canciones de su niñez mientras pasa el polvo a los muebles. Tiene una voz muy dulce y un deje triste en la garganta. Añora su vida anterior, aunque no fuera fácil. Cuenta que en el hostal que regentan sus padres la mayoría de los clientes son camioneros y que el negocio no da más que para sobrevivir. Allí trabajó desde que dejó la escuela, entre humo de tabaco y olores a fritanga, manejando el bar de la pensión, siempre saturado de potentes voces masculinas. Una de esas voces le debió de sonar

tan cálida que se enamoró de su dueño. Se casó con Cezar y a los seis meses este le dijo que se iba a probar suerte a España.

—Fue culpa de un amigo suyo que le escribía maravillas de todo esto. Mi marido es un buen hombre, muy trabajador, aunque también tiene muchos pájaros en la cabeza. Creía que enseguida se haría rico. Y ya ve usted, ahí sigue, con el camión de acá para allá. Lo mismo que en Rumanía. Me dice que hay que ser paciente, que algún día se comprará un camión y será su propio jefe. Y como hay que ahorrar para el camión, no gastamos un euro. Todo el día metidos en casa, en una casa que no es para nosotros solos, porque vivimos con otra pareja de rumanos. Buenas personas, pero mucho más viejos. La verdad, señor Sebas, echo de menos salir a bailar y beberme una cerveza con los amigos.

Al ver a los refugiados en los campamentos de Grecia o Turquía o al escuchar las tristes melodías de Narcisa, Sebas se da cuenta de que el desarraigo es como una enfermedad del alma, que las raíces de nuestra infancia nos atan a la tierra, nos dan seguridad, nos permiten crecer enteros. Fuera de la propia tierra nos sentimos un poco huérfanos, más indefensos, a la intemperie. Está convencido de que la tierra y la familia constituyen los pilares de la existencia, y se siente como un refugiado: al faltarle su hijo ha perdido su patria.

A las diez, Sebas empieza a caminar por el sendero que lleva hasta la carretera. La mañana es fresca y muy limpia. Una de esas mañanas de primavera que despiertan los sentidos; los olores de las plantas y de las flores invaden la atmósfera, el ruido de las máquinas segadoras arrulla el paisaje y el frescor del aire acaricia la piel. Últimamente, Sebas no suele ir caminando hasta el pueblo, prefiere el coche. Son dos kilómetros de terreno llano y tránsito tranquilo que sigue la ribera de un arroyo limpio abrazado de zarzas. Un paseo de postal que muchos envidiarían. Pero desde la muerte de Ángel pasear es un suplicio. La soledad del caminante abre la puerta a los pensamientos, y los que le afloran son demasiado tristes. En el coche pone la radio, tarda unos pocos minutos en llegar al destino y debe estar atento a la conducción. Sentado en el asiento del piloto tiene que manejar el embrague, el freno y el acelerador, tiene que cambiar de marcha y activar los intermitentes, y esa mecánica actividad cierra puertas a los demonios interiores. Cuando los fantasmas del cerebro le reclaman, pone la radio; cuando le acosan, sube el volumen, y para cuando parece que por fin

lograrán su empeño, ya está aparcando en el centro. Por el contrario, siguiendo sus pasos junto al riachuelo, se encuentra solo consigo mismo, con sus penas, con sus añoranzas, con su sufrimiento. Los sonidos de la naturaleza no son como los de la radio, no estorban al pensamiento; al contrario, parecen alimentarlo. Y él está harto de sufrir.

Hoy se ha animado a ir andando. Marian se pondrá muy contenta cuando se entere. La misma Narcisa parece haberse alegrado de la decisión, porque le ha despedido desde el porche, moviendo la mano y sonriendo. ¿Por qué hoy no ha cogido el coche? Eso se pregunta Sebas nada más cerrar la valla del jardín. Porque le ha apetecido, sin más. Y le parece una buena señal. Quizás sea verdad eso que dicen: cuidar un jardín es una buena terapia.

Hay que ser realista: las enfermedades no se curan al tomar la primera pastilla del tratamiento médico. Tampoco él se ha curado. Se da cuenta pasados unos minutos. Ángel vuelve a su cabeza, el recuerdo de su hijo lo asalta de nuevo y tiene ganas de llorar. Esta vez no, esta vez no se va a parar bajo un árbol a derramar sus lágrimas y a escupir sus gritos de demencia. Esta vez no cogerá el teléfono móvil para pedir auxilio a su mujer. Hoy no se va a quedar paralizado. Hoy continuará el trayecto, aunque sea con las mejillas húmedas y la garganta agarrotada. Debe seguir su paseo, acompañado de su congoja. Piensa que si consigue llegar al centro también será capaz, poco a poco, de seguir avanzando por su propia vida. Pasea con el recuerdo de Ángel a la espalda y vivirá con la nostalgia del hijo perdido. Hoy ha decidido llegar al pueblo andando. Ha resuelto intentar vivir.

Son solo dos kilómetros que se hacen eternos cuando los pensamientos tristes se adueñan de sus pasos. Vuelve a sentir aquella íntima sensación que le producía tener a su bebé en brazos. ¡Era tan delicado! Aquella figura diminuta tenía un poder gigante, lo subyugó como nadie lo había hecho hasta entonces; en realidad, como nadie lo ha vuelto a hacer. Ni siquiera Marian, ni tampoco Paula. Este último pensamiento le hace sentir culpable. Sebas saca de su abrigo un pequeño frasco de colonia, marca Nenuco, la que él mismo frotaba con delicadeza sobre la piel de su bebé. Una mañana, poco después de la muerte de Ángel, pasó por una perfumería. En el escaparate se anunciaba una promoción de la colonia con un cartel de un bebé rubio, rollizo y sonriente. «La colonia de mi niño», pensó con más nostalgia que tristeza. Siguiendo un impulso, entró a la tienda y compró un frasco. Lo abrió y puso la nariz sobre el borde. La magia del aroma le trajo

al presente escenas domésticas de un tiempo muy lejano, cuando los dos vivían solos, cuando tuvo que hacer de padre y de madre: riendo a la hora del baño, dormido en sus brazos, gorjeando en la cuna. Desde entonces se lleva el frasco a todas partes: no quiere que la memoria le traicione, no quiere olvidar los primeros años de Ángel. Así que, de vez en cuando, mete la mano en el bolsillo, saca el frasco y se inunda de recuerdos placenteros.

El olor a Nenuco ha penetrado todo su ser. Al principio es como una bocanada de oxígeno para su maltrecho corazón, pero en cuanto la fragancia etérea atraviesa el cerebro adopta la forma física de unas lágrimas saladas que avanzan por sus mejillas. No le importa, le han dicho que llorar cura, y él está enfermo. Sebas se seca las lágrimas con un pañuelo que últimamente no olvida, y avanza mirándose los pies. Cuántas veces hizo ese recorrido con Ángel de la mano. Al niño le gustaba el río y le gustaban su nueva mamá y su hermanita. Eso le dijo su hijo de 9 años el primer día que recorrieron juntos el camino hasta el pueblo. Acababan de instalarse en la nueva casa; el chiquillo se sentía feliz. Tenía madre, como el resto de los niños, además podía jugar con una hermana, aunque todavía fuese muy pequeña, y el jardín de su nueva casa era un patio de recreo privado en el que encontraría tesoros y escondrijos para vivir sus aventuras. Si Ángel hubiera puesto algún reparo a Marian, no se habría casado con ella. Si hubiera visto el más mínimo indicio de que las cosas podrían ir mal, habría abandonado sin dudarlo. Ángel era su vida, su segunda piel, el más maravilloso regalo que un hombre pueda recibir. Su bienestar, sus desdichas, sus dudas, sus problemas, sus alegrías eran los suyos. Como si la vida de Ángel tuviese eco. Por eso sufrió tanto Sebas cuando, siendo su hijo un adolescente, conoció el abandono de su primera novia. Cómo lloraba el muchacho y qué inútil se sintió él. Habría matado a la niña que lo dejó desolado. Una semana después de aquel disgusto, Ángel volvió a casa con otra chiquilla. Sebas respiró tranquilo. Al muchacho no le iban a faltar novias. Era muy guapo. Sebas se da cuenta de que acaba de sonreír, de forma inconsciente, al recordar a su hijo en la época en que las hormonas campaban a sus anchas por su cuerpo y por su mente.

El hombre que camina es de los que cree que la luz del día ayuda a mitigar los dolores que nacen del desconsuelo. El sol es como aceite balsámico sobre las quemaduras, como el agua helada que alivia las piernas hinchadas, como la manzanilla para el estómago lastimado. La claridad del

cielo deja paso a la esperanza, abre camino a los pensamientos positivos. En cambio, los días nublados, oscuros, nos hacen ver la parte más tétrica de la vida, nos desmoralizan, ahondando en las heridas. Ese sol que caldea el rostro de Sebastián tiene un poder benigno sobre su estado de ánimo y le ayuda a seguir avanzando sin prisa por la senda que le lleva al pueblo, con una tristeza que por primera vez le resulta soportable.

Los padres no deben sobrevivir a los hijos. Eso lo saben muy bien aquellos que han perdido alguno. Si alguien nos avisara de que uno de nuestros hijos está predestinado a abandonar este mundo prematuramente, ¿a qué edad sería conveniente que lo hiciera? Últimamente, Sebastián se hace este tipo de preguntas de difícil respuesta. ¿Tal vez nada más nacer? ¿Quizás el dolor duraría menos porque no habría dado tiempo a estrechar los lazos? Sebas no tiene respuesta, solo recuerda que el momento en que vio a su hijo por primera vez pensó que su felicidad iba a depender a partir de entonces de esa criatura a la que se había unido irremediablemente por un indestructible e imaginario hilo. Y, desde luego, no a los 34 años, como Ángel. La vida recién comenzada, una carrera brillante, millones de sonrisas todavía pendientes de regalar, charlas prolongadas por terminar, canas por salir, amores por conocer, hijos por alumbrar. La existencia segada antes de llegar a la mitad del camino. Un segundo y ¡zas!, la vida de Ángel barrida para siempre, y de paso la suya convertida en poco más que polvo, en restos grises de lo que fue.

«Fue un buen hijo», eso dice Sebas a cada una de las personas que le dan el pésame. Y lo cree firmemente. Sí, fue un buen hijo y una buena persona. Su adolescencia no resultó especialmente problemática. Sebas piensa que el hecho de no haber tenido madre le hizo sensible al dolor de los demás y por eso se pasó la vida tratando de no dar disgustos. Fue buen estudiante, un chico alegre al que no le gustaban las ataduras. Quizás por eso nunca tuvo una novia seria, o tal vez no le dio tiempo a encontrar la adecuada. Mejor, piensa Sebas, así no dejó otra alma en pena tras su muerte. Qué orgullosos se sintieron Marian, Paula y él cuando llegó a casa con el título de Medicina. Lo celebraron por todo lo alto. Y más tarde se especializó en Pediatría como médico residente del hospital provincial. Lo tenía todo: vocación, inteligencia, alegría, simpatía…, y era testarudo, un cabezota sin igual que no perdía el tiempo discutiendo; le salía más a cuenta hacer directamente lo que quería. Cuando dijo que se iba a trabajar con Médicos

sin Fronteras ya lo tenía todo atado y bien atado, hasta el billete de avión. No hubo posibilidad de discutir el asunto, de tratar de frenar su impulso con chantajes morales, como el miedo de Marian a que fuera a meterse en tierra hostil, o el dolor de tenerlo tan lejos; tampoco consiguieron retenerlo con argumentos relacionados con su carrera profesional, no sirvió argüir que no debía desviarse de un trayecto tan bien encaminado ni perder la oportunidad de oro que le habían ofrecido en el hospital. No dijeron nada, pues nada podía hacerse ya. Lo despidieron con una cena en el porche y se hablaban por Skype. Hasta que al otro lado del ordenador se produjo un fundido en negro.

Las piernas de Sebas se han detenido bruscamente. El recuerdo las ha paralizado. Un pájaro vuela muy cerca y lo sustrae de su ensimismamiento. Se mira los pies, primero uno y luego el otro. Con la misma concentración con que un culturista levanta una pesa de cincuenta kilos, él mueve el pie derecho y luego el izquierdo. Ha decidido que hoy no va a entrar en pánico, va a llegar al pueblo, se va a tomar un café y luego irá hasta el centro de jardinería.

VII

Al girar la cerradura de la puerta escucha de fondo el parloteo sin sentido de su hijo. El ruido del agua y la felicidad gutural del bebé le indican que Fran y Nico están en la bañera.

—¡Ya estoy en casa! ¿Dónde está mi bebé precioso? —Paula avanza por el pasillo mientras se quita la cazadora.

Asoma la cara por la puerta. Nicolás estira las manos llenas de espuma en dirección a su madre. Ella se agacha y lo abraza. El cuerpo del bebé empapa su camisa, pero no le importa.

—¿Y a mí qué?

Fran recibe también su beso.

—Pásame la toalla, que el enano lleva ya mucho tiempo a remojo.

Paula se siente segura en su piso, con su marido y con su hijo. Por unos minutos es como si el notario de Cantabria y Tomás Cazorla no existieran. La tregua dura poco: el tiempo que lleva secar, vestir y dar el biberón a Nicolás. Mientras ella le pone la música del tiovivo que cuelga sobre la cuna para que se vaya durmiendo, Fran prepara una ensalada en la cocina. Es en la tranquilidad del cuarto infantil, arropada por la melodía, cuando regresa la inquietud. Las mismas preguntas, los mismos reproches, la misma nostalgia del padre que no conoció. Nico ya se ha dormido, y así, con los mofletes rosados y la tripa redonda de leche, es lo más bonito que Paula haya visto en su vida. Entonces se da cuenta de que hubo un tiempo en que ella también fue un bebé satisfecho y que su padre se lo perdió. Respira hondo, no quiere volver a llorar, qué más le da a ella ahora Tomás Cazorla. Tiene su familia, un trabajo que le gusta, una casa bonita. Suficiente. No hay que pensar en el padre que no lo fue, no debe guardar un hueco para él en su alma.

Una pequeña lámpara que proyecta estrellas sobre el techo iluminará el sueño de Nico y les facilitará a Fran y a ella acudir al cuarto del bebé

cuando llore. Llorará, eso seguro, dentro de unas horas. Últimamente lo hace todas las noches; la interrupción del sueño la tiene un poco alterada. Abre la puerta, sobre la que cuelga una minúscula bata de felpa con un pato cosido a la espalda; no la cierra del todo, la deja entornada.

—Has tardado mucho. ¿Ha pasado algo en casa de tus padres?

Más que sentarse, Paula se deja caer sobre la silla. Es evidente que está abatida. Él la mira, luego coge la botella de vino y sirve las copas.

—Anda, tómate una copa y cuéntame.

Fran es un hombre muy tranquilo, en todos los sentidos. Todo se lo toma con calma, y, sin embargo no es lento ni perezoso. Simplemente ha marcado un ritmo en su vida que muy rara vez altera. Como dice Paula, es el rey de la moderación: sabe escuchar y habla lo justo; no es una persona que demuestre sus pasiones, ni las del amor, ni las del trabajo, ni siquiera su afición favorita, las ruedas. Fran tiene un concesionario de motos y un taller. De joven corría en campeonatos de *motocross*. Seguramente esa mesura de carácter le impidió ser competitivo y despuntar. Tampoco pareció importarle. Su padre le empujó para que estudiara ingeniería. Sin levantar la voz ni una sola vez, el chico se negó. Quería dedicarse al mundo del motor.

—Pues estudia ingeniería de automoción —le sugería su padre.

—Yo prefiero colocarme en un taller de motos y aprender. Luego montaré mi propio taller.

—¿No te das cuenta de que Paula va a estudiar Medicina y tú te vas a quedar atrás?

Eso no le importaba. A Paula, tampoco. Ninguno creía que un título universitario tuviese valor por sí mismo. La universidad no era más que el camino ineludible para alcanzar determinados objetivos. Obligatoria para Paula, que aspiraba a ser médico. La meta de Fran no pasaba por la universidad. Al final optó por cursar un grado de formación profesional en la especialidad de mecánica. Sus padres se tranquilizaron cuando su hijo mostró el título, menor a su entender, pero título al fin y al cabo. Compaginó los estudios con muchas horas metiendo las narices en los motores de Talleres Freire, concesionario de la marca Honda, a cuyo propietario conocía de sus años en el *motocross*. Cuando terminó la formación tenía 20 años. Freire le contrató. Era un buen mecánico. Además, su pasión por las motos, su buen aspecto y su labia revelaron su habilidad como vendedor. Cuatro años después abría su concesionario Yamaha, con el

aval bancario de sus padres y de su hermano mayor, quienes acabaron convenciéndose de que Fran, sin haber pasado por la universidad, se estaba labrando un futuro como Dios manda.

Ha escuchado sin interrumpir el relato de su mujer. Ella deja escapar unas lágrimas. Él no la abraza, la mira fijamente, paciente, esperando que se le pase el llanto. Finalmente, cuando cree que ya está más calmada, dice:

—Puedo comprender tu disgusto, aunque solo en parte. No conociste a Tomás, es cierto, pero a cambio tienes a Sebas. Un padre cojonudo.

—Eso ya lo sé. Pero ¿no te parece cruel que mi madre me ocultara lo del dinero de Tomás? ¿No es esa una prueba de que me tenía en sus pensamientos?

—No lo sé. Tal vez no era más que una manera de limpiar su sentimiento de culpa. Al fin y al cabo, en cuanto tu madre le dijo que se olvidara de ti, lo hizo sin rechistar.

—Pero antes de morir pensó en mí. Si no, ¿para qué me cita su notario?

—Cuando la gente está al borde de la muerte se replantea muchas cosas. De todas formas, Pauli, yo no le daría más vueltas. Él se ha perdido mucho más de lo que tú te has perdido al no tenerlo cerca. Y mira, si te ha dejado algo de dinero, pues mejor para ti.

—Eso no lo sabemos.

—En un par de meses lo sabrás. Ya es casualidad que la lectura sea el día de tu cumpleaños. —Fran se levanta para aliñar la ensalada, que espera su turno en la encimera—. ¿Y por qué no quieres que te acompañe yo al notario?

Parece como si Paula no le hubiera oído. Está ensimismada observando con cierta avaricia el cuerpo de Fran, su trasero dentro de los vaqueros, los pies descalzos, las mangas de la camiseta marcando los músculos de sus brazos morenos. Su marido siempre tiene buen aspecto, una imagen de hombre joven y sano de la que él no es consciente. O tal vez sea que Paula vive rodeada de enfermos, jóvenes, niños o viejos, y por eso se fija tanto en el cuerpo de su esposo. Le gusta Fran. Su cuerpo, su cara, su pelo, su sonrisa, su voz. De pronto toma conciencia de lo afortunada que es, y la pena se esfuma por el suelo de la cocina.

—¿No me has oído? —Fran se da la vuelta con la vinagrera en la mano —. ¡Hala! Y vete sacando un par de bandejas.

—Voy, voy. Y sí, te he oído. Fue un impulso, ¿sabes? Vi a mi padre tan frágil cuando me entregó la carta de Tomás que imaginé que le haría ilusión acompañarme. No sé, es como decirle que sigue siendo mi padre, que sigue siendo importante. Además, está tan triste que creo que cualquier novedad que se salga de la rutina le viene bien. Se sentirá útil. ¿Te parece mal?

—Me parece genial. ¿Nos sentamos ya a cenar?

—¡Qué prisas!

—Si quieres, Paula, seguimos luego la conversación. Es que empieza *Breaking Bad.* —Fran le pone cara de niño suplicante.

—Eres un niño grande, marido, por eso me gustas tanto.

Se escucha la sintonía de la serie de televisión. Paula, más serena, hinca el tenedor en la lechuga.

A las tres de la madrugada el niño empieza a llorar; su madre salta de la cama al primer sonido. La capacidad de respuesta de su cuerpo se mide en milésimas de segundo, las que separan el primer berrido del bebé de la incorporación de Paula. Es como si al dar a luz alguien le hubiera introducido un resorte automático en la espalda que se activara con la voz de Nico. Pone el chupete al crío, que vuelve a dormirse de inmediato. Fran ni siquiera ha pestañeado. Paula no se queja de su marido, él también se levanta muchas veces, pero generalmente es ella quien le avisa de que Nico se ha despertado. En la clínica se olvidaron de ponerle un muelle al joven papá.

Ya no volverá a dormirse. Lo sabe y lo sufre. Tiene la mente despejada, la plácida nebulosa del sueño ha desaparecido, y son los pensamientos sobre su padre, sobre su madre y sobre Fran —desordenados, atropellados y malignos— los que ocupan su cabeza. Está enfadada con todos. Incluso con el hombre maravilloso que duerme a su lado. Porque ha zanjado el tema quitándole importancia, porque prefiere una serie de televisión a hablar sobre sus preocupaciones, porque es un niño en un cuerpo de hombre, porque es insensible. Le gustaría darle una patada y despertarlo, decirle lo que piensa, que no está a la altura, que evade los problemas, que la trata como a una histérica. Algo en su cerebro la regaña: «¿Pero qué estás diciendo de Fran? Él te quiere y te escucha y se preocupa por ti. ¿Por qué la pagas con él? ¿Acaso no reacciona siempre igual ante los conflictos?». Las lágrimas le empiezan a mojar las mejillas. Mejor. De niña, una buena llantina era antesala asegurada para el sueño. Caía rendida tras derramar un

torrente de agua salada; al día siguiente salía renacida. ¿Le ocurrirá esta vez lo mismo, o será remedio reservado para los infantes? Paula no quiere seguir sintiendo ese resquemor abrasador hacia su madre, que le ha mentido, que le ha ocultado el interés que su verdadero padre mostró hacia ella. Y por eso necesita la atención de Fran, para contrarrestar sus perturbadores sentimientos. Pero Fran no entiende de esas cosas porque ni son prácticas ni llevan a ninguna parte. Su marido es así y no tiene remedio, lo debe llevar en su mapa genético. El llanto es imparable y degenera en sollozos. Piensa en el padre al que no pudo conocer. La rabia se apodera de ella. O quizás es solo impotencia porque ya nadie puede enmendar la falta. Fran se mueve, se da la vuelta, algo ha perturbado su sueño, abre un ojo y lo cierra. De repente levanta los dos párpados y sus pupilas brillan en medio de la oscuridad.

—¿Qué pasa, por qué lloras? —Se incorpora alarmado.

Paula no puede responder, lo único que sale de su boca son los gemidos incontrolados de una mujer que sufre una pena enorme. Él la rodea con los brazos.

—Tranquilízate y cuéntame qué te pasa.

En menos de un cuarto de hora Paula se ha desahogado. Ha vuelto a dormirse abrazada a su marido, que la observa totalmente desvelado.

VIII

A pesar de que tiene el rostro empapado de sudor y la camiseta marcada por cercos de humedad, Khalil se mueve con la agilidad propia de su juventud. Está en el extremo del aparcamiento, descargando una montaña de sacos de abono que acaba de traer el transportista. Mientras desempeña su tarea no deja de mirar a los dos hombres que conversan a la puerta del invernadero. Khalil es muy observador. Y lo es por pura necesidad. Desde muy joven aprendió que saber reconocer el terreno puede significar la diferencia entre estar libre o preso, entre estar vivo o muerto. Le hizo falta aguzar el oído y la vista cuando escapó de su pueblo, cuando sobrevivió a las largas noches a cielo raso entre alimañas y maleantes y mientras esperó en la frontera el momento oportuno para pasar a España. Convertido en lechuza se pasó tres días analizando el ajetreo del paso fronterizo, al acecho del camión que tuviera en los bajos espacio suficiente para ocultarse y un chófer de apariencia más indolente, y tratando de averiguar en qué turno los agentes se mostraban más remisos a hacer controles. Durante la travesía estiró las piernas en la bodega del ferri, amparado por la oscuridad, y calculó el tiempo que le quedaba antes de subir de nuevo al incómodo ataúd que olía a neumático caliente. Siguió el viaje ya en tierras españolas y solo abandonó la incómoda postura cuando el camión paró en un bar de carretera. Se deslizó lentamente, quedó tendido bajo el chasis y reptó como una iguana, la vista puesta en todas direcciones. No se veían piernas, ni a un lado ni a otro. Cuando estuvo seguro de que nadie se percataría de su presencia, salió corriendo.

No hace mucho calor, pero los sacos pesan bastante y las gotas de sudor le caen por las pestañas nublándole la vista. Saca un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se seca la cara. Khalil no deja de mirar a su jefe y a su acompañante. Se ha dado cuenta de que están hablando de él. Lo sabe porque entre frase y frase le han mirado varias veces. El joven está alerta. Si

él es el tema de conversación, la cosa se puede poner fea. Tal vez el desconocido, que ni ha mirado las macetas ni ha curioseado las flores, que lleva una sospechosa carpeta negra y ha ido directamente adonde su jefe, sea un inspector de trabajo. O un policía. Khalil no quiere que a Jesús le pase nada malo. Él y su hijo se han portado bien con él, un inmigrante sin papeles, un marroquí que huye de la gente, que camina con la cabeza gacha, que quiere pasar desapercibido, pero que necesita comer. Como todo el mundo.

Khalil llegó a España hace diez años, sin pasaporte ni documentación alguna, pero con un miedo tan grande que la desconfianza se adueñó de él. Estuvo sin hablar con nadie una semana entera. Comía lo que encontraba en los contenedores de basura, dormía en las cunetas de las carreteras o bajo un árbol en huertas alejadas de los pueblos. Había escapado, ese era su triunfo. Y su certeza: que nunca regresaría a Marruecos. Tenía 15 años y no hablaba una palabra de español. Estaba claro que si quería quedarse en España debía aprender el idioma, aunque el miedo a encontrarse con un policía le paralizaba. Un día, mientras dormitaba bajo un olivo, apareció un grupo de marroquíes, trabajadores del campo. Entablaron conversación con el muchacho asustado.

—¿Que no tienes papeles? —se rieron—. ¿Y quién los tiene?

—Ni siquiera pasaporte —insistió él.

—Tranquilo, Khalil. No es tan fácil que te expulsen. Somos demasiados. Ven con nosotros y te ayudaremos.

—¿Podré trabajar?

—Sí, hablaremos con el jefe. Le dices que tienes dieciocho años. Aquí a los menores no les permiten trabajar.

—Creo que les dejan con dieciséis años —corrigió otro compatriota.

—Es igual, que diga que tiene dieciocho, por si acaso.

Khalil no quiere que el esfuerzo de su huida haya sido en balde. Si acaba siendo deportado, qué sentido tendrían los miedos pasados, la lucha continua por quedarse en España, los kilómetros viajados buscando mejores destinos, el hambre de algunos días, la falta de agua y jabón o esa nostalgia de la tierra que le acompaña muchas noches. Jesús y el desconocido comienzan a caminar, y lo hacen en dirección al camión. Khalil observa con disimulo, parapetado tras un enorme saco de abono. Tal vez tenga que deshacerse del bulto y salir corriendo. Otra vez. Una vez más. Vivir

huyendo. Khalil espera un poco más sin quitar ojo a la pareja que se aproxima con cierta lentitud, que se detiene cada dos o tres pasos para seguir hablando. Como si no tuvieran prisa, como hacen los viejos que se cansan y que necesitan mirarse a la cara para decirse cosas. Khalil empieza a tranquilizarse. No parece ese el modo de proceder de un policía, y a Jesús se le ve muy relajado. Un poco más cerca aprecia una sonrisa franca en la cara de su jefe, es el gesto que termina de convencerle de que no hay peligro. El que le dice sin palabras: «No temas, este hombre no es tu enemigo, aunque lleve una carpeta negra bajo el brazo». El muchacho respira, los latidos acelerados de su corazón alerta reemprenden una marcha más pausada.

—Khalil, baja un momento, por favor. —Jesús es un hombre muy educado, siempre dice *gracias* y *por favor* a todo el mundo, incluso a un inmigrante como él. Esas minucias vocales son la manera que tiene de reconocer al otro su dignidad. El marroquí lo sabe y lo agradece, mucho más de lo que Jesús puede llegar a imaginar.

—Este es mi amigo Sebas.

El muchacho mira con sus ojos negros al hombre alto de pelo cano y cuerpo atlético. A pesar de su envergadura le parece frágil, quizás porque tiene una mirada triste. Sebas extiende la mano hacia el joven, y este, antes de estrecharla, se la frota en el pantalón.

—¿Cómo está?

—Sebas necesita a alguien joven y fuerte, y le he dicho que a ti seguro que te vendría bien el trabajo.

—Es que quiero hacer unos cambios en el jardín de mi casa —explica Sebas—, un camino, rodear la piscina con una valla y adecentarlo todo un poco. ¿Te interesa?

—Sí, me interesa. ¿Qué tipo de camino quiere hacer?

—Pues aún no lo tengo muy claro. No sé si de cemento, de losas, de guijarros o de madera.

—Desde luego no lo tienes nada claro. —Jesús ríe mientras habla—. A mí me parece que un sendero de losetas de pizarra quedaría muy bien. Enséñale las fotos, Sebas, a ver qué opina el muchacho.

Al marroquí le extraña que le pidan opinión. Observa con atención minuciosa la fotografía de la casa y del jardín. Es una casa bonita, sin pretensiones, la clase de hogar que a él le hubiera gustado tener.

—Y este es el dibujo que he hecho para que veáis por dónde quiero que vaya el camino.

—Yo creo que el camino de losetas sería lo mejor. El señor Jesús tiene razón.

—¿Sabrías hacerlo?

—Sí.

—Jesús, ya puedes ir pidiendo las piedras.

—Aún no, señor Sebas —dice Khalil—, primero tenemos que medir.

—Claro, claro. ¿Podrás venir mañana a medir y a ver todo aquello? ¿A las once, qué tal?

—Por la mañana no puede, Sebas —dice Jesús—, tiene que echarme una mano aquí.

—¿Le viene bien a las cuatro?

—Sí, hombre, sí. A mí me viene bien cualquier hora. Es lo que tiene estar jubilado.

Sebas y Jesús se alejan mientras siguen hablando. El muchacho vuelve a su tarea mientras piensa que en los últimos tiempos una buena estrella está cruzando su firmamento.

IX

La entrada para los coches se encuentra en un lateral de la finca. Marian avanza lentamente por el suelo de grava y aparca frente al garaje. No va a guardar el coche porque el mando a distancia no le funciona desde hace días. Se le ha olvidado comprar las pilas en el supermercado. Últimamente solo se acuerda de aquello que lleva anotado en su móvil, y la palabra *pilas* hoy no estaba apuntada en su bloc de notas. Esos descuidos la exasperan. Se le pasará pronto, aunque de momento le parece un fastidio.

Está bajando las bolsas del maletero cuando una voz profunda y desconocida le pregunta:

—¿Quiere que le ayude?

Marian se da un susto de muerte.

—¡Joder! —se le escapa—, qué susto me has dado. ¿Quién eres tú, si puede saberse, y qué haces en mi jardín?

La mujer se aferra a un paquete de leche que apoya sobre su pecho a modo de protección mientras observa al extraño. Es joven, parece marroquí o argelino, y lleva la ropa manchada. El muchacho se muestra igualmente sorprendido y da un paso atrás.

—Perdone, no quería asustarla. Soy Khalil.

—Pues dime, Khalil. ¿Quién te ha dado permiso para entrar en una finca privada? Si quieres limosna deberías llamar al timbre de la entrada, no pasar como Pedro por su casa. —El susto inicial de Marian ha dado paso al enfado.

—No entiende, señora. Soy Khalil. El señor Sebas me ha contratado.

—¿Que te ha contratado? ¿A ti? —La mujer no sale de su asombro. No sabe de qué le habla—. ¿Y para qué te ha contratado?

—Para hacer un camino y… —La mujer le interrumpe haciendo un gesto con la mano; deja la leche en el suelo.

—Ya, ya. Ahora recuerdo. Me dijo que pensaba buscar a alguien, pero no me avisó de que ya había encontrado una persona.

Sebas aparece en el porche. Baja las escaleras con una sonrisa amplia y un paso más ligero del que le viene observando su mujer el último año. Pasa delante de Marian y esta le mira con indignación. Él parece no darse cuenta.

—¡Ya os conocéis! Estupendo. Khalil me va ayudar con esto del jardín.

—Sí, sí, ya me lo ha dicho —dice molesta. Khalil se da cuenta.

—¿La ayudo con la compra?

—No, no, tú vete a lo tuyo. Mi marido se hace cargo.

La mirada de su mujer le hace saber a Sebas que han de entrar en la casa y hablar. Tendrá que aplacar su genio.

—¿Sabes que me he dado un susto de muerte?

—Lo siento, Marian. Iba a decírtelo luego. Has llegado antes de tiempo y me has pillado justo en el baño.

—¿Y por qué no me lo dijiste ayer?

—No sé. Se me olvidó, supongo.

—No te creo. Tenías miedo de decírmelo. Mejor no plantearlo, ¿verdad? No pedir mi opinión. ¿Para qué? Así la cosa ya está hecha. Pues no te creas, Sebas, que porque haya entrado ya en mi jardín va a quedarse.

—No te gusta.

—No sé si me gusta o no me gusta. Ni idea, ni me importa. ¡Es moro, joder! Solo a ti se te ocurre meter un moro en casa. No me fío ni un pelo.

—No digas palabrotas, Marian, por favor, no te enfades tanto.

—¿Cómo no me voy a cabrear si me has traído un islamista? ¡Es increíble! ¡Y que lo hayas traído tú, después de lo que hemos pasado!

Sebas se acerca a su mujer. Se pone a su lado, extiende el brazo y le rodea los hombros.

—Es de fiar. Viene de parte de Jesús —le dice en un susurro.

—¡Otro que tal baila!

—No todos son iguales. Démosle una oportunidad. —Marian levanta la cara y mira fijamente a los ojos de Sebas sabiendo que ha perdido la batalla. Sus últimas palabras lo confirman.

—Bueno, como siempre, te sales con la tuya. Pero que sepas que no me gusta tener merodeando por aquí a este argelino o marroquí o lo que sea.

—Marroquí, ya sabes, de Marruecos.

Sebas sale al jardín y respira hondo. Ha salvado el obstáculo. Y no ha sido tan difícil. Y eso que no esperaba que Khalil y Marian se encontrasen antes de darle la noticia. Tenía intención de decírselo por la mañana, justo antes de que ella se fuera a trabajar, pero Marian se marchó más pronto de lo habitual, cuando él se estaba duchando. Pensó: «Se lo digo esta noche». Marian ha acabado muy pronto una reunión de padres y ha llegado antes de lo esperado. En fin, da igual, ya está hecho.

Desde donde se encuentra observa la figura de Khalil. Su cuerpo joven y ágil se inclina para clavar las estacas y extender las cuerdas que delimitan por donde discurrirá el camino. ¿Qué siente al tenerlo tan cerca? Tal vez no un enfado tan grande como el de Marian, si bien no puede negarse a sí mismo cierta aversión, precisamente la que desea vencer. Cuando Jesús le habló por teléfono de Khalil su primer impulso fue decir *no*. En cambio dijo:

—Lo pensaré, Jesús. Es que es difícil, ya sabes. Luego te llamo.

Y lo meditó un buen rato, en un extremo de su finca, sentado bajo el árbol preferido de Ángel, aquel en el que construyeron una casa de madera que una tormenta huracanada se encargó de derribar cuatro años atrás. Razón y sentimientos batallaron sin tregua en el *ring* de su cabeza. Disputaron varios asaltos y no hubo KO. A los puntos ganó la sensatez, si bien la batalla definitiva iba a ser más lenta, más larga y duradera. ¿Lograría Khalil poner punto final a esos secretos prejuicios que iban, paradójicamente, en contra de los principios que tanto él como Marian defendían? No lo sabía. Pero si Khalil les defraudaba, seguirían sintiendo un odio insano. El odio no es racional, al odio solo se le vence con amor, con amistad. Y al prejuicio se le estrangula con el conocimiento. Khalil es su esperanza, solo él puede devolverles la blancura del pensamiento y la limpieza de espíritu. Solo él puede reconciliarles con la raza humana.

—Creo que hay que darle más anchura. Queda un poco estrecho.

Khalil mueve un palo a la derecha y lo mantiene en el aire.

—¿Por aquí?

—Así está bien. Ten en cuenta que tengo un nieto que todavía no anda. Debe caber el carrito. Y mejor que puedan caminar dos personas en paralelo, que nos vamos haciendo viejos.

—Vaya diciéndome si voy bien.

Sebas le dice que espere y se va al garaje. Regresa unos minutos más tarde con un palo que mide metro y medio, la anchura exacta que quiere darle al camino.

—Las cosas no se hacen a ojo, Khalil, mejor ir midiendo.

El marroquí sonríe, toma el palo y empieza a colocar estacas a la anchura indicada por su jefe.

—En cuanto termine podemos tomar medidas para hacerle el pedido al señor Jesús.

—Por cierto, ¿cómo conociste a Jesús?

Khalil se incorpora; es más bajo que Sebas y se ve obligado a elevar un poco la cara para mirarle.

—Por el hijo, Raúl. Fui a por comida a un centro de mi barrio, una mala racha, de poco trabajo. Allí estaba él. Hablamos ese día y otros más. Buena persona, buen amigo. Hace poco me dice: ven, que tengo trabajo. Yo sé de plantas, mucho. El trabajo no es fijo, ya sabe. Pero yo estoy agradecido.

—Muy buena gente, sí, señor.

Sebas quiere saber de la vida de su ayudante. La prudencia le dice que debe ir ganándose su confianza. El primer día un exceso de curiosidad podría ofenderle, así que opta por seguir conversando acerca de las obras del jardín. De momento se conforma con la sonrisa de dientes grandes que le habla en un español con acento árabe.

X

La azafata está en medio del pasillo, mostrando dónde se ubican las puertas de salida. A Jairo le parece un muñeco de guiñol vestido con un chaleco salvavidas. Siguiendo las indicaciones de una voz en *off,* la joven sopla la válvula y sonríe. Unos pocos viajeros la miran. Algunos solo se fijan en sus piernas, muy bonitas y bronceadas. Otros, los menos, siguen atentos a las instrucciones de seguridad. El protocolo le aburre, y además le parece inútil, una tomadura de pelo. Como si alguien pudiera salvarse a diez mil metros de altitud. Prefiere observar por la ventanilla el ajetreo del aeropuerto de Caracas mientras el avión se desliza lentamente hasta la pista. Menos mal que no le ha tocado el asiento del pasillo, no lo soporta. Invariablemente hay alguien que te roza al pasar, que te despierta pidiendo perdón. Y luego están las azafatas, empujando sus carritos llenos de comida basura que casualmente siempre aparcan junto a su asiento. Jairo odia los aviones, y no porque le dé miedo volar, simplemente le parecen incómodos, autobuses de línea con alas. Tal vez en el futuro, cuando sea pasajero de primera clase, su percepción será otra.

El de hoy es un viaje especialmente fastidioso. Largo y enojoso. Un viaje que le desbarata los planes, que le arranca de su preciada rutina diaria en la oficina del ministerio. El suyo no es todavía un alto cargo, aunque está haciendo méritos. La revolución bolivariana sabrá apreciarlos en un futuro no muy lejano. Al menos eso es lo que le dice el secretario del viceministro de Educación.

Nunca ha pisado tierra española, ni falta que le hace. Venezuela tiene lugares tan maravillosos que no necesita salir de sus fronteras. Y cuando se plantea ampliar horizontes le basta con adentrarse en cualquier país de América Central o del Sur. Está orgulloso de las maravillas de su vasto continente, colonizado durante demasiados siglos, pero cada día más y más libre. Él se considera uno de los artífices de esa libertad conquistada. Sabe

que no puede compararse ni con Chávez, ni con Maduro, ni con Evo Morales, «Dios me libre», pero mantiene una fe sólida y pura en la patria y su compromiso con la revolución bolivariana es activo y palmario. Admira a los grandes prohombres de la izquierda, los que están devolviendo la dignidad a Latinoamérica, aunque reconoce que sin personas como él —ciudadanos que defienden con el voto y con los gritos las nuevas políticas igualitarias, compatriotas que enarbolan pancartas y banderas, que hacen ruido para tapar la boca a los traidores de derechas, a los enemigos del pueblo— sus líderes no estarían dirigiendo la historia. Así que para Jairo Cazorla volar a España es casi una penitencia. No le hace gracia pisar el suelo de un país de derechas, cuyos gobernantes se empeñan en dinamitar los logros de Nicolás Maduro. España les insulta y les desprecia porque sigue creyéndose más. España es como el chulito del patio de recreo que se adora a sí mismo, un país que se vanagloria de ser más fuerte, más listo, más rico, más culto, más todo. Y que mira a Venezuela y a su presidente por encima del hombro. El gobierno de Madrid sigue creyéndose con derecho a ejercer una tutela que nadie le ha encomendado, como si Venezuela fuera menor de edad. Todo esto piensa el viajero venezolano mientras el Airbus se dirige a la pista de despegue. Y el pensamiento le quema por dentro.

Las azafatas se han sentado hace un rato. Los indicadores mantienen encendida la señal de «Fasten Seat Belts». Jairo se pregunta, cabreado, por qué no pondrá «Abróchense los cinturones», así, en castellano. Los motores comienzan a hacer un ruido ensordecedor que indica la inminencia del despegue. Pocos segundos y el avión ya está en el aire. Venezuela queda atrás y la panza de la nave mira ya en dirección a Madrid.

Pide la prensa, pero no puede concentrarse ni tan siquiera en la enorme tipografía de los titulares. Este viaje inesperado le mantiene en vilo. Y no es la muerte de su padre lo que azota sus pensamientos —de eso ya hace casi tres meses—, sino el hecho de que Tomás siga jodiéndole desde la tumba. Porque si viaja a Madrid es por la voluntad de su progenitor, quien, sabiendo que iba a morir, decidió cambiar el testamento y exigir que su lectura tuviera lugar en la ciudad norteña de Santander. «¡Hay que joderse! No se conforma con hacerme volar hasta Madrid, que me manda seguir en ruta casi quinientos kilómetros más.» Cuando el abogado Rigoberto López le mandó llamar y leyó la carta que el notario de Santander, ilustrísimo

señor don Francisco de la Vega Mansilla, le había enviado, solo supo decir: «¿Qué carajo es esto? El viejo siempre jodiendo, ¿eh?».

—No te queda más remedio, Jairo, o vas o no ves herencia ninguna.

—Iré. Pero me la envainó bien el viejo, se salió con la suya. Desde chamito hablándome de España, la tierra de su mamá. Tienes que conocer España, me insistía. Y mi mamá, que no, que nada se me había perdido allá. Y con el tiempo le perdí el interés. ¿Para qué quería yo conocer la tierra de mi abuela? ¡Si él apenas estuvo un año cuando era muchacho! Y los últimos meses, esos también estuvo, sí. El muy cabrón.

—Junto con la carta del notario vino también esto. Es de tu papá. De su puño y letra. Para ti.

Jairo recuerda los dos párrafos que le dedicó su padre antes de morir. El primero, una suerte de excusas para justificar su huida de Venezuela. Que el doctor del hospital Vargas de Caracas le diagnosticó cáncer de pulmón. ¡Que no hubiera fumado tantos cigarrillos, carajo! Que en Venezuela había desabastecimiento de medicamentos. ¡Que se los hubiese pedido a él, que para algo trabajaba en el ministerio! ¿O es que pensaba que por haberse distanciado a causa de la política no iba a atender a su padre enfermo? Que con su doble nacionalidad no tendría problema en ser bien atendido en un hospital de España, donde tenían una de las mejores sanidades del mundo. ¡Pobre iluso, que se creía toda la propaganda internacional! ¿Es que no había leído sobre la terrible crisis de la lejana patria, sobre los recortes, sobre las huelgas y manifestaciones? Que, además, estaba harto de la nueva Venezuela, de la escasez de productos y de la falta de libertad, que ya no le gustaba su patria natal y que como tenía dos nacionalidades —estaba seguro de que al escribir esto se hinchó de orgullo— se iba a disfrutar de la española. Tenía que decirlo, una vez más, tenía que dejar sentado que Maduro no le gustaba, que deploraba aquello que defendía su hijo, aquello por lo que entregaba la piel cada día. Quiso decir la última palabra. ¿Acaso había esperado que Tomás Cazorla callase por la paz familiar? Jairo se revuelve contra sí por haber sido tan ingenuo. Con aquella carta de tan solo dos párrafos quedaba claro que su padre prefería morir echando un poco más de sal sobre la herida que mostrando un mínimo de amor. Ni un *te quiero*, ni siquiera un consejo paternal. Tan solo un frío *buena suerte* al final de la misiva.

Fue tras la disputa en la casa de Mochima, año y medio antes, cuando padre e hijo dejaron de hablarse. A veces la política lo envenena todo, y si las posiciones son radicalmente opuestas es posible que se levante un muro de incomprensión. Habían discutido muchas veces sobre los cambios que traía la revolución, pero nunca llegaron tan lejos. Es cierto que ambos se daban cuenta de que con cada pelotera iba creciendo una fisura en su relación, aunque ninguno de los dos supo ponerle freno al deterioro. De todos modos, Jairo piensa que la armonía empezó a irse al traste cuando Tomás abandonó a su madre. Él estaba en una edad difícil: a los 14 años interpretó aquella decisión como una traición a Catalina, su preciosa y buena mamá, una mujer tan bondadosa que puso todo su empeño en que padre e hijo siguieran unidos, a pesar de que la deserción de su marido la envolvió en el disgusto y la pena. Él nunca le perdonó la huida. Nada volvió a ser lo mismo entre ellos. Aunque amaba profundamente a su padre, el enfado arraigó de tal manera en su corazón adolescente que jamás volvieron a hallar el punto de conexión, la complicidad que hubo entre ambos cuando él era un niño mimado y querido por un superhéroe.

La casa de Mochima contribuyó al alejamiento. Tomás lo citó un día para comer en el Laserre, un restaurante francés muy refinado. Habitualmente quedaban en alguna tasca o cafetería, así que Jairo, que estaba entonces estudiando en la universidad, sospechó que iban a celebrar algo. ¿Tal vez había decidido el viejo sacar nuevo disco después de diez años de silencio? ¿No estaría pensando en volver a casarse? No le conocía novia, pero su padre era un hombre de rompe y rasga, y lo mismo acababa de conocer a una mujer y ya tenía planes de boda. Entre todos los motivos que imaginó no figuraba la compra de una casa. Con qué entusiasmo le mostró las fotos, con qué pasión le habló de la playa, de los paisajes naturales, de las vistas.

—Está lejos —objetó Jairo.

—¡Qué va! ¡Si el aeropuerto se encuentra a treinta kilómetros de Playa Colorada!

Tomás tenía razón, pero coger un avión no es como tomar un taxi o un autobús y recorrer unas cuantas manzanas para ver a tu padre. Si desde que se separó de su madre se veían dos o tres veces por semana, ahora las visitas se espaciarían. Además, no pensaba pedirle dinero continuamente para pagar un billete de avión que estaba lejos de sus posibilidades y de las

de su madre. La distancia enfría, y los grados de temperatura descienden aún más si la relación viene padeciendo el virus del resentimiento.

Le gustó la casa, no era para menos. Un edificio blanco de una sola planta, de paredes encaladas, con una amplia terraza en la que no faltaba una hamaca de Tacarigua y vistas a la playa. No tenía muchas piezas: dos dormitorios, una cocina, dos baños y un salón, aunque los huecos eran muy grandes. Adyacente a la casa había otro pequeño edificio, cerrado con llave y sin apenas ventanas.

—Este lo mandé construir yo. —Abrió la puerta ceremoniosamente—. Mira, hijo, este es mi estudio.

—¿Vas a grabar un nuevo disco?

—No, Jairo, eso se acabó. Sigo componiendo, que es lo que me da plata.

«Mucha plata», pensó Jairo mientras recorría la casa.

—Se parece a las casas de Ibiza, creo que por eso la compré.

—Nunca volviste.

—Nunca.

Se sentaron a comer. Una mujer les trajo pabellón criollo, un plato completo de arroz blanco, carne mechada, caraotas negras y tajadas de plátano frito. Fue un buen día. Pasaron dos meses hasta la siguiente visita.

La última vez que estuvo en Mochima tuvo lugar la ruptura.

—Me han ofrecido un puesto en el Ministerio de Educación —anunció.

Aquella noticia se le clavó a Tomás como un puñal. Él, que había intentado por todos los medios apartar a su hijo de las consignas del chavismo; él, que adivinaba el declive de su país en manos de los revolucionarios; él, que conjuraba contra un régimen al que tachaba de dictatorial, había perdido la partida por goleada. Su hijo no solo defendía con palabras y pancartas al régimen bolivariano, sino que formaba parte de su engranaje. Se le fue la cabeza, perdió el control, insultó al chico, lo maldijo y lo echó de casa. Sus afanes posteriores por recuperar al muchacho resultaron infructuosos: la brecha era enorme, sangrante, y Jairo no quiso perdonar. Y aunque lo hubiera hecho —medita sentado en el avión— el abismo entre ambos era insalvable.

Cansado de darle vueltas a la cabeza, con el firme propósito de quedarse en España el tiempo estrictamente necesario para cobrar lo que es suyo, saca del pantalón una pastilla para dormir. Se la ha facilitado el secretario del ministro después de un periplo infructuoso por varias farmacias. Pide un

vaso de agua a la azafata de las piernas morenas y se duerme como un bebé, dejando que el cerebro se vacíe de pensamientos negros.

XI

A la mayoría de las personas la hora de la plancha se les hace cuesta arriba, tanto que abundan quienes van dejando para otro día el momento de enfrentarse a tan ingrata tarea, y solo cuando la montaña de ropa comienza a competir en altura con el mismo Everest, se remangan, resoplan y se ponen en faena. Con disgusto, con pereza, con un sentimiento de esclavitud y pena. A Marian, sin embargo, le gusta tanto que Narcisa no toca la plancha salvo orden expresa de su jefa. El encanto de esta labor doméstica lo encuentra en el calorcito que desprende el vapor, en el olor a jabón de cada prenda caliente, en las voces radiofónicas que la acompañan y en las maravillosas vistas de su jardín a través de la ventana de la cocina, donde coloca los bártulos. Disfruta especialmente en primavera porque las tardes se alargan y la temperatura suele ser tan agradable que es posible dejar la ventana abierta para que el aroma de las plantas y la hierba recién cortada penetre en la casa. Hoy es una de esas tardes bonitas, azules, frescas y limpias. Está rodeada de sábanas blancas, camisas, tollas y manteles. Se toma su tiempo con cada prenda, mimando cada doblez, alisando bien los cuellos, los puños y las servilletas. Antes, cuando los chicos vivían en casa, la labor era más precipitada: vaqueros, camisetas y ropa de deporte se acumulaban a diario, y apenas tenía tiempo para deleitarse con el arte del alisado. Ahora están ellos dos solos, Sebas y ella, ella y Sebas, al alimón, manchando poco, tan poco que desde hace tiempo muda las sábanas tres veces por semana, por darse el lujo de meterse más a menudo en una cama limpísima y bien estirada y por tener algo en el cesto que le pida abrir la tabla, encender la radio y convertir su cocina en una peculiar sala de meditación con olor a suavizante. Desde luego, entre corregir exámenes de sus alumnos o planchar un cesto de ropa se queda con lo segundo. Es lo que ella llama *mi vena más maruja*.

Sebas ha ido a la ferretería hace un rato. Últimamente se pasa media vida comprando cosas para la obra del jardín. Desde su refugio doméstico puede ver a Khalil con una azada cavando el camino. No le gusta que Sebas lo haya empleado; de hecho, se pueden meter en un lío, porque no tiene ni contrato ni papeles para hacérselo. Tampoco le gustan el color canela tostado de su piel ni sus dientes blancos, que sonríen tan poco. Y le dan miedo sus ojos, aunque son bonitos, grandes, negros y brillantes. Son ojos que huyen, que se esconden como avergonzados, que ocultan algo. Y lo que se oculta, piensa la mujer, nunca es bueno. El marroquí se incorpora, mira al cielo, deja la azada y se va hacia la piscina. Tarda un rato. Cuando regresa viene con una regadera en una mano y una estera bajo el brazo. Marian deja de planchar y se centra, atónita, en lo que hace el jardinero, que se quita las playeras y los calcetines, se moja los pies con la regadera, los frota, y a continuación se lava las manos y la cara. Extiende la estera y se arrodilla sobre ella. Es la oración vespertina, un ritual que acaba de comenzar y del que Marian no pierde detalle. Mientras la plancha espera, el enfado y la desconfianza crecen.

Un rato después, Sebas entra a la cocina.

—Ya he vuelto.

—¿Sabes qué acaba de hacer tu amigo marroquí? —Marian le apunta al pecho con el dedo y él la mira alarmado—. Pues se ha puesto a rezar en mi césped, con esterilla y todo. Supongo que mirando a La Meca, aunque a saber dónde cae La Meca.

—Me pidió permiso. —Sebas abre el grifo para lavarse las manos—. Es un rezo, mujer, como el ángelus.

—Sebas, no compares. Ya nadie reza el ángelus. Y los que lo hacen son inofensivos. Estos musulmanes que rezan a todas horas…, ya sabes.

—¿Qué?

—¡Yo qué sé! ¿Y si es un yihadista?

—Marian, ¡por Dios!, que no todos los musulmanes son yihadistas. —Sebas agarra a su mujer de los brazos, la mira fijamente—. Tú antes no eras así. —Y lo piensa, pero no lo dice: «Y yo tampoco»—. No eras tan recelosa. Tan, tan… racista. Siempre fuiste abierta de mente. Marian, hay que recuperar la cordura. Así que haz un esfuerzo, mujer.

Marian se ha quedado muda. Más que las palabras le ha impresionado el tono de súplica. Cuánto sufrimiento se atisba detrás. A ella el resquemor

contra los musulmanes le hace sentir más fuerte, o eso cree. Y piensa que no le vendría mal a Sebas un poco de rencor. ¡A la mierda con la justicia! ¿Acaso ha sido justo lo que le ha ocurrido a su familia? Su marido desaprueba su hostilidad, aunque ella no puede evitarla porque le nace de dentro. Sin embargo, a veces cree adivinar que en el fondo a Sebas le ocurre lo mismo, que en el fondo él también los odia. Y no anda descaminada. Si bien el de ella es un rencor animal, de loba herida, un rechazo que no ha pasado por el tamiz de la razón ni ha hallado freno, el de Sebas es igualmente instintivo, un simple fenómeno de acción-reacción que trata de dominar argumentando contra sí mismo.

La llegada de Khalil la hace dudar. Tal vez esté equivocada con Sebas y él esté libre de culpa. Aunque esa no sería, a su entender, una reacción natural. Sebas no dice nada, no quiere mostrar su flaqueza. Porque reconocer ante otro, incluso ante Marian, las señales de resentimiento que experimenta hacia los musulmanes sería como perder la batalla de la cordura. Por eso se limita a rogar:

—Te lo pido por favor. Haz un esfuerzo, o no podremos superar lo de mi hijo.

A Marian le duele que haya dicho *mi hijo* y no *nuestro hijo*, o simplemente *Ángel*. Al hacerlo ha dejado claro que Ángel no era hijo suyo, por mucho que compartieran la vida. Al hacerlo le ha dicho que es imposible que ella esté sufriendo su muerte con la misma intensidad que él. Al hacerlo le está reprochando su protagonismo en el duelo, porque el duelo es sobre todo suyo, que es el padre. El tormento es un espacio propio que le pertenece y en el que ella tiene derecho a sufrir solo como víctima consorte. Lo que más le duele es comprender que Sebas tiene razón, que lo mismo habría sentido ella de haber sido Paula la víctima. Porque sabe que su dolor se habría multiplicado por infinito, que encontrar curación habría sido prácticamente imposible, que si lo piensa con frialdad y con sincera distancia, de haberle obligado la parca a elegir entre Paula o Ángel —como en aquella vieja película de Meryl Streep en la que un nazi obligaba a una madre a escoger entre uno de sus dos hijos, para uno la vida, para otro la muerte—, sin duda habría señalado a Ángel, que no era de su sangre, ni lo parió ni lo acunó. Y esos pensamientos, que en realidad ya la han acosado alguna vez, para desterrarlos de inmediato por sucios e indignos, la hacen sentir culpable. Tanto que le tiembla el cuerpo y se tiene que sentar.

Es verdad: ni ella ni Sebas desconfiaban antes de los musulmanes, de los norteafricanos, de los inmigrantes. Ahora ambos desconfían, aunque ella lo exprese y él se calle. Necesariamente, aquel golpe brutal les había de pasar factura. No es lo mismo que se te muera un hijo por una enfermedad a que alguien le quite la vida. No es lo mismo poder cuidarle en sus últimos días y decirle adiós con un beso que esperar en la morgue a reconocer un cuerpo cubierto con un plástico. Porque al dolor inimaginable por la muerte de un hijo se suma la rebeldía, la incomprensión y el odio. Los cimientos que sostienen la personalidad y las creencias se tambalean. A veces se desploman. Nadie vuelve a ser igual. Algunos dejan anidar el odio y el rencor, olvidando para siempre las enseñanzas sobre el perdón. El odio no les devuelve al hijo, pero el perdón tampoco. Algunos, como Sebas y Marian, corren el peligro de extrapolar su resentimiento hacia toda una raza y religión. Sebas se ha dado cuenta de que están en el límite, de que su pena camina insegura por una cuerda floja y que si cae quedará presa para siempre en el abismo de la xenofobia. Por eso quiere conocer a Khalil. Por eso se enfada con ella.

No vieron con buenos ojos la decisión de Ángel de irse a trabajar con Médicos sin Fronteras porque suponía paralizar su prometedora carrera profesional. En su opinión, que por supuesto no fue tenida en cuenta, era mejor esperar a tener plaza fija de especialista. Su tibia oposición se debía tan solo a una cuestión de oportunidad, ya que en el fondo estaban orgullosos de su solidaridad. Claro que entonces el destino asignado era Perú. Más tarde gritaron y lloraron hasta desgañitarse, en un intento vano de evitar que se fuera a Yemen al poco de empezar la guerra. Ángel trataba de quitar hierro al asunto diciendo que las ONG eran respetadas en los conflictos. Ni que sus padres fueran tontos y no leyeran la prensa.

Tal vez hubieran asimilado mejor que perdiera la vida en la guerra. A veces lo piensan. Fue muy difícil encajar que no muriera en Yemen ni en ningún país en conflicto, sino que encontrara la muerte en París, donde pasaba unos días de camino a casa. Aquella noche se divertía en una discoteca con su nueva novia francesa, a la que había conocido en el hospital de Yemen. Hasta que llegó la llamada del ministerio, las horas fueron un lento y agobiante torbellino, un tsunami de temores y esperanzas. Veían las imágenes de la televisión, devastadoras y agoreras, llamaban una y otra vez a un móvil que no daba señal y rezaban una letanía sin sentido.

Sabían que había salido de discoteca, se lo había comentado por WhatsApp. Pero desconocían a cuál. Tal vez estaba bailando en la otra punta de la ciudad, con el teléfono desconectado para no gastar batería. ¿Cuántas probabilidades había de que hubiera ido precisamente a esa discoteca en una ciudad enorme donde debía de haber cientos de ellas? Muy pocas, poquísimas, se decían. La preocupación crecía, y el frío se apoderaba de sus hombros como si un halo mortal estuviera atravesando la estancia. Cuando les confirmaron que su hijo era una de las víctimas, el mundo se transformó en un agujero sin fin, un hueco oscuro y aterrador bajo sus pies, sin asideros donde agarrarse. La pena, la ansiedad, la incomprensión, la negación de la realidad, el odio, el llanto, el mutismo se fueron mezclando en una potentísima batidora de experiencias que les agujereaba el alma sin piedad.

Marian observa a su esposo. Ha envejecido este último año, a la fuerza. Ahora toma pastillas para dormir —ambos las toman—, pero el psiquiatra, al que ella le obliga a ir una vez al mes, insiste en que no necesita nada más, que su duelo es normal, un proceso lento y obstinado por el que hay que pasar. Temió lo peor cuando le jubilaron. Pero se va a curar: el jardín y Khalil son sus nuevos desafíos.

—Me vuelvo al jardín.

Sebas zanja la cuestión y deja a Marian estupefacta en su guarida. Coge la plancha, aprieta el botón del vapor y mientras el vaho se dispersa por la pechera de una blusa decide que no volverá a protestar por la presencia del jardinero, que nunca más le llamará *moro* ni hará ningún comentario sobre sus costumbres. Resopla mientras piensa que ojalá no tenga que decirle algún día a su marido esas tres odiosas palabras que forman la frase «Ya te avisé». Una pequeña gota de agua turbia mancha la tela. Enfadada, coge la camisa, la estruja entre sus manos y la tira al suelo. Tendrá que volver a lavarla.

XII

—No le gusto a la señora.

Están sentados en una vieja mesa del jardín que Sebastián ha recuperado del cobertizo y que piensa restaurar. Descansan un rato, cada uno con una cerveza en la mano. Le ha sorprendido que Khalil beba alcohol.

—Voy a sacar una cerveza para mí y unos bocadillos. ¿Tú quieres algún refresco? —le ha preguntado minutos antes.

—Mejor cerveza, gracias.

Sebas no ha podido resistir la pregunta.

—Los musulmanes ¿podéis beber alcohol?

—No, pero…

—Traigo las cervezas y me lo explicas, Khalil.

Adrede, Sebas ha preparado una variedad de pequeños bocadillos: de jamón, de Nocilla y de pavo. Khalil escoge el de Nocilla.

—O sea que cerveza sí, pero cerdo no.

—Eso es. Cerdo no. Cerveza y vino a veces.

—¿No va contra el Corán? Tú eres un hombre creyente.

—Los musulmanes somos como el resto, señor Sebas. Tenemos debilidades —le ha respondido Khalil sonriendo.

—Claro, claro. ¿Está bueno el bocata?

—Mucho. Me gusta el dulce. Otra debilidad.

Luego han comido y bebido en silencio hasta que Khalil ha dicho eso de su mujer.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque es verdad. Lo que no sé es si no le gusto yo o no le gustan los árabes.

Sebas no sabe qué responder. Desde luego, no piensa contarle lo de la muerte de su hijo. Tampoco sabe cómo disculpar a Marian, que a decir verdad ha sido muy antipática con él.

—Qué va. Lo que pasa es que no quería que me metiera en esta obra del jardín. Y además es un poco desconfiada.

—¿Desconfía de los árabes?

—De los extraños.

«Ya, y si el extraño es árabe desconfía más», piensa Khalil.

—Las mujeres son desconfiadas.

—No necesariamente, Khalil. Hay mujeres desconfiadas y hombres desconfiados.

—Pues yo creo que las mujeres son más desconfiadas. Piensan que los hombres las pueden engañar o hacer daño. Por eso no se fían. Viven alerta, como los gatos.

—¿Tú crees?

—Lo creo, sí, señor Sebas. Al menos así es en Marruecos.

Otro sorbo de cerveza, otro bocado al pan, otra pausa.

—Supongo que te lo han preguntado muchas veces —dice Sebastián—: ¿cómo pasaste a España?

—Muchas veces me lo preguntan, sí. Y me preguntan también por qué vine, cuánta familia tengo en Marruecos. Si era pobre en mi país. Esas cosas me preguntan. Los españoles me lo preguntan. Los senegaleses, los argelinos, los colombianos no hacen preguntas. A ellos no les interesa otra historia como la suya.

—Y te molesta que te pregunten, por lo que veo. Lo siento.

—No se preocupe. Usted me cae bien. Es una historia repetida. Salí de mi pueblo y llegué a Tánger en autobús. Me subí a los bajos de un camión que iba a embarcar en el ferri y así llegué a España. —Se levanta—. Yo, señor Sebas, vuelvo al trabajo.

Su jefe se queda sentado, le observa avanzar por la hierba, tan delgado, tan moreno, tan joven. Se pone a recoger los botellines y los platos mientras piensa que detrás de las escuetas palabras de Khalil debe de esconderse un drama mucho más profundo que el jardinero no quiere contar.

El periplo de Khalil se parece al de muchos otros inmigrantes ilegales. Unos llegan en patera; otros, como él, camuflados bajo un camión. Sin embargo, la razón de venir a España diferencia la historia del jardinero. La familia de Khalil no era rica, pero tampoco pasaba necesidades. Su padre, un comerciante que iba de pueblo en pueblo vendiendo su mercancía, había transformado su camioneta en un bazar ambulante que proveía a las aldeas

rurales de telas, vestidos, sartenes, ollas, herramientas, hilos, babuchas… Mientras el hombre viajaba, la madre se ocupaba de la casa, de un pequeño huerto y de un par de cabras. Khalil era el mayor de sus cinco hijos.

Al comerciante le llamaban Abdul el Alegre porque allá por donde iba se mostraba simpático y dicharachero. Su carácter le abría las puertas de las casas y le ayudaba a vender sus mercaderías. En cambio, su esposa Zaida se movía con sigilo, era callada y no le gustaba intimar con los vecinos del pueblo donde vivían desde el casamiento. El hogar de la familia se encontraba a las afueras, en una zona despoblada. Tal vez por eso nadie sospechaba lo que ocurría dentro. Cuando Abdul se enfadaba, mostraba su otra cara, la del hombre autoritario, desconsiderado y en ocasiones violento. En esos arrebatos era Zaida quien se llevaba la peor parte. Mandaba a los niños a la calle y se quedaba a solas con su marido hasta que este se cansaba de zarandearla e insultarla. En cuanto Abdul salía de la casa dando un portazo, el episodio se daba por terminado. Al rato, el comerciante volvía cabizbajo y ceñudo, como un niño tras una pataleta, se sentaba y nadie mencionaba lo ocurrido.

La última vez todo fue distinto. Abdul llegó de viaje, mandó a Khalil que saliera afuera, se sentó en el sofá, apagó la televisión y ordenó a Zaida que se sentara en una silla. Los demás niños estaban en la escuela. El muchacho, que ya tenía 15 años, acercó la oreja a la puerta:

—Quiero casarme —dijo su padre.

La madre se mantuvo en silencio.

—¿Es que no vas a decir nada?

—¿Otra mujer? ¿Otra familia? ¿Y cómo vas a mantenernos, eh? ¿Acaso te crees rico?

Khalil escuchó los gritos durante un rato. La puerta se abrió; su padre salió dando grandes zancadas y le gritó:

—¡Khalil, ve a buscar a tus hermanos ahora mismo!

El muchacho tomó el camino que iba al pueblo. Mientras, Abdul sacó a la mujer a empujones hasta el patio. Allí la ató a una silla y la dejó sola, gritando, mientras él se apresuraba hasta la camioneta para coger un bidón de gasolina. A medio camino de la escuela, Khalil notó olor a humo. Se dio la vuelta y vio una estela gris que salía de su casa. Tuvo un mal presentimiento y volvió a la vivienda con el corazón desbocado. Su padre estaba sentado en un rincón del patio con la mirada perdida. Ya no había

llamas, a cambio, un bulto yacía oculto bajo una manta. Con mucho cuidado, Khalil levantó el trapo. El cuerpo de su madre, aún unido a la silla ennegrecida, olía a carne quemada. Trozos de tela se adherían a la piel chamuscada, algunas partes del vestido y los pies permanecían intactos; el resto resultaba irreconocible. Con lágrimas en los ojos, el rostro rígido y los ojos inyectados de ira, Khalil tapó el cadáver. Su padre lloraba como un niño, pero no le importó. Entró en la casa y cogió un cuchillo de cocina. Notó que la furia se iba apaciguando después de asestar la séptima cuchillada en el abdomen de Abdul. Entonces se dio cuenta de que hacía rato que lo había matado. Esperó a sus hermanos con una taza de té entre las manos y una bolsa preparada con ropa y comida. Antes de que pudiesen pasar al patio y ver los cadáveres les dijo:

—Nuestro padre ha matado a mamá. La ha quemado. Y luego yo le he matado a él. Los dos están en el patio. Tenéis que ir a buscar al maestro. Él os ayudará y llamará al tío Kamal.

Los niños lloraban. Aisha miraba la puerta del patio mientras apretaba con fuerza la mano de los gemelos. Fátima se acercó a Khalil y le abrazó mientras lloraba. Ninguno quería traspasar la puerta.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Fátima, de 14 años.

—Me marcho. No quiero ir a la cárcel. Me voy de Marruecos.

—¿Adónde?

—A España. Muchos lo hacen. Esperad una hora antes de dar el aviso. Y no digáis que me habéis visto. Simplemente decid que habéis encontrado a vuestros padres muertos.

—¡Nosotros no vamos a delatarte! —gritó uno de los gemelos.

—La policía se dará cuenta.

—¿Y al tío Kamal se lo podemos decir? —preguntó Aisha sin dejar de mirar a la puerta—. El tío se sentirá orgulloso de que hayas vengado la muerte de su hermana.

Khalil no contestó.

—Me voy. Kamal os cuidará bien. Es un buen hombre.

Fátima se levantó. Cogió una silla y se subió a ella. Alcanzó un bote escondido tras un jarrón en lo alto de la alacena.

—Toma, Khalil. Este dinero lo guardaba mamá para alguna emergencia. Y esto es una emergencia. Que Alá te proteja. Y escribe, escribe muchas veces.

Khalil escribe a menudo a un apartado de correos y lo hace sin remite. No porque no tenga una residencia fija, sino porque teme que sus tíos paternos le encuentren. A veces telefonea y también manda dinero, cuando puede. No es que a Kamal le haga falta, pero para el muchacho es una cuestión de honor. Fátima se ha casado. Aisha lo hará pronto. El tío Kamal y su esposa Yasmin se han portado bien. Kamal era el preferido de su madre, el hermano mayor, el más justo y cariñoso, y el más listo. Había montado una empresa de venta de ordenadores y le iba muy bien. A pesar de la distancia, siempre se preocupó por ellos, les mandaba regalos cuando eran niños y mantenía el contacto con su madre por carta. Yasmin y Kamal no pudieron tener hijos. A Khalil no se le ocurrió ninguna otra persona que cuidara de sus hermanos.

La familia niega cualquier contacto con Khalil, así se evitan problemas. La policía de la región pronto desistió de buscar al principal sospechoso, sobre todo porque entendió el suceso como un feo asunto doméstico, pero los hermanos de Abdul quieren encontrar al muchacho y darle su ojo por ojo. El tío Suleiman es policía en Casablanca y no va a desistir en su empeño de cogerle. Donde sea. Esté donde esté. Cada cierto tiempo envía a su hermano Omar, que vive también en Rabat, a preguntar a sus sobrinos si saben algo de Khalil. Por eso el jardinero nunca regresará a Marruecos. Es un inmigrante sin papeles que no pretende obtenerlos porque el anonimato es su cédula de seguridad. Por supuesto que de todo esto no ha contado una palabra a nadie.

XIII

Un banco en el parque es tan buen sitio como cualquier otro para hablar. Además, Nico se entretiene desde su sillita observando a los niños lanzarse por el tobogán. Paula ha quedado con su madre. Es mejor aclarar las cosas que dejar que el enfado se enquiste. Quiere a su madre, que es cariñosa, desprendida, generosa, abnegada, pero hay muchas cosas en torno a Tomás Cazorla que debe aclarar. Por ahí viene, caminando con pasos largos. Se la ve elegante con su falda de gasa y su blusa blanca, por la que cae el collar que ella le regaló en su último cumpleaños. Es una abuela de aspecto joven, por la que algunos hombres todavía se dan la vuelta.

—¡Mi niño! —Se abalanza sobre el cochecito para dar un sonoro beso a su nieto.

Paula la mira, aunque no sonríe; su madre se da cuenta. Se sienta junto a su hija sin ademán de besarla. Sabe que cuando Paula está de morros es mejor no acercarse demasiado.

—Hola, hija.

—No quiero estar enfadada contigo, mamá.

—Pues eso tiene fácil solución, ¿no crees? Yo tampoco quiero que estemos enfadadas.

—Hago un esfuerzo, pero creo que me debes alguna explicación.

—Te la di el otro día. No sé qué más añadir.

—Qué tal si me explicas qué te llevó a apartarme totalmente de mi padre biológico.

Marian suspira, como si se cargara de paciencia.

—Tu bienestar, hija, qué iba a ser si no.

—¿Mi bienestar?

—Yo quería que te criaras en un hogar seguro. Sebas era ese lugar seguro, una figura paterna honesta y buena. Pensé que si Tomás Cazorla seguía en contacto con nosotras, por pequeño que fuese ese contacto,

correría peligro tu estabilidad. ¡Además se había marchado a Venezuela! ¿De qué te servía un padre que vivía al otro lado del charco? ¿Para echarle en falta a todas horas? ¿Para preguntarte cada cumpleaños si vendría a felicitarte? Créeme, habrías sido menos feliz. Tenerlo metido en tu cabeza te habría perjudicado. Y no te digo nada lo que habría supuesto para Sebas que yo hubiera seguido cobrando sus cheques. Él te adoptó, te convirtió en su hija y no habría aceptado ni un céntimo de Tomás. Sinceramente, creo que no me equivoqué. Tuviste una infancia maravillosa.

—¿Y quieres hacerme creer que en ese desplante no hubo nada de orgullo femenino, de despecho?

Marian se queda pensativa, fija la mirada en su nieto unos segundos que a Paula se le hacen eternos y por fin responde.

—Es posible que hubiera algo de eso, no lo niego. La razón principal era protegerte. Y papá estuvo de acuerdo.

Paula cruza las piernas, los brazos hace rato que los tiene cruzados, el ceño lo mantiene tenso. Se queda pensativa. Los niños en el parque meten mucho barullo, las madres les gritan «¡baja de ahí!», «¡termina la merienda!», «¡no te tires al barro!», ruidos conocidos, de rutina vespertina, música de la vida diaria que Paula no escucha, porque los pensamientos y los sentimientos la han invadido como una tropa sedienta de guerra. Marian espera paciente a que su hija responda. Desea que ambas terminen esta conversación y que las aguas vuelvan a su cauce, a su vida de siempre, a su relación madre e hija de disputas estúpidas hechas de minucias: «Mejor si llevaras el pelo recogido cuando vas al hospital», «¡Qué pesada eres, mamá!»; «Come más, hija, que estás en los huesos», «¡Qué pesada eres, mamá!»; «Tendrías que llamar a la tía Feli de vez en cuando», «Que sí, mamá, que sí».

—¿Nunca más volviste a verle?

—Nunca. —Marian agarra la mano de su hija—. Aunque me llamó una vez por teléfono.

—¿Cuándo? —Los ojos de Paula se abren expectantes.

—Al poco de morir tu hermano. No sé si habría pasado siquiera un mes. Sebas estaba en la cama, seguía aturdido de pastillas, negándose a ir a un psiquiatra. Sonó el teléfono y te juro que por poco me desmayo cuando oí su voz. No le había cambiado nada, y luego, claro, el acento. No podía ser otro que Tomás Cazorla. Me dijo que había venido a vivir a España; yo no

le pregunté ni por qué, ni con quién, ni en qué lugar exactamente. De hecho, al principio me quedé muda. Entonces me dijo que quería verme, para hablar, eso dijo, para aclarar las cosas. «¿Qué cosas?», le pregunté cabreada. Luego le dije que las cosas las había dejado muy claras en aquella carta de despedida, y que de eso había pasado una eternidad. «A pesar de todo, necesito hablar contigo», insistió. Entonces me ablandé y le expliqué que era un mal momento, le conté que Ángel había muerto en el atentado y que estábamos hechos polvo. Que yo no podía dejar a tu padre solo y que tampoco estaba con ganas de complicarme más la vida ni de complicársela a Sebas. Que tal vez más adelante. Se quedó de piedra, imagínate. Entonces me dio un teléfono y me dijo que le llamara cuando lo considerara oportuno.

—No le llamaste.

—No. Papá seguía fatal, y que yo fuera a ver a Tomás no le iba a ayudar, al contrario, podría hacerle mucho mal. Desde luego, no pensaba ir a verle a escondidas. Así que esperé, pero sin olvidar esa cita pendiente. Últimamente veía a papá un poco mejor y estaba buscando el momento de decírselo. Entonces llegó la carta del notario.

—¿Preguntó por mí?

—¿Durante la llamada? Sí, pero no me gustó cómo lo hizo.

—¿Por qué?

—Me dijo: «¿Qué tal tu hija?». Y no sé por qué usó el *tu*, no me gustó.

«Tal vez porque pensaba que te apropiaste de mí», piensa Paula.

—Le conté que eres médico, que estás casada con un chico estupendo y que tienes un niño. Dijo que se alegraba mucho.

—¿Y qué más?

—Nada más. Se acabó la conversación.

—¿Te hubiera gustado volver a verle?

Marian piensa que la vida te juega malas pasadas. Si hubiera sabido que Tomás iba a morir habría corrido a verle. No sabe muy bien para qué ni por qué. Quizás para darle un sopapo, quizás para verle viejo y cambiado. Quizás porque aún quedaba un rescoldo de aquel amor, o tal vez para asegurarse precisamente de que no quedaba ni una chispa. Había muerto y había perdido la oportunidad para siempre.

—No.

—¿Y entonces por qué pensabas ir?

—Por si deseaba conocerte.

—Podrías haberme dicho algo. Yo podría haber ido a esa cita.

—Tal vez. De todos modos, él no lo propuso. Si hubiese sabido que se iba a morir tan pronto… Lo siento, hija, no imaginaba que tuvieras ganas de conocer a tu padre. De haberlo sabido…

—Tampoco yo era consciente, hasta ahora.

—En fin, ya no tiene remedio.

—Cuéntame lo que sepas de su vida en Venezuela.

—Ya te he dicho que no sé nada. No tuvimos ningún contacto desde que me casé con Sebas hasta que me llamó. Si quieres, búscalo en internet. Era músico, y los músicos suelen tener Facebook, ¿no?

—Ya veré. ¿Y tú qué tal estás? —Paula acaba de agarrar cariñosamente la mano de su madre.

—¿Por Tomás? No sé, hija. Es un batiburrillo de sentimientos. Confusión, sorpresa, rabia, cierta culpa, impotencia y algo de tristeza, no te voy a engañar. Se pasará, ya verás. Y a ti también. Si te ha dejado algo en herencia, es que siguió considerándote su hija, aunque no te conociera. Y eso me consuela. Y también me reconcilia un poco con él.

—Le preguntaré al notario a ver dónde está enterrado. Si tiene tumba, iré a visitarlo.

—Iremos juntas. Será una bonita forma de cerrar este asunto. —Marian rodea a su hija con el brazo y le besa el pelo como cuando era niña—. ¿Amigas otra vez?

—No, mamá.

—¿No?

—Te has pasado la vida diciéndome que tú y yo no podemos ser amigas, que tú eres mi madre, no mi amiga, y que por eso podías darme órdenes y fijar normas.

—Ya. Es verdad. Pero ahora tienes un hijo y eso cambia las cosas.

—Vale, madre, entonces seremos también amigas.

Marian se separa un poco de su hija, aunque mantiene su brazo rodeándole el hombro.

—¿Ya sabes que tu padre me ha metido un moro en casa?

—¡Mamá!

XIV

Madrid le resulta bonita, pero arrogante. Siguiendo las indicaciones de su jefe, ha decidido quedarse un par de noches en la capital antes de emprender camino hacia el norte. Su interés no es tanto disfrutar de la visita como conocer lo suficiente para poder hablar de España cuando regrese a Venezuela. Siempre queda bien en las fiestas del ministerio decir que uno ha viajado y poder demostrarlo. Al recorrer el paseo de Recoletos, el de la Castellana, el Madrid de los Austrias y toparse con la enormidad del museo del Prado o del Palacio Real, siente por un momento una punzada de admiración que enseguida desecha. No quiere fascinarse con aquello que, a su entender, es producto de la explotación de todo un continente. Harto de las grandes avenidas y los edificios palaciegos, pide a un taxista que le lleve a algún barrio típico. De esos con calles estrechas, bares de tapas y gente normal.

El taxista no debe de tener prejuicios homofóbicos, porque le lleva directamente a Chueca. Al poco rato, Jairo se da cuenta de que está en un barrio lleno de gais. A él no le gustan los homosexuales. A Maduro tampoco, ni a los que trabajan en su departamento. Que él sepa, no hay un solo homosexual en el ministerio. A su entender, un buen venezolano ha de ser todo un hombre, un macho-macho. Con sifrinitos, mariconzones, malandros y mariposones no se construye la revolución. Su papá tenía algunos amigos pelucones, cómo no: Willy, el pintor, y Max, el bajista de una banda de *jazz*. De niño le divertían con sus mariconadas; de mayor le asqueaban. Sobre todo cuando movían los brazos en aspavientos de bailarina de cabaret para decir groserías sobre Chávez y la revolución. «En vez de revolución, yo a este le daba un revolcón bolivariano», decía uno, y el otro le respondía muerto de risa: «A saber lo que esconde Huguito debajo de ese chándal tan pasado de moda». Lo del *revolcón bolivariano* lo repetían constantemente porque sabían que al muchacho le enojaba la

expresión. Y ese enojo adolescente les divertía más que ver por televisión al Chapulín Colorado.

Como tiene sed, entra a un bar. Es de un estilo *vintage,* aunque él desconoce la palabra y lo califica simplemente de *viejo*. El muchacho de la barra lleva una camiseta blanca de tirantes, el brazo tatuado de estrellas y el pelo rubio platino de bote.

—Hola, corazón, ¿qué te pongo?

Jairo se pone rígido. No quiere líos, pero tampoco le hace gracia que se confundan.

—No te equivoques, chamo, que yo no soy tu corazoncito ni el de ningún otro marico. Ponme una cerveza, y a lo tuyo.

El camarero se muerde la lengua, se va al otro extremo de la barra y empieza a sacar vasos del lavaplatos. Jairo se bebe la cerveza de un trago. Deja dos euros sobre la barra y se marcha. Faltan cincuenta céntimos. El chico de los tirantes no dice nada.

No quiere un Chueca para Caracas. Los mariposones, en casa, y no luciendo sus mariconadas ni alardeando de su desvarío. España, sin duda, está podrida y llena de contradicciones. Inmensas iglesias de curas con sotana y gais ultramodernos campando a sus anchas; oligarcas ultramillonarios y barrios miserables a escasos metros; monarquía de encajes y jóvenes sin futuro. Que no le cuenten milongas: España se vende bien, pero a nada que asomes el ojo por la puerta de su cerradura te darás cuenta de que todo es una gran mentira. Eso dirá en las recepciones del ministerio cuando regrese. Luego recuerda con rabia la humillación que supuso que el rey le dijera a su presidente «¿Por qué no te callas?». De haber estado allí, le habría retorcido el cuello al viejo. Saber que quien se tiene que callar ahora y ocultar bajo el felpudo su mierda es el emérito le reconforta, tanto que se ríe a carcajadas mientras un viandante se aparta del venezolano tomándolo por loco.

XV

No piensa decir a nadie que ha dormido en un parque. Ni al señor Sebas ni a Jesús. Ya se las arreglará. La víspera llegó a su piso de la calle Virgen Santa, en el barrio donde conviven prostitutas, inmigrantes, ancianos y camellos, y se encontró su mochila en la entrada.

—¿Qué pasa? —preguntó indignado a sus compañeros de piso.

—Se acabó, Khalil. Estás fuera —le dijo el senegalés grandullón que había firmado el contrato de alquiler con el propietario.

—¿Por qué? Mañana traigo el dinero. Hoy es final de mes.

—No problema de dinero. Tú pagas bien. Pero ya no más marroquíes en casa. Solo senegaleses. Han venido dos de mi aldea. Completo.

—¿Y el argelino?

—Se ha ido. Duerme hoy en albergue municipal. Vete tú también.

Khalil recogió sus cosas y buscó una pensión. Dos estaban completas, y en otras dos le pidieron documentación. Se fue vagando por ahí hasta que llegó a un parque. Estaba cansado, la noche era cálida y se tumbó en un banco. Al día siguiente buscaría alojamiento donde el turco.

Por eso, en lugar de estar desayunando en la cocina de su casa, está en un bar del pueblo en el que vive Sebas. Hay bastantes clientes, muchos trabajadores de las obras de la carretera, algunos transportistas, unos cuantos jubilados y tres muchachas con pinta de estudiantes. Huele bien, a café, a tostadas con mantequilla, a sobaos. Algunos parroquianos le han mirado al entrar, aunque enseguida se han cansado. La puerta se abre. Entra una mujer joven, con cara de haber dormido tan poco como él. Es Paula, que aún no conoce al marroquí ni sabe que trabaja para su padre, y que ha pasado la primera noche de urgencias tras reincorporarse al trabajo. No recordaba que fuera tan duro. El hombre de la barra la conoce:

—Qué, Pauli, ¿otra vez al tajo?

—Otra vez, Julio. Qué pronto se pasa el tiempo.

—¿Todo bien en casa?

—Todo bien, gracias. Ponme un desayuno completo, que tengo que reponer fuerzas. Y déjame el periódico, por favor.

Khalil se ha fijado en la joven a la que el camarero ha llamado Pauli. Su belleza, a pesar del rastro de una noche en vela, no le ha pasado desapercibida. Tal vez porque su aspecto es muy parecido al de las jóvenes de su aldea en Marruecos, con ese cabello tan moreno, tan sinuosamente ondulado, y esos ojos castaños tan brillantes. Si la hubiese elegido como esposa, piensa Khalil, su familia no la habría aceptado. Tal vez en Rabat o en Fez sí, pero en su pueblo, donde arraigaron las viejas costumbres como los baobabs milenarios, se habrían escandalizado. Su larga melena al viento, sus brazos desnudos, el escote asomando levemente bajo la camiseta morada y el pantalón pitillo marcando sus curvas femeninas les nublarían la razón. Y eso que la chica no va muy exagerada para ser europea. Más exageradas visten las estudiantes que se afanan en copiar apuntes en la mesa de la esquina. A Khalil le escandalizan los *shorts* que muestran algo de las nalgas y deben de ser moda este año, aunque no por ello piensa poner el grito en el cielo ni llevarse las manos a la cabeza. No está en su tierra, ni siquiera ha sido invitado; es un intruso, un polizón en barco ajeno, y por tanto no es quién para imponer sus creencias, sus criterios o su religión. No todos los musulmanes opinan como Khalil, y él lo sabe; tampoco dice nada cuando escucha a sus correligionarios invocar a Alá y a la decencia frente al pecado y las ofensas de Occidente. Khalil prefiere ser como el convidado de piedra, mera pieza de un decorado.

La joven echa un breve vistazo al diario y en cuanto termina de desayunar se marcha.

—La chica esta ¿no es la hija de Sebas? —pregunta uno de los jubilados al tabernero.

—La misma, la médico. Tuvo un crío hace poco.

Khalil ha oído el nombre de su jefe. No está seguro de que se refieran a la misma persona, si bien sabe que Sebas tiene una hija y un nieto pequeño. Muchas coincidencias. Coge el periódico que ha dejado Paula sobre la barra y hace como que lee mientras sigue atento la conversación de los dos hombres.

—¿Y qué tal llevan lo del hijo?

—Pues mal, cómo lo van a llevar. El otro día vino Sebas a tomarse un café. Le vi desmejorado, pero me alegré de que por fin empiece a dejarse ver.

—No sé si se puede llegar a estar normal después de que te maten un hijo.

—¡Quia! Y menos con lo unidos que estaban.

Ya no cabe duda. Se están refiriendo a su jefe. Khalil sabe que el matrimonio perdió un hijo, lo sabe porque oyó a Narcisa hablar con una vecina:

—¿Qué tal, Narcisa? ¿Cómo están los señores?

—Tristes, señora María, siguen muy tristes. Solo hace un año que se les murió el muchacho, Dios lo tenga en su gloria.

—Pobre gente. Salúdales de mi parte. Y diles que mañana les traigo unas cerezas, que me las ha enviado mi hermana del Jerte.

Khalil no preguntó ni a Narcisa ni a nadie sobre el fallecimiento del hijo. No le gusta hurgar en las vidas ajenas.

Un viejo se le aproxima con la copa en la mano, se coloca muy cerca y echando un pestilente olor a anís le dice:

—Uno de los tuyos le mató. Un moro hijo de puta. ¿Qué dices, eh? En el París de la France se lo cargó con una bomba mientras gritaba que Alá es grande.

El tabernero sale raudo y le agarra del brazo:

—Vamos, Fidelillo, vamos, que el chaval no tiene la culpa. Déjale, que solo ha venido a desayunar. ¡Si trabaja donde Jesús! ¡Y no deberías beber desde tan temprano, joder!

Khalil no responde. Está harto de que le miren mal por su color moreno y por su acento norteafricano. Si ya era difícil ser inmigrante antes, desde que el yihadismo la ha tomado con Europa tiene que andar con pies de plomo y tragarse mucha bilis. Le hubiera gustado decirle a ese borrachín y a todos los presentes que siente mucho la muerte del hijo de Sebas y la de tantos inocentes. Les diría que Alá sí es grande, pero que los terroristas lo mancillan. Y les reprocharía que ellos no se conmuevan con la misma intensidad al conocer los asesinatos en Irak, en Pakistán, en Marruecos o en Siria. Prefiere sacar la cartera, pagar su desayuno y salir del establecimiento sin decir nada. Tampoco puede articular palabra porque su cabeza se ha llenado con un solo pensamiento: el hijo de su jefe murió por la yihad. ¿Por

qué entonces le ha contratado a él? ¿Venganza? El señor Sebas le trata muy bien. Es muy amable. Su esposa, no; ella le mira mal. Khalil está hecho un lío. ¿Debería abandonar el trabajo?

Estas reflexiones le acompañan hasta que llega al kebab. En cuanto avista el establecimiento deja de pensar. Asuntos más inmediatos le reclaman. Abre la puerta y el olor a especias lo invade todo.

—*Salam aleikum* —saluda al turco que está tras el mostrador.

—*Aleikum salam*.

—Soy Khalil, de Marruecos. Necesito habitación. ¿Tienes algo para mí?

Le habían hablado del turco en el invernadero de Jesús. A algunos vecinos del pueblo no les inspira confianza. Piensan que le va demasiado bien y sospechan que tras el kebab esconde negocios sucios. Sin embargo, no tienen más indicio que su buena posición económica. No todos los lugareños pueden ser propietarios de un piso, un kebab, una finca agrícola y un coche de alta gama.

—Me llamo Ibrahim. —Le ofrece un apretón de manos al estilo occidental—. Este es mi hijo Jabir. En los huertos me queda una caseta libre si quieres.

El turco le explica que a unos dos kilómetros tiene una finca. El anterior propietario la dividió en terruños pequeños y en cada uno construyó una caseta. Se las alquilaba a los jubilados que necesitaban matar el tiempo cultivando lechugas y tomates. Cuando comenzaron las obras de la autovía y llegaron los primeros trabajadores de origen africano, el turco olió a negocio: los jóvenes tendrían problemas para encontrar alojamiento, sobre todo en un pueblo donde los vecinos desconfían de los inmigrantes. Así que hizo una oferta a la viuda del primer propietario y se hizo dueño de los huertos lúdicos. Inmediatamente dejó de renovar los contratos a los ancianos, de cuya vigencia se informó antes de la compra, y duplicó el precio del alquiler.

—La caseta cuesta trescientos euros. Todas igual. Si quieres compartirla es asunto tuyo. Pero máximo, tres personas.

Ibrahim y Khalil dejan a Jabir en el kebab y suben al todoterreno del turco. Es un coche nuevo, que huele al cuero de los asientos. Khalil nunca ha montado en un automóvil tan moderno y lo escudriña con avidez, fijándose sobre todo en la pantalla del GPS. El dueño se da cuenta.

—¿Te gusta el coche?

—Sí, mucho.

—Me gustan los coches. ¡Nunca hubiera soñado de niño que podría tener uno como este! Las cosas me han ido bien. Trabajando mucho, claro. Han ido muy bien… ¿Quién te habló de mí?

—Un empleado de la jardinería.

—¿Trabajas allí?

—A veces, sí. Cuando me llama el señor Jesús. También trabajo en la casa de un hombre que se llama Sebas. ¿Lo conoce?

—No.

Khalil esperaba que el turco le diera más información sobre Sebas y su familia. Llegan a la finca. Le decepcionan los terruños, mucho más pequeños de lo que imaginaba y la mayoría sin cultivar, las casetas muy cerca unas de las otras, las paredes desaliñadas, necesitadas de una mano de pintura, salvo una que acaba de ser encalada.

—El mantenimiento de la caseta lo hace el inquilino. Si quieres que esté bonita, como aquella, compras pintura y la pintas. No hay descuento por eso.

Saca una llave frente a la tercera chabola. Las bisagras de la puerta chirrían al abrirse. Les recibe un denso olor a cerrado y a humedad que satura una estancia muy oscura. El propietario se acerca a una ventana y sube la persiana. La luz entra para iluminar una pieza de unos veinte metros cuadrados: a la derecha hay varios muebles viejos de cocina, de formica verde, un fregadero y una chapa de gas con dos fuegos. De frente, una cama que hace también de sofá. Algunos pósteres de paisajes cuelgan torcidos sobre las paredes. En la esquina, bajo la ventana abierta, una mesa de madera y un par de sillas.

—Tras esa puerta está el baño —le indica Ibrahim.

A la ducha le falta la cortina. La suciedad lo impregna todo. A Khalil la idea de vivir solo le atrae. Es capaz de ver más allá de la mugre, de las paredes grasientas, de los muebles desvencijados, de las ventanas sin cortinas, del lavabo inmundo, de los platos mal fregados, del suelo pegajoso… Su madre le enseñó a limpiar y a cuidar los detalles del hogar.

—¿No hay lavadora? —pregunta Khalil.

—El de la caseta siete, un turco de nombre Ali, compró una. Si quieres lavar, él te cobra por colada.

—¿Nevera?

—Tampoco. En invierno no hace falta, todos sacan los alimentos a la ventana. En verano usas esa —le dice señalando una vieja nevera de *camping*—, en la gasolinera venden hielo.

—¿Mantas, sábanas y toallas?

—En ese armario. No sé si los últimos las lavaron. La cocina y la ducha funcionan con bombonas de gas. No hay calefacción. Los gastos de agua y electricidad los divido entre los doce inquilinos a final de mes.

—Me la quedo.

—Los trescientos son por adelantado.

El joven marroquí saca una cartera de cuero repujado y entrega el dinero.

—Después pasas por el kebab y firmamos el contrato.

—Pero no tengo documentación… —dice Khalil temiendo que su sueño se esfume.

—No te preocupes, tú estampas la firma y ya está.

El turco le entrega la llave. Le estrecha la mano y sale del chamizo. Khalil se queda solo en medio de la cochambre que es ahora su casa. Lo mira todo durante unos segundos, se remanga la camisa, abre el armario y saca dos toallas, unas sábanas, un par de mantas y otros trapos. Los hace un hatillo y sale hacia la casa de Ali. En un par de días tendrá su caseta como un palacio en miniatura.

XVI

Es linda esta ciudad, ayer Jairo observaba El Sardinero desde el balcón de su habitación. Convencido de que iba a heredar un buen pellizco, decidió alojarse en un hotel de cuatro estrellas con vistas a la bahía. Mientras observaba el horizonte, calculaba que en un par de días, a lo sumo tres, todo el papeleo estaría resuelto y su dinero camino de un banco de Caracas. Se sentía más animado. Tal vez porque tras el largo viaje en autobús durmió una siesta de dos horas sobre una cama doble con sábanas de hilo; quizás porque sentía que el desenlace de esta aventura ya estaba cerca; también porque se imaginaba rico y, en estos tiempos, tal y como están las cosas, tener unos buenos miles de dólares abre las puertas del ascenso político. A eso aspira Jairo Cazorla, a ocupar un puesto de responsabilidad en la Administración, un lugar en la jerarquía que le permita tomar decisiones. Sí, sin duda, esa es la mejor manera de hacer las cosas que él desea para Venezuela, sin tener que esperar a que otros estampen la firma. Apoyado sobre la barandilla del balcón, ya se veía a sí mismo inaugurando escuelas en los barrios más humildes, entregando lápices y tabletas a esos niños compatriotas que serán el futuro de la revolución. También proyectaba para sí otra imagen, igualmente dulce, que nadie debería criticar, ¡carajo! ¿Acaso no puede uno ser filántropo, adalid de los derechos de los más pobres, de los campesinos y de los obreros, gendarme de la revolución chavista y vivir en una buena choza rodeado de algunos caprichos mundanos? Desde luego, él no le ve impedimento a la ecuación. Al contrario, resultaría extraño e incluso ofensivo para el pueblo que sus líderes no dispusieran de comodidades para desempeñar sus cargos con tranquilidad material y espiritual. Y sería humillante para los propios venezolanos que sus gobernantes tuvieran peores casas, peores fiestas o peores viandas que el resto de las autoridades mundiales. La imagen en el siglo XXI es un arma

más. Le gustó tanto la frase que la apuntó en su libretita de grandes ocurrencias, donde guarda un acervo de ideas para sus discursos futuros.

Su primera tarde en Santander, la que pasó transitando sin rumbo por las calles, tomando vinos y tapas y sonriendo como un bobo frente a los escaparates, no tiene nada que ver con la de hoy, que la va a pasar metido en la habitación, deprimido y enfadado, ahogando su mala leche en una botella de ron. Ayer, disfrutando de su balcón colgado sobre el mar, no sabía que la visita al notario le iba a suponer un nuevo disgusto. Otra chuscada de su difunto padre.

Porque hoy un taxi le deja junto al despacho del notario. Llega pronto a la cita. La placa dorada en el muro lateral del portal dice así: «Ilustrísimo Sr. Don Francisco de la Vega Mansilla, Primero Principal». Airoso, sube las escaleras de dos en dos. Se detiene en el descansillo para asegurarse de llevar la citación en el bolsillo interior de la chaqueta. Comprueba también que el pasaporte está en su sitio. Llama al timbre; la puerta se abre automáticamente. No ve movimiento en el interior, tan solo una secretaria con pinta de tener que haberse jubilado unos diez años atrás le mira tras sus gafas de concha.

—Buenos días, caballero. ¿Qué desea?

—Soy Jairo Cazorla. Vengo para la lectura del testamento de mi papá —responde mientras entrega la carta a la mujer.

—Veamos… —Con excesiva parsimonia y moviendo los labios, la secretaria lee el contenido—. ¡Ya me acuerdo! —exclama como si hubiera descubierto América—. Usted viene a la lectura —¿Es que no le ha oído? —, pero llega muy pronto. Aún deberá esperar media hora. El señor notario no ha llegado, y los demás tampoco. Vendrá en un rato. —En un tono de confidencia y picardía añadirá—: Es que ha ido a desayunar.

¿Habrá oído bien? ¿La secretaria ha dicho *los demás*? ¿Es que hay más herederos? La espera se le va a hacer eterna. Sentado en una silla de confidente, tapizada en verde botella, se entretiene observando la decoración. Todo parece hacer juego con la mujer: el teléfono de baquelita negro que debe de pesar un riñón, el escritorio de caoba, la alfombra de dibujos orientales ajada de tanta pisada, el cuadro de una virgen, la librería cargada de volúmenes encuadernados en verde (también botella) en cuyos lomos aparecen años correlativos en letras doradas. «Desde luego —piensa Jairo—, si mandara una foto de este despacho a los periódicos de Caracas

con un pie que dijera: “Esta es la España del desarrollo”, me cargaba de un plumazo toda la propaganda del reinado del tal Felipe.» Más allá del aspecto anticuado de la decoración, al heredero hay algo que no le cuadra. Mira en rededor, repasando los objetos, y entonces se da cuenta de una clamorosa ausencia: ¡no hay ordenador! Este descubrimiento y el aburrimiento de la espera le llevan a decidirse por la aventura. Husmear más allá del recibidor de un piso con olor a naftalina es un entretenimiento como cualquier otro y, a falta de revistas interesantes —no le atraen ni la caza ni la pesca, y mucho menos la vida cristiana, que son los únicos temas de la prensa expuesta sobre la mesita de mármol, también verde botella—, opta por buscar el baño.

—¿El aseo, por favor?

—Cruce esa puerta y luego la tercera a la izquierda.

Al pasar junto a la mujer descubre que esta se afana en rellenar un crucigrama en uno de esos cuadernillos especializados en romperse la cabeza. Sin duda es una secretaria vieja, pero pulcra; por algo escribe a lápiz con una goma de borrar a mano.

La puerta le invita a un largo pasillo, claramente, la casa del notario. Antes de llegar al baño pasa por dos estancias cuyas puertas se mantienen abiertas: en la primera, una habitación con cama de matrimonio que huele a antiguo; en la segunda, una salita de estar. Como no tiene ganas de orinar, sino de matar el rato, se adentra sin reparo en ambas. La salita dispone de un amplio ventanal. A pesar de ello, la luz apenas puede pasar por los trasnochados cortinones de terciopelo, esta vez en tono azul oscuro. Hay una mesa camilla y, sobre ella, un cestillo de costura con una labor de punto ya empezada. Los muebles de la alcoba son de madera noble, muy oscura, con valiosas tallas pasadas de moda. Está tentado de abrir el armario ropero. El espejo del cuerpo central le devuelve su imagen y con ello la cordura, así que finalmente se resiste a meter la nariz entre ropas ajenas. Decide ir hasta el baño, la curiosidad le sigue picando. Lo que había imaginado: no es un retrete para clientes, sino el mismo aseo de los habitantes de tan arcaica vivienda, con bañera de patas y azulejos blancos y negros.

—¿Cuánto tiempo suele tardar el notario en desayunar? —pregunta a la mujer nada más regresar de su expedición, sin poder evitar un tono de reproche.

—Le gusta tomarse su tiempo, aunque yo creo que estará a punto de…

Entonces se escucha nítidamente el inconfundible sonido de una llave al entrar en la cerradura.

—Oh, Paco. Este señor, que viene desde Venezuela, te espera hace rato. Ya le he dicho que la cita era más tarde…

—Vale, vale, Milita —calla el notario a la mujer—. Y usted pase conmigo al despacho.

El escribano es tan viejo como la tal Milita. Viste traje *tweed* y corbata (¡qué manía con el verde!), está bastante calvo, va pulcramente afeitado y camina con la lentitud de los ancianos. Jairo se pregunta si se podrá seguir ejerciendo la profesión una vez pasados los cien. El despacho no desmerece la sensación de haberse trasladado a otra época. No hay ordenador, ni televisión de plasma, ni teléfono inalámbrico. A cambio, una escribanía de cuero, un mueble radio-tocadiscos por el que un anticuario pagaría un potosí y un interfono de los años setenta, sin duda la pieza más moderna de la estancia.

—Supongo que usted es el hijo de don Tomás Cazorla.

—Supone usted bien. —Al hablar, Jairo nota que tiene la garganta seca, tal vez de la tensión—. ¿Puede pedirle a su secretaria un vaso de agua?

—Sí, claro. —El notario emplea el interfono—. No es mi secretaria, es mi esposa. Ya no tengo secretaria. Trabajo poco, por la edad, ¿sabe? Llevo algunos asuntillos de poca monta por entretenimiento y por hacer algún favor; solo testamentos y cuestiones de compraventas de terruños rurales entre vecinos. Sin hipotecarios ni mandangas, que eso me complica la vida. La mayor parte de mis clientes son del valle del Pas, allí nací, como su abuela, que en paz descanse. Y algunos que me conocen me llaman y me dicen: «Don Paco, ¿puede hacerme esto y lo otro?». Y yo qué voy a decirles. Que sí, que para eso somos paisanos.

—Por eso no tiene computador.

—¡Ja, ja! Se ha dado cuenta, ¿eh? Nunca lo he tenido. Yo soy de la vieja escuela; todos los documentos se redactan a máquina. Milita es una gran mecanógrafa y sigue aferrada a su Olivetti. Y yo firmo con pluma. ¿Qué le parece? Un par de vejestorios, eso pensará, y no le falta razón. Pero todo tan legal como en cualquier notaría de esas de diseño donde no se sabe quién es el notario hasta el día de la firma. Aquí el trato es personal, casi como de amigos. Y eso a algunas personas, sobre todo si están entraditas en años, les gusta. Yo conocí a su abuela, la madre de su padre. Sabrá que su familia

huyó a Venezuela a causa de la guerra. Su bisabuelo, el maestro Cecilio, era republicano, militante socialista, y ya sabe… Mi familia, en cambio, era de los nacionales. Yo, ni fu ni fa, entonces era un crío y no entendía nada. En fin, que hace unos meses su padre me mandó llamar a través de Venancio, el secretario del Ayuntamiento, con el que mantengo una buena relación. Mis vecinos le habían recomendado que para asuntos de papeles se dirigiera a mí. Redactamos el testamento allí mismo; luego Milita lo pasó a máquina. Sabrá que su padre murió de un cáncer, estuvo un tiempo en el hospital, y luego, cuando vieron que no había nada que hacer, pasó los últimos tres meses de vida en el pueblo; allí le cuidaron bien, por ser el nieto de Cecilio y de Covadonga.

Jairo escucha con paciencia la perorata del actuario, aunque se niega a darle más chance. Ha venido a lo que ha venido, y no para darle carrete a un neandertal.

—¿Y a qué esperamos para abrir el testamento de mi papá?

—A que llegue alguien más. Como usted es el hijo, decidí recibirle un poco antes. Para darle las condolencias y para ponerle en antecedentes y que no le pille por sorpresa. No es el único heredero.

—¿Y quiénes son los otros?

Entonces suena un pitido del interfono y al otro lado la voz de Milita dice: «Han llegado la señora Paula Soto y su padre».

El notario contesta «Ahora salgo a recibirlos» y mirando con una sonrisa a Jairo exclama en francés: *Voilà!*

XVII

—¡Khalil, espera!

Es Sebas quien le grita desde el porche. El muchacho espera a su jefe en la cancela. Estuvo tentado de dejar el trabajo porque le resulta incómodo seguir a las órdenes de un hombre cuyo hijo ha sido asesinado por correligionarios. Pero Sebas le cae bien y además necesita el salario para pagar el alquiler de su choza. La ha dejado de lujo; desde que escapó de Marruecos no ha vivido en un lugar tan confortable y tan suyo. Dos días, solo dos días ha necesitado para limpiarla, pintar las paredes de blanco y los marcos de azul turquesa, como muchos edificios de su país, ajustar los armarios desvencijados, engrasar las bisagras, limpiar con aguafuerte el retrete, fregar a conciencia los platos, la olla y la sartén. Un par de visitas a los contenedores de basura le han valido para hacerse con un par de cuadros —uno de un río entre montañas y otro de alegres colores sin ningún significado, probablemente pintado por un crío—, unas telas con las que ha confeccionado cortinas y una alfombra descolorida. Ha cubierto las bombillas con unas tulipas de papel de arroz que venden en el bazar chino a dos euros cada una, y ha convertido en colcha un retal de tela india. Cuando Jesús se enteró de qué tono había lacado las ventanas, le regaló unas hortensias azules. Y cada día, al volver del trabajo, recoge flores silvestres que coloca en un jarrón. El aroma de las flores y el del té han terminado por eliminar los olores de pintura y detergente. Sus vecinos, también norteafricanos, se ríen de él.

—¡Parece la casa de una señorita!

A Khalil sus comentarios no le importan, se limita a sonreír aceptando las bromas.

Una brisa muy agradable mece el aire de esta tarde cálida. El muchacho cierra la cancela cuando ve a Kiro. Es un buen perro, un cariñoso ejemplar de pastor alemán que mira a los ojos. Debe de haber cerca una perra en

celo, porque lleva unos días queriendo escaparse. Ha hecho buenas migas con el animal. Kiro a veces se tumba cerca de donde está faenando, conformándose con una caricia de vez en cuando. Ahora le golpea el muslo con el morro pidiendo caricias.

—Khalil, te acompaño hasta el pueblo, quiero llevar a Kiro de paseo. ¿No te molesta, verdad?

—No, señor Sebas. Yo voy por el río.

—Yo también. Es mejor que la carretera, más agradable, y además Kiro puede ir suelto un tramo. Desde luego hace una tarde increíble para pasear.

Jefe, empleado y perro salen hacia el sendero. No hay ni una nube. El verdor de los árboles y de la hierba se ha adueñado del paisaje. La primavera y el otoño son las estaciones preferidas de Sebas por los contrastes de luz y por la intensidad de los aromas. A Khalil le gustan la primavera y el verano porque los días son más largos y a él la noche le produce cierta nostalgia.

—El camino está casi terminado. Has hecho un buen trabajo.

—Gracias. ¿No habrá más trabajo después?

—Sí, todavía queda montar la valla alrededor de la piscina. Y me gustaría que siguieras viniendo para ayudarme a mantener el jardín y hacer chapuzas en la casa. Tienes buena mano con todo.

—Vendré, aunque la señora tal vez se disguste.

—¿Otra vez con esas? ¡Mira que te ha dado fuerte!

—Ya sé por qué no le gusto a la señora.

Khalil se arrepiente de lo que ha dicho. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué acaba de abrir una puerta que no quería abrir?, ¿o sí quería? Tiene que darle la razón a su odiado padre cuando este le reprochaba que fuera tan impulsivo. A Khalil le enfurecía que semejante reproche viniera de un hombre incapaz de controlar sus arrebatos de violencia. Pero esta paradoja no le quita razón al viejo. Sebas se ha parado y se ha quedado quieto enfrente de Khalil.

—¿Lo sabes?

Mira al suelo, como arrepentido, deseando echar marcha atrás, tratando de inventar algo que evite tratar un asunto tan delicado, pero una fuerza poderosa le ha secado el cerebro, que no es capaz de procesar una mentira, que se obceca en seguir adelante con el tema. ¿Acaso le empuja una curiosidad morbosa por conocer de primera mano un hecho tan terrible? ¿O

pretende desenmascarar a Sebas, pues en el fondo no se fía de sus intenciones? No sabe qué motivo le ha inducido a formular la frase, pero ya es tarde. Sebas se muestra tensamente expectante, y él va a dar la cara.

—Sé que a su hijo lo mataron en París. Los yihadistas. Su esposa me odia por ser musulmán.

Su jefe se queda callado, busca con la mano a su fiel Kiro y acaricia su pelaje como buscando sosiego. En el paseo del río, precisamente en el paseo que tantas veces compartió con Ángel, le toca rememorar su muerte. No puede soslayar el asunto. Se da cuenta de que Khalil se siente incómodo en su casa cada vez que Marian aparece, quizás también se siente incómodo con él, aunque no lo ha notado. Es poco más que un chiquillo, mucho le debe de hacer falta el dinero para quedarse a trabajar en su jardín a sabiendas de la tragedia. Siente lástima del marroquí. Y también curiosidad. ¿Qué opinará de los yihadistas? Quizás no comparta su violencia, aunque en parte comprenda sus motivos. Quién sabe si justificará sus actos. ¿Es posible que Khalil llegue a convertirse en un radical? No sería el primero, sobre todo teniendo en cuenta su desarraigo y su juventud. Le entran ganas de perjurar contra el islam para ver su reacción o para descargar, al menos, la tenaza que le oprime el pecho desde entonces. Sabe que es absurdo, pero es lo que siente.

—¿Quién te lo contó? ¿Jesús?

—No, señor, lo escuché en el bar. Un hombre me insultó.

—Vaya, lo siento, Khalil. Hay personas que se dejan llevar por el miedo. Marian no te va a insultar, ni te considera culpable, pero verte le recuerda…

—Ya, el atentado.

—Supongo. Mi hijo Ángel murió mientras bailaba con su novia en una discoteca. Era médico y trabajaba en zonas de conflicto, en campos de refugiados. No merecía morir tan joven, y menos así.

El muchacho se da cuenta de que los ojos de Sebas se han humedecido, de que sigue sufriendo la pérdida de su hijo, de que contiene la rabia que se le ha incrustado. Khalil conoce los gestos que nacen de esos sentimientos. Es un experto en la rabia, el miedo y la tristeza: vivió bajo el mismo techo que un monstruo, fue testigo de las palizas que este le daba a su madre, se sintió inútil cuando, al protestar, su padre lo empujaba como a un muñeco de trapo, y sigue padeciendo las consecuencias de aquella violencia. Se quedó sin madre, tuvo que huir y deambular por el mundo sin papeles,

desarraigado, temiendo que la larga mano de sus tíos le alcancen; solo, despertándose empapado en sudor cuando la sangre y el fuego y el rostro de su madre muerta vuelven a visitarle por las noches.

—Lo siento, señor Sebas. Y dígale a su mujer que puede estar tranquila, que yo amo a Alá y al profeta, pero no soy yihadista.

—Está bien, Khalil. Se lo diré.

El muchacho y Sebas reemprenden el paseo, ahora silenciosos, inmersos cada uno en sus pensamientos. Solo Kiro, con su trote mientras viene y va de un sitio a otro, y el río, cuyas aguas susurran, amortiguan el silencio. Unos minutos más tarde, Sebas retoma la conversación:

—¿Cuántos años tienes, Khalil?

—Veinticinco.

—¿Y con cuántos viniste a España?

—Con quince.

—¡Madre mía, si eras un chiquillo! ¿Tienes familia en Marruecos?

—Dos hermanas y dos hermanos. Mis padres murieron.

—¿Y no piensas regresar?

—No.

—Está bien, Khalil, ya veo que no te gusta hablar de ti.

—No me gusta hablar de Marruecos, no. Es que no quiero volver; mis hermanos están bien. Y yo estoy mejor en España. Además, ahora tengo una casa bonita.

—No sabía que te habías mudado. ¿Adónde?

—He alquilado una casita de las del huerto.

—¡Vaya! Es un buen lugar.

—La he pintado y ha quedado muy bien. El señor Jesús me regaló unas flores para la ventana.

—Me alegro por ti. Si necesitas algo…

—Pues, la verdad… es que tiene usted en el trastero una mesa que si no la va a usar… Es redonda, de tapa blanca.

El hombre sonríe porque se acaba de dar cuenta de lo listo que es el joven. Primero le habla de la casa, luego del regalo que le ha hecho Jesús, y al final le pide la mesa.

—Te la puedes llevar, Khalil, no la vamos a usar. Lleva ahí un montón de años, desde que reformamos la cocina.

—¿Y qué dirá la señora?

—Pues dirá que ya era hora de quitar un trasto de en medio.

—Gracias, va a quedar muy bien.

Siguen caminando, otra vez callados, lanzándole palos a Kiro, que va y vuelve con la lengua fuera.

—¿Le ha molestado que le hable de su hijo?

—No, Khalil, no te preocupes. Creo que ha estado muy bien esta conversación. Aunque tú no sueltas prenda, ¿eh?

—¿Qué significa *no sueltas prenda*?

—Que no cuentas nada. Que no hablas de ti.

—Es que no hay nada que contar, señor Sebas, nada de nada. Salí de Marruecos, atravesé el mar y busqué trabajo. Como tantos otros.

Sebas piensa que la vida no puede quedar reducida a tres sintagmas que conforman una frase. Detrás de las comas, entre cada palabra, agazapada tras las sílabas, se esconde la historia de Khalil, la cara oculta de una verdad que por silenciada se la imagina necesariamente dolorosa.

XVIII

¡Qué manera de llover! Y ella sin paraguas. Empuja el cochecito del bebé mientras corre sorteando charcos. Menos mal que lleva la burbuja y Nico al menos no se moja. Cuando salió de casa, el cielo estaba limpio, nada hacía presagiar que un simple par de nubarrones iban a descargar con tanta fuerza. La primavera es así, una loca con síndrome bipolar que lo mismo te hace sudar que te empapa. Llega a la verja de la casa, intenta abrir, pero, ¡joder!, está cerrada. ¿Desde cuándo cierran sus padres la cancela con llave? Ahora tiene que buscar la llave dentro del bolso, ¡lo que faltaba! Mientras rebusca en el bolso, que como de costumbre está invadido de cosas (pañuelitos de papel, toallitas húmedas, la cartera, el monedero, las gafas de sol, unas tiritas, la barra de labios, un cepillo, el teléfono, unas aspirinas, un montón de tiques de compra), llega Khalil, que le abre la puerta mojándose por completo.

Paula entra corriendo. Khalil se encarga de subir el cochecito en volandas hasta el porche de la entrada.

—No sé para qué corro si estoy empapada. ¿Tú eres…?

—Khalil.

—Lo siento, no recordaba tu nombre. Ya me habían dicho que estabas ayudando a mi padre. Yo soy Paula, la hija de Sebas y Marian. Y este es Nico —dice levantando la capucha protectora de la sillita—. Gracias por abrirme. Ahora el que está mojado eres tú. ¿Está mi padre?

—Ha ido a un recado, vuelve enseguida.

—¿Y Narcisa?

—Dentro. Yo he parado un rato, esperando que escampara.

—No me extraña. ¡Vaya forma de llover! Me ha pillado viniendo por esta calle, que no hay donde meterse. Y ya verás, en cualquier momento vuelve a salir el sol.

Nico extiende los brazos hacia su madre y esta lo saca de la silla.

—Tendremos que secarnos, ¿no? ¡Narcisa!

La rumana sale al vestíbulo secándose las manos con el delantal.

—¡Ay, Paula, si estás empapada!

—Coge al niño, que Khalil y yo tenemos que secarnos.

—Yo no entro, no debo —se disculpa Khalil.

Paula le mira y decide no insistir. Si le permite entrar, tal vez su madre se enfade.

—Está bien, te traigo una toalla. Pero tienes la camiseta empapada.

—No se preocupe, tengo más en la mochila. Luego, cuando pare de llover, me cambio.

—Narcisa, por favor, calienta leche para Khalil y para mí. Tenemos que entonar el cuerpo. ¿Te gusta la leche, verdad?

—Sí, señora. Me gusta la leche.

Un rato después, Paula regresa vestida con otra ropa y una toalla seca que entrega al muchacho. Los vasos de leche están humeando sobre la mesa. Narcisa ha traído también unas pastas.

—Estas las has hecho tú, Narcisa. Se nota, están buenísimas. Coge una, Khalil, y esta con forma de corazón para mi niño bonito. —Paula le da una a Nicolás y le estampa un beso en la frente.

Al principio, cuando se encontraron en la verja, centrados en buscar cobijo, no se había fijado en ella; ahora que la ve de frente le recuerda demasiado a su hermana Fátima. Tiene el pelo negro, muy largo, la piel morena y unos ojos oscuros y brillantes que lleva pintados con un trazo de lápiz. No parece de aquí, parece árabe o gitana, piensa Khalil. Tal vez por ese cierto parecido a Fátima, o a tantas mujeres de su tierra, le cae bien. Además es guapa, mucho, y sonríe constantemente. Al niño, a Narcisa y a él.

—Y dime, Khalil, ¿estás contento? Mi padre puede ser muy pesado. ¿Verdad, Narcisa?

—¡Qué cosas dices, Pauli! El señor es un bendito, muy buena persona, la mejor que yo conozco.

Khalil no dice nada, solo sonríe. Le gusta la familiaridad que se vive en el porche, el cariño con el que se tratan las dos mujeres.

—Aquí donde la ves, Khalil, esta niña es doctora —explica Narcisa llena de orgullo.

—Doctora, sí; niña, ya no —contesta riéndose.

—Si un día te pasa algo, ella te cura. Desde que se hizo médico ya no me ven el pelo por el centro de salud. Bueno, voy para las recetas, que si no me salen caras.

—Está dejando de llover. —El muchacho señala al cielo—. Vuelvo al trabajo.

—Está bien. Nosotras iremos dentro. Y hazle caso a Narcisa: si algún día te pones malo, cuenta conmigo.

Ha vuelto a sus quehaceres, aunque se habría quedado toda la mañana allí sentado, escuchando la voz de Paula, la risa de Narcisa, los gorjeos del bebé. Esa media hora de compañía, de afecto, le ha desvelado cuánto echa de menos los ratos que pasaba con sus hermanas y su madre en el zaguán de la casa. Hacía demasiado tiempo que no vivía una situación semejante: una charla con mujeres alegres, riendo entre bromas, un momento de dejarse llevar, de olvidar los miedos, las tensiones, las angustias, la soledad del errante. Paula le parece bellísima y simpática. No parece hija ni de Marian ni de Sebas, no se explica que de un padre rubio y una madre pecosa haya salido una muchacha como Paula. Imagina que tal vez sea adoptada. Le parece increíble que sea médico en un hospital. ¡Si parece una colegiala! En su país le costaría mucho hacerse respetar por los hombres. Aquí debe de ser distinto, aunque supone que más de un viejo preferiría ser atendido por un doctor varón entradito en años.

Qué distinta es la vida de Paula a la de sus hermanas. Tan joven —por su aspecto no puede ser mucho mayor que él— y ya está casada, tiene un niño y es médico en un hospital. Qué diferencias marcan el futuro de una persona según su lugar de nacimiento. Y no piensa solo en el hecho de nacer en Marruecos o en España, sino también en la familia que le toca a cada uno. En su país también hay mujeres abogadas, médicas, arquitectas, aunque ninguna de ellas ha salido de su pueblo, una aldea del interior, en una región mal conectada con las grandes ciudades, donde rigen las viejas tradiciones y las costumbres más antiguas. Allí son pocos los muchachos que pasan a la secundaria, muchas menos las niñas. Por eso Khalil está contento de que su tío Kamal se haya llevado a sus hermanos a Rabat. Fátima y Aisha acabaron la secundaria y, según cuentan, escogieron el marido que ellas deseaban, no uno impuesto. Y Tariq y Faisal ingresarán el próximo curso en la universidad.

Con la tromba de agua, la tierra se ha reblandecido. Resulta más sencillo hacer los agujeros para meter las estacas que soportarán la valla de la piscina. Pero debe andar con cuidado porque con sus botas puede dañar el césped, y eso disgustaría a Sebas. El recuerdo de la sonrisa alegre de Paula le acompaña en la tarea. Le resulta agradable pensar en ella, que le hace sentirse persona, sin color, sin raza, sin nacionalidad. Y que es bonita y sensual, no se va a engañar. Sí, es doctora y está casada, pero sigue siendo una mujer, y él es joven y tiene ojos y deseos. Aunque solo sean fantasías. «No codiciarás la mujer de tu prójimo», recuerda la sura del Corán. Mejor olvidar la sentencia islámica. Necesita un poco de espacio para la libertad, aunque sea un espacio imaginario, la maravillosa sensación de soñar sin ponerse límites: qué gran riqueza. Desde que llegó a España es la primera mujer que le ha tratado como si no fuese un inmigrante. Y encima es una mujer muy atractiva. Paula le ha alegrado el día; ningún sentimiento de culpabilidad le va a robar esa pequeña dicha. ¿Acaso no hay otros que se enamoran de las actrices de Hollywood y ponen sus fotos en la pared? ¿Se plantean siquiera si están casadas y tienen hijos? ¿Hacen mal a alguien cultivando esos idilios solamente imaginados? Pues si otros sueñan con Angelina Jolie o Scarlett Johansson, él lo hará con Paula Soto.

Marian le pilla faenando con una sonrisa bobalicona. Khalil se asusta al verla.

—Hola, Khalil.

—Hola, señora. No la había visto.

—Claro, como que estabas de espaldas. Acabo de llegar. Una cosa: me ha dicho mi marido que te vas a llevar la mesa blanca.

—Si a usted le parece bien. —La mujer le intimida. Tiene una forma brusca de expresarse. Nada que ver con su hija y con su marido, que son de ademanes suaves y de voz sosegada.

—¡Que si me parece bien! Me parece genial. No sabes tú las ganas que tenía de que alguien la quitara de en medio. Y, de paso, te he dejado una caja en el trastero. Son algunas cosas que tal vez te sirvan. Si no te valen para nada, las tiras tú mismo.

—Gracias, señora.

Marian se da la vuelta para volver hacia la casa. De pronto se para, se vuelve y añade:

—¡Ah! Y antes de irte pasa por la cocina. Ayer me sobró guisado de ternera y garbanzos y te he preparado unos táperes. Si quieres, claro…

—Gracias, señora. Los llevaré.

¿Ha visto una sonrisa en el rostro de la mujer, o se lo ha parecido? El muchacho no sabe que Paula tuvo el otro día una conversación muy seria con su madre acerca de él. Tampoco imagina el enorme poder de influencia de la hija sobre la madre, un poder que a veces roza el chantaje.

—Si quieres que te perdone, debes hacer algo a cambio —le dijo Paula el otro día en el parque, después de una discusión sobre la presencia de Khalil en la casa.

—Ya sabes que te cuido al niño cuando quieras.

—No es eso, mamá. Va en serio. Quiero que dejes de llamar *moro* al jardinero de papá y que hagas lo posible por ser amable con él. Exactamente igual que lo eres con el resto del mundo.

—¿Y entonces me perdonarás todos mis errores?

—Todos los que has cometido hasta hora, y te doy crédito para alguno más.

Cuando llegue a su chabola abrirá la caja mientras calienta los garbanzos y la ternera. Encontrará una gorra y dos pares de calcetines gordos, un juego de sábanas, un jersey y un buzo de trabajo, todo con sus etiquetas. Y en el fondo, lo más sorprendente: el libro de *El principito,* de Antoine de Saint-Exupéry, recién comprado y envuelto en papel de regalo.

XIX

Han pasado dos meses desde que leyeron la carta del notario. Y por fin ha llegado el día. Han preferido ir en el coche de Fran, que es más nuevo y más cómodo. Y Sebas no ha puesto pegas ni se ha sentido ofendido, porque es consciente de que su Renault tiene doce años y últimamente echa un humo sospechoso por el tubo de escape. El viaje no ha durado más de una hora. Guiados por el GPS, han aparcado en un *parking* de El Sardinero. Demasiado pronto.

—Ya te he dicho que había que salir a las nueve. Me has hecho madrugar para nada —protesta Paula.

—Deja, deja, que nunca se sabe cómo va a estar la carretera; más vale salir con tiempo que llegar tarde. Podemos tomar un café hasta que sea la hora.

Los últimos coletazos de la primavera están siendo una bendición meteorológica. Una primavera de las de antes —en palabras de Sebas—, de las de jersey y paraguas por si acaso. Hoy no hará falta el paraguas porque apenas transitan por el cielo, perezosas, unas pocas nubes blancas, de esas que parecen sacadas de una película de Disney o de un cuento troquelado. Con dieciséis grados que marca el termómetro de una farmacia, padre e hija se animan a desayunar en una terraza.

—¿Tienen tostadas con mantequilla y mermelada? —pregunta Paula al camarero.

El camarero trae los cafés y las tostadas.

—¿Qué hora es? —dice ella con la boca llena.

—Tenemos media hora todavía, y según dice mi iPhone estamos a un par de manzanas. Desayuna tranquila. ¿Estás nerviosa?

—Un poco. No sé, esto de los notarios parece muy solemne. Y además, que no sé qué esperar. Mamá me dice que voy a heredar algo… Me resulta raro.

—Es lo más lógico. Tomás Cazorla debió de hacer mucho dinero.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque se lo he preguntado a mi amigo Google. ¿Qué pensabas, que no iba a investigar?

—Pues ya somos cuatro. Mamá, Fran y yo también hemos investigado. Es posible que el nombre de Tomás Cazorla no haya sido tecleado nunca tantas veces como estos dos últimos meses.

Padre e hija se ríen al reconocerse en el pecado de la curiosidad. Con la citación, los cuatro, a escondidas del resto, se pusieron a indagar en el ordenador. Es fácil informarse de un artista a través de internet. Por supuesto que desconocen la suma de dinero que pudo ganar con la música, pero sí saben que fue un afamado compositor, que hizo canciones para grupos latinoamericanos de éxito y que además montó una discográfica que fue referencia dentro del panorama musical de Centroamérica, con filial en Miami, lo cual sonaba muy bien desde el punto de vista monetario.

—No he encontrado nada de su vida privada. ¿Y tú? —pregunta Sebas.

—Tampoco. Ni siquiera tenía Facebook ni Instagram.

—No le gustaría mucho eso de las redes sociales. Como a mí. Era casi tan viejo como yo, y supongo que igual de celoso de su intimidad.

Sebas paga los desayunos, es la costumbre. Aunque ella gane su sueldo, el padre sigue haciéndose cargo de las consumiciones. Si va Fran con ellos, le deja pagar a veces, pero nunca cuando sale solo con Paula.

Mientras caminan, sin prisas, por el paseo, ella le pregunta.

—¿Te dejará el notario pasar a ti también?

—No sé. ¿Tú quieres que entre?

—Lo prefiero, aunque no sé cómo van estas cosas.

—Pues haremos lo que nos digan. —En ese momento, Sebas apoya su mano en el hombro de Paula y así, abrazados, siguen su camino hasta el portal donde tiene su notaría don Francisco de la Vega Mansilla.

Al igual que un rato antes le ha ocurrido a Jairo Cazorla, Sebas y Paula se sienten transportados a otra época. La decoración *vintage* ha trasladado a Sebas hasta sus años de juventud, mientras a Paula le parece estar inmersa en el decorado de alguna serie nostálgica de televisión.

La anciana que está sentada tras un escritorio, en el que destaca un viejo teléfono de baquelita, los atiende como quien recibe a sus invitados.

—¡Ya están aquí! ¡Qué bien que no se han olvidado! Ahora llamo al señor notario.

La muchacha piensa que esa notaría no debe de tener muchos clientes, dado que la secretaria ha dado por supuesto que ella es Paula, sin siquiera haberle preguntado el nombre. Pero visto que el piso huele a naftalina, que la pasante hace tiempo que pasó a formar parte de la tercera edad y que la tecnología es de los años en que el caudillo inauguraba pantanos, está claro que el despacho está de capa caída.

Por un pasillo oscuro surge la figura de un hombre viejo y calvo, de andares lentos y ligeramente encorvado. Al llegar a la entrada, Paula aprecia que el hombre viste de forma impecable, como un *gentleman,* y que tiene un inmejorable aspecto de limpio. Le gusta su sonrisa, que ilumina una cara que aún guarda cierto atractivo de quien fue un joven de buen ver.

—Buenos días, señorita Soto. Yo soy Francisco de la Vega Mansilla, para servirle, notario y encargado de la lectura testamentaria. —El letrado besa la mano de Paula, y ella piensa que es la primera vez en su vida que alguien la saluda de esa manera. Se aguanta la risa—. ¿Y usted es…? —añade el notario dirigiéndose a Sebas.

—Buenos días. Soy Sebastián Soto Schmidt, el padre de Paula.

«¿Por qué he pronunciado los dos apellidos?», se plantea nada más abrir la boca. Y al momento tiene la respuesta, de hecho no es la primera vez que le sale así: como en otras ocasiones, al hacerlo, ha querido darse más importancia. A la mayoría de las personas los apellidos alemanes les infunden respeto. «Maldita vanidad germana», piensa.

—Yo esperaré aquí —dice Sebas.

—Está bien, terminaremos enseguida. Si lo desea, Milita puede traerle un café.

La mujer sigue de pie, en medio de la estancia, mirando sonriente a sus *invitados*.

—No, gracias. Acabamos de desayunar.

Como el notario no le ha invitado a entrar a la lectura, Sebas se sienta en la misma silla que hace un rato ha ocupado el venezolano. Ve marchar a su hija detrás del notario; entonces ella gira la cabeza y le dedica una sonrisa que él conoce muy bien: es la misma que le mostró cuando la llevaron al paritorio, la misma que exhibió el día que tuvo que dar su primera conferencia, la misma que le dedicó cuando la llevó al altar.

Se abre la puerta. Paula no se explica qué hace un sudamericano en la sala. Suponía que los familiares venezolanos de Tomás habrían conocido las últimas voluntades en su país. El hombre es joven, moreno, de pelo muy negro, cara cuadrada y pómulos salientes, un indio en toda regla, que tiene el mismo rictus iracundo que los sanguinarios siux de los wésterns americanos. Solo le faltan las plumas y la pintura de guerra, piensa la joven. Ella imaginaba que estaría sola; no sabe por qué, pero así imaginaba su cita con el notario. Ahora que lo piensa, bien podrían haber venido familiares de España. Pero no, ella ha pensado que estaría sola, y por eso le cuesta reaccionar. Mira al apache y él la mira a ella, como dos perros que se encuentran en la playa, que se olisquean para medir fuerzas y territorio. Paula se sienta a una distancia de más de tres sillas.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunta el venezolano con un acento cantarín que ni oculta ni suaviza su malestar.

—No. Estamos todos. Y ahora haré las presentaciones. Señor Jairo Cazorla, ella es su hermana, la señora Paula Soto.

Los dos jóvenes se quedan mudos observándose incrédulos. Él lo hace de una forma tan insidiosa, torciendo la boca en un gesto tan descaradamente enojado, que Paula baja los ojos, intimidada por Toro Sentado. La noticia le ha caído como una bomba, no puede creer que de repente le haya salido un hermano, y menos alguien tan desagradable. Ella ya tenía un hermano, Ángel, que era dulce y cariñoso, un alma libre que alegraba la vida de los que le rodeaban. Ángel no está, se lo arrebataron, no quiere un sustituto, mucho menos un tipo como este que la mira con tanta chulería.

—¿Mi hermana? ¡Carajo, vaya sorpresita que me tuvo guardada el viejo!

—Yo tampoco sabía… —intenta decir Paula.

—Cállese, pues, señora, y déjele hablar a él. A ver si se explica.

—Tranquilidad, tranquilidad —pide el notario con una sonrisa conciliadora—. Les voy a explicar. Don Tomás Cazorla vino a verme para hacer testamento. Estaba muy enfermo, un cáncer de garganta. No pudieron tratarle porque el mal se había extendido.

—Metástasis —balbucea Paula, y a cambio recibe una mirada reprobatoria de su nuevo hermano.

—En efecto, señorita.

—Señora, si no le importa.

¿Por qué lo ha hecho?, se pregunta Paula. ¿Por qué ha querido dejar claro que es una mujer casada? ¿Tal vez para enviarle a ese hermano nuevo que le ha caído como una bomba el mensaje de que está bien protegida? ¡Qué absurdo proceder!

—Perdone, señora. El caso es que me explicó —continúa don Francisco — que tenía dos hijos: uno en Venezuela, fruto de su matrimonio con Gabriela López, de la que estaba divorciado, y una chica española, a la cual, por razones que no me quiso explicar y por las que naturalmente yo no pregunté, no había reconocido. O sea, usted. Me dijo que deseaba hacer testamento a favor de ambos y que confiaba en mí para que se cumpliera una última voluntad: que la lectura obligatoriamente se hiciese aquí. Este requisito extraordinario ha quedado perfectamente reflejado y firmado ex profeso, como luego podrán comprobar ustedes, en el preámbulo del documento; así se lo pedí a su padre para evitarme problemas. Se preguntarán ustedes a qué obedecía ese aparente capricho, sobre todo usted, don Jairo, que ha tenido que volar desde Caracas para un trámite que en otras circunstancias podría haberse resuelto en su país sin mayor incomodidad. Pues bien, resumiendo, la intención del difunto era que ustedes se conocieran en España. Don Tomás amaba este país y pensó que esta era la manera de convencerle a usted, don Jairo, para que viniera a visitar la tierra de sus antepasados.

—Hijo de la… —maldice el venezolano.

El notario hace como que no ha escuchado. Paula, muy nerviosa, se frota las manos por debajo de la mesa mientras intenta que su rostro parezca sosegado. Hay una enrarecida atmósfera en la sala de reuniones, el aire parece denso, la tensión es casi eléctrica, y todo por culpa del heredero, que parece una mina a punto de explotar, que empieza a tener hinchada la carótida, que mantiene tan prietas las mandíbulas que deben de dolerle hasta las muelas.

—¿Les parece que inicie ya la lectura?

—Espérese un pelo, notario. Puede que le parezca un metiche, pero tengo curiosidad. ¿De dónde me salió la hermana esta que usted dice?

—De una relación anterior de su padre.

—A ver, pues, que se explique la que dice ser mi hermana —dice mirando fijamente a Paula.

—No es necesario… —intenta apaciguar el notario.

—No se preocupe. Le diré lo que sé, que tampoco es mucho, porque nunca tuve relación con él. Tomás y mi madre se conocieron siendo muy jóvenes, en Ibiza, se enamoraron y se fueron a vivir juntos. Él nos abandonó nada más nacer yo. Al parecer quiso darme su apellido estando ya en Venezuela; mi madre se negó porque tuvo miedo de que luego pidiera la custodia.

—O sea, que pasa de ti toda la puta vida y a la hora de disponer de la plata, el viejo me planta una hermana para repartir. ¿Qué mierda es esta? Y, por cierto, señor notario, ¿cómo sabemos ciento por ciento que es de mi sangre?

Paula quisiera agarrarle de las solapas y decirle cuatro cosas. Se aguanta porque el individuo le da miedo y porque el notario la mira pidiéndole paciencia.

—Se sabría con un análisis de ADN. Pero no hace falta. Su padre ha expuesto su voluntad. En el propio testamento declara que ella es su hija biológica, es un reconocimiento de paternidad en toda regla. Y aunque no lo fuera, tampoco podría recurrir la voluntad de su padre.

—Perdonen, creo que estamos divagando. ¿No sería mejor que primero leyese usted el testamento? —Paula no sabe cómo ha sido capaz de abrir la boca.

—Comience, pues. —Jairo da su permiso mirando de nuevo a su hermana con una chulería que Paula no ha visto nunca antes.

El notario no tarda demasiado en la lectura, apenas unos minutos. Paula piensa que el hombre ha pasado un mal rato tratando de calmar los malos humos del arapahoe y que lee más rápido de lo que le gustaría. Está convencida de que a don Francisco le agrada que las palabras de los farragosos textos jurídicos salgan de su boca de manera cadenciosa, como una melodía bien orquestada. Hoy se conforma con recitar abruptamente las voluntades del finado. En resumidas cuentas: la casa de Mochima, en Playa Colorada, es para Jairo, así como los derechos de autor de todos sus trabajos. No es una herencia nada desdeñable, habida cuenta de que, además, los derechos siguen devengando beneficios año tras año. Paula hereda una pequeña casa que Tomás compró recientemente en el pueblo de don Francisco, de escaso valor económico, pero de gran valor sentimental, por tratarse precisamente de la casa en la que nació su abuela española. Y,

además, una importante suma de dinero y acciones, cuya cuantía, de momento, el notario no desvela.

—¿Y qué pasa con las discográficas de mi papá? —pregunta Jairo extrañado y nervioso.

—Las vendió antes de venir a España.

—¿A quién? ¿Y el dinero de las ventas? ¿También la de Miami?

—Don Tomás acertó al decirme que usted preguntaría por estos negocios.

—¡Cómo no voy a preguntar!

—Un momento, aquí tengo una nota en la que explica la operación. Le pedí que lo escribiera para que quedara bien claro que nadie podría reclamar los negocios.

Era una nota escrita casi como un telegrama, escasa de palabras, ajena a la subordinación, redactada desde la pereza o el cansancio. En ella se explicaba: 1) La venta de la discográfica a su socio y amigo, Romualdo Moreno. 2) Que, vista la situación política y económica de Venezuela, Romualdo había cerrado la oficina de Caracas y vendido el material de grabación por un precio de saldo. 3) Que Romualdo se había afincado en Miami, donde mantenía abierta la sede.

—¿Y el dinero que le pagó Romualdo? ¿Lo tiene en sus cuentas de Venezuela? —pregunta cada vez más iracundo.

—No. Dos bancos guardan su dinero: uno en España y otro en Suiza, por un valor de casi un millón de euros, a lo que hay que añadir acciones valoradas en 200.000 euros más o menos. Su abogado de Caracas se lo explicará mejor. Una parte la donó al pueblo para que construyeran una escuela de música que llevará su nombre, y el resto es lo que ha heredado su hermana.

—¿Y piensa decir a cuánto asciende ese dinero que hereda aquí la señora?

—En el banco Santander dispone de una cuenta corriente con 50.000 euros. Era la cuenta que usaba a diario para sus gastos. En el Credit Suisse de Ginebra, medio millón de euros. A eso hay que añadir sus paquetes de acciones, cuyo valor, el día de la redacción del testamento, era de unos 300.000 euros. Ahora no sabría decirle.

¡Casi un millón de euros y una casa de vacaciones! Paula no puede creérselo, se siente mareada, la adrenalina de los números se le está

subiendo a la cabeza. Quiere hacer preguntas, aclarar las dudas que le surgen. Espera estar segura de que ha oído bien, de que no es una broma ni una fantasía. No le salen las palabras. Está tratando de digerir la noticia cuando la voz chillona de Jairo Cazorla, que al igual que ella ha estado callado a causa del *shock,* la despierta.

—Estoy bien arrecho, joder. ¡Será hi'puta el viejo! ¿Para esto he tenido que venir hasta acá? ¿Para heredar una casa en el culo del mundo y conocer a una hermana que se lleva la plata? ¡Qué carajo!

—Es la voluntad del testador. Qué le puedo decir. Tal vez quiera conocer la valoración que hizo su padre de lo que hereda usted.

—Hable, pues, aunque queda bien clarito que la plata que ella se lleva es muy sustanciosa, demasiado, diría yo —dice mirando a Paula, quien, aunque quisiera desaparecer bajo la mesa, se endereza sobre la silla mientras nota que sus rodillas flaquean.

—Cada año su padre recibe unos 70.000 dólares anuales por los derechos de autor. La legislación venezolana le permitirá seguir cobrando durante ochenta años —Don Francisco mira a Jairo como diciendo: «¡no te quejarás!»—. Y respecto a la casa de Mochima, la última tasación fue de ocho mil millones de bolívares, más de cien mil euros, creo.

El muchacho no responde. Está inclinado con desgana sobre la mesa, el codo apoyado en la superficie y su cara reposando indolente sobre la palma abierta de su mano. Mira fijamente al notario abiertamente enfadado, sin decir nada, mientras sus ojos expresan el ardor que le quema por dentro, que le hace bullir los sesos de su cabeza, que le golpea las sienes y le hincha las venas. Don Francisco observa a los dos, preguntándose si será cierto que el chico y la chica tienen genes comunes. Tal vez el tal Jairo esté en lo cierto y Paula Soto no sea su hermana biológica. Desea que la reunión termine de una vez para bajar con Milita a tomar un vermú a la plaza Porticada. Así dejará para el cofre de las anécdotas el peor trago de su vida profesional.

—¿Ha terminado? ¿Podemos irnos? —pregunta Paula, quien no ve el momento de levantarse de la silla.

—Un momento, por favor —interviene el notario—. Les entrego esta tarjeta de quien será a partir de ahora su albacea. Es el abogado Javier María Carriedo, de Santander, nombrado por el testador. Él les aclarará

cualquier duda y les ayudará con los trámites para la ejecución de la herencia.

Jairo se pone de pie, coge la tarjeta y sin mirarla la mete en el bolsillo de su chaqueta.

—Yo me voy, vaya que si me voy. A hablar con ese abogado y con otros, que esto no queda así, lo juro por mi mamá.

—Muy bien, pues hemos terminado. Para lo que gusten, ya saben dónde estoy.

El hijo de Tomás se marcha sin decir adiós. Cuando se incorpora de su asiento, Paula nota cómo le tiemblan las rodillas. El notario se acerca a ella.

—Siento que haya habido tanta tensión. Parece que el deseo de don Tomás no se ha cumplido.

—¿A qué se refiere?

—Quería que usted y su hijo se conocieran, que hablaran, que iniciaran una relación. Pero, vista su reacción, mucho tendría que cambiar el muchacho.

—Fue un poco iluso, desde luego. Ahora que ni poniéndome en su lugar puedo comprender su comportamiento. Ya es mayorcito para aprender a controlarse, ¿no le parece? Por cierto, quería hacerle una pregunta: ¿eso de que el dinero esté en Suiza me puede acarrear algún problema con la justicia?

—En absoluto, el dinero lo legaliza en España, paga sus impuestos y ya está. Búsquese un abogado experto, señorita; perdón, señora.

—Lo haré, gracias, don Francisco. ¿Sabe? La verdad es que me halaga que me llame señorita —le dice con una sonrisa—, pero estoy casada, tengo un hijo y soy médico.

—¡Vaya por Dios! ¡Quién lo diría, si parece usted una niña!

Notario y heredera salen de la sala. Avanzan uno al lado del otro por el pasillo de paredes verdes.

—Por cierto, doctora, últimamente noto unos pinchazos en la rodilla…

XX

Sebas mira a Khalil con una incredulidad que no sabe disimular.

—Me suele regalar comida y cosas para leer. ¿No lo sabía?

No responde, no tenía ni idea de que Marian llevaba varias semanas obsequiando regularmente al jardinero con sabrosos platos caseros y con lecturas. Se siente tan orgulloso de su mujer que ni siquiera le importa que no le haya comentado nada.

—¿Y sabes leer en castellano?

—Claro. Aprendí hace años. También leo árabe.

—Lo supongo. ¿Hasta cuándo fuiste a la escuela?

—Hasta los doce. Luego entré de aprendiz en una alfarería.

—¿Y te gustaba?

—No era mal oficio.

—Seguro que de niño soñabas con ser otra cosa. Yo primero quise ser bombero, luego piloto de aviones, y al final estudié ingeniería. No me fue mal.

—Cuando era muy pequeño quería ser explorador, un aventurero como Simbad. Pero mi verdadera vocación era ser astrónomo. —Khalil sigue la conversación mientras clava con un mazo el tablón que Sebas sujeta con firmeza. Jefe y empleado han logrado a lo largo de los dos meses que lleva trabajando una agradable fluidez en la comunicación. Ya no es necesario que Sebas le torpedee con preguntas, y Khalil ha superado la fase de las respuestas monosilábicas.

—¿Sabes mucho de estrellas y constelaciones?

Khalil se ríe.

—¡Qué va! Pero me gusta mirar al cielo por las noches y contar las estrellas. El cielo es un misterio para mí, por eso lo de estudiar astronomía, para entender algo. Por ejemplo, fíjese en la Luna: ¡es tan poderosa! De ella dependen las mareas, y las mujeres se ponen de parto cuando hay luna

llena. En mi aldea dicen que si te cortas el pelo en noche de luna llena te crecerá más rápido y más fuerte. Jefe, ponga más recto el poste, que lo estamos metiendo torcido. Mi abuelo me enseñó a mirar las estrellas. Él tampoco sabía nada, aunque le gustaba. Era pastor, y todos los veranos pasaba las vacaciones en su casa. Por las tardes le ayudaba a recoger las ovejas en el corral. Entonces se sentaba a la puerta de la casa. El viejo encendía un cigarrillo y apoyaba la espalda sobre un muro que estaba inclinado y era más cómodo que una hamaca. Yo hacía lo mismo, le seguía, me sentaba a su lado y me apoyaba sobre el muro. No fumaba, claro, aunque a veces jugaba a que lo hacía como el abuelo, ponía los dedos como si sostuviera un cigarro y soltaba el humo invisible en dirección al cielo. Me gustaba ese momento. Allí los dos recostados pasábamos un rato mirando el firmamento, y si veíamos una estrella fugaz, gritábamos de alegría. Mi abuelo decía que el cielo es como la ventana de la Yanna, del paraíso adonde van los muertos, y le gustaba creer que las estrellas son los ojos que nos miran.

—Es bonito eso que decía tu abuelo.

—¡Bobadas de viejo! Ya lo sé. Muchas noches miro al cielo, me fijo en una estrella y pienso en mi madre. Es agradable.

Sin querer, Sebas ha recordado a Ángel. Retira la nostalgia a golpe de cháchara.

—Pero no pudiste estudiar astronomía…

—Ni astronomía ni nada. En mi pueblo las chicas se casan enseguida, y los chicos nos ponemos a trabajar para ayudar a la familia. La universidad está muy lejos, y vivir en la ciudad sale muy caro. Ya sabe, jefe, que el lugar en el que naces marca tu futuro. Si no, mire a su hija, médico, y a su esposa, maestra, y a usted, ingeniero. En mi aldea, el médico era de Fez; el maestro, nuestro imán, y los ingenieros que vinieron a instalar agua corriente eran franceses.

Sebas no dice nada. Las palabras de Khalil le hacen sentirse culpable de una manera irracional. El jardinero se percata de que su reflexión provoca cierta incomodidad en su jefe y trata de suavizar el momento.

—De todas formas, creo que habría sido un mal estudiante. El imán me regañaba continuamente en la escuela porque no paraba quieto. Me costaba mucho concentrarme y prefería pegarle al balón o ayudar a mi madre con sus tareas antes que hacer los deberes.

—Pues ahora pareces un joven muy tranquilo.

—A fuerza de estar solo mucho tiempo, uno se vuelve más tranquilo. Aunque cuando me junto con otros vuelvo a ser el mismo.

—¡Hola! —Tan ensimismados estaban en la charla y en clavar recta la madera que ninguno se ha dado cuenta de la llegada de Paula—. ¿Cómo va eso?

—Poco a poco, hija. —Sebas, sin soltar la estaca, acerca su cara para que le bese la mejilla.

Khalil nota el perfume de la joven y se lo graba en la memoria. Huele a tierra y a mandarina. Termina de clavar el pilote y entonces la mira con una sonrisa tímida.

—¿Qué tal, Khalil?

—Bien, gracias, todo bien. —Inmediatamente se da la vuelta para coger otro listón de entre la pila que hay a unos metros de la piscina.

—Papá, estoy preocupada. He visto al loco ese por el pueblo.

—¿Qué loco?

—Jairo Cazorla. No sé qué pinta aquí, pero no me gusta; ese tío me da miedo. No conozco a nadie tan desagradable.

—¿Y qué te ha dicho?

—¡Nada! Me he escondido para que no me viera.

—Tal vez solo quiera hablar contigo, hija.

—Pues si quiere hablar conmigo, que lo haga a través del albacea, digo yo. ¿Quién le ha dado mi dirección, a ver?

—En el testamento, junto con tu DNI, está puesta esta dirección, la tuya de soltera.

—¡Joder! Es verdad. Da igual, aquí que no venga. Si quiere algo, que vaya al notario o al abogado.

—Tranquila, llamamos ahora a don Francisco, a ver si sabe qué intenciones trae. ¿Estás segura de que era él?

—Joder, papá, no me hagas dudar. Yo creo que sí.

Khalil ha escuchado la conversación, ha notado la preocupación y el nerviosismo de Paula. Desconoce la historia del testamento, ni siquiera sabe para qué sirve un notario, no obstante, intuye que el individuo llamado Jairo es una amenaza para la familia. No le gustan los hombres que provocan miedo en las mujeres, y le solivianta, de forma muy especial, que Paula se sienta insegura. De la irritación pasa sin darse cuenta a un segundo estado

emocional: ahora teme que la joven doctora ande sola por el pueblo mientras el individuo que, por algún motivo, la amedranta, se pasea por sus calles como un tigre en busca de su presa.

—Enseguida vuelvo.

Es la voz de Sebastián, que también le suena preocupada. El padre quiere proteger a su hija. Van a telefonear al notario. A él no le cuentan nada, no es de la familia, el asunto no es de su incumbencia, y por eso le dejan ahí, junto a la piscina, esperando mano sobre mano, porque Khalil no puede clavar el siguiente poste sin unos brazos que lo sujeten.

XXI

La mesa de la cocina es para la familia Soto el centro de su universo. Su mármol blanco conoce los sinsabores, los duelos, los problemas, las deliberaciones y las decisiones que han marcado la vida de todos ellos. También sabe de celebraciones, de risas y bromas y de grandes noticias, como cuando no hace tanto tiempo la hija y su marido anunciaron que iban a ser padres. Alrededor de su fría y resistente superficie cantaron el cumpleaños feliz a cada uno de sus miembros —últimamente también a Narcisa—, regatearon con sus hijos adolescentes la hora de llegada a casa, aplaudieron las buenas calificaciones, jugaron mucho al Monopoly y disfrutaron cada día de la rica comida de Marian. Por eso hoy se sientan también alrededor la mesa, su senado particular, para hablar acerca de la súbita e inesperada aparición de Jairo Cazorla por el pueblo. Marian, Paula y Sebas mantienen el semblante serio por la preocupación; el niño, sentado en el suelo sobre una manta, pasa el rato concentrado en descubrir a qué sabe el plástico de sus juguetes.

—¿Vas a llamar a Fran? —pregunta Sebas.

—No, déjale, que está trabajando. Luego le cuento. Tampoco es tan grave. Igual soy un poco histérica, pero es que este tío me pone los pelos de punta. ¡Qué mal rollo!

—A ver, ¿qué te ha dicho el notario? Has estado un buen rato al teléfono.

—Ya, Marian, pero es que tú no conoces a don Francisco de la Vega: es de la otra escuela, habla despacio y no tiene prisa. No podía dejarle con la palabra en la boca. En fin, ha sido muy amable. Me ha dicho que justo estaba llamando a casa de Paula y que no le han contestado.

—Es que no hay nadie. Podía haber llamado al móvil, que también lo tiene.

—Creía que podías estar trabajando y no le parecía oportuno. Eso ha dicho, *oportuno*. El caso es que me ha contado lo siguiente: ayer Jairo Cazorla fue a su despacho. Le explicó al notario que había visitado al albacea y a otro abogado y que al final había decidido no impugnar el testamento. Que le habían hablado de plazos muy largos para que los tribunales tomasen una decisión y que, por lo visto, tal y como está redactado el testamento y no habiendo otro anterior, veían difícil que pudiera ganar. Le dijo que él no tenía tiempo para meterse en líos con la justicia española y que quería regresar cuanto antes a su país. Pero que eso no significaba que estuviera de acuerdo con el testamento de su padre, que le parecía una injusticia y que sospechaba que tu madre es la culpable de todo.

—¿Yo? ¡Habrase visto! ¿Y eso por qué?

—Está convencido de que fuiste a verle y le convenciste de que nombrara heredera a Paula.

—¡Ese está loco, como una cabra, vamos! ¡Si no le volví a ver desde que nació Pauli!

—La imaginación es libre. Según él, Tomás habló contigo, al menos por teléfono. ¿Es eso verdad?

Paula se tensa; ella sabe que su madre habló con Tomás, teme que Sebas se enfade.

—Sí, me llamó un día. De eso hace un año. Quería verme.

—¿Y qué hiciste?

—¡Nada! ¡Qué querías que hiciese! Le dije que no teníamos nada de qué hablar. Y por supuesto no le vi. Lo que no sé es cómo sabe el hijo que su padre me llamó.

—Por un cuaderno.

—¿Qué cuaderno? —pregunta Paula.

—Al parecer, Jairo fue a visitar el pueblo donde Tomás Cazorla compró una casa, la que tú has heredado.

—El pueblo se llama Villacarriedo, papá.

—No me entra el nombre, hija, qué le vamos a hacer. En fin, supongo que quería hacerse una idea de cómo era la propiedad que no ha heredado. El tío no se corta un pelo, porque llamó a la vecina, y al presentarse como hijo de Tomás, la mujer le abrió con su llave. Le dejó campar a sus anchas. Según la vecina, con la que ha hablado hoy el notario, estuvo allí toda una

mañana, y a la hora de comer le devolvió la llave. Imagino que lo registraría todo hasta encontrar el cuaderno que, por supuesto, se habrá quedado.

—¿Y se sabe qué más contenía ese cuaderno?

—Me ha dicho don Francisco que era como un diario que fue escribiendo desde que salió de Venezuela. El notario le visitaba regularmente, sobre todo desde que quedó en cama, y un día le pilló escribiendo. Tomás le explicó que escribir le venía muy bien, que le ayudaba a matar el tiempo y a poner en claro algunas ideas. Por supuesto, el notario no lo leyó.

—Pues a mí me gustaría leerlo —dice Paula.

—Puede que haya venido para dártelo.

—No lo creo, mamá. Ese no tiene pinta de querer hacer nada bueno, y menos si sigue tan cabreado.

—Entonces, ¿para qué habrá venido? —piensa Marian en voz alta.

—Ni idea, pero si pregunta por mí, no le digáis ni dónde vivo ni dónde trabajo. No tengo ganas de verle. Aunque me pique la curiosidad. Avisa a Narcisa y a Khalil.

Marian se levanta. La cafetera suena con su pitido inconfundible, exhalando un agradable aroma a café. Saca de la alacena unas bonitas tazas de porcelana española adornadas con dibujos de uvas y las va colocando. Luego abre el horno y con un guante de paño extrae una bandeja sobre la que descansa un apetecible bizcocho de mantequilla.

—A merendar. ¿Le doy un trozo al niño?

—Mejor otra cosa, una galleta maría.

—Pues ahora que este no va a impugnar el testamento, vas a ser rica —el padre levanta la taza en señal de triunfo—, ¿te lo puedes creer?

—A ver si es verdad. Fran y yo no paramos de soñar. En cuanto podamos, iremos a ver la casa de Villacarriedo, y si nos gusta el sitio, nos la quedaremos. Hemos mirado en internet y tiene buena pinta, para ir de vez en cuando. Mucha naturaleza y bonitos paseos. Parece un sitio chulo.

—Y con el dinero ¿qué haréis? ¿Cambiaréis de piso?

—¡Ay, papá! No tengo ni idea. Si encima está en un banco suizo. Menudo lío.

—Debes ir a ver al albacea. Si ha decidido no impugnar, podrás empezar a mover el asunto. Te puedo acompañar yo, aunque me parece que esta vez debe ir Fran contigo.

—Vendrá Fran, por la cuenta que le trae. ¡Anda loco pensando en ampliar el taller!

XXII

Han pasado dos días desde que Paula creyó ver a Jairo merodear por las calles de su pueblo. No le ha vuelto a ver y duda si realmente sería él o alguien con bastante parecido. Al fin y al cabo es un indio, y ella no ha visto tantos. Es como con los orientales, que todos le parecen iguales. Ha debido confundirlo con otra persona, porque de haber sido el hijo de Tomás habría ido a casa de sus padres, esa es la única dirección que conoce el venezolano, y no lo ha hecho. Para qué otra cosa habría viajado hasta allí.

Tras varios días de guardia, Paula tiene libre toda la semana y aprovecha las tardes para pasear. Le gusta especialmente recorrer la vereda del río, entre sol y sombras, hasta llegar a la casa de sus padres. La primavera está resultando deliciosa, con temperaturas muy agradables y días soleados, y en el jardín de su antigua casa su hijo Nico puede gatear e intentar sus primeros pasos. Al dejar la vereda, en la que se ha cruzado con un par de vecinos, la silla del niño deja de trotar con los baches del sendero; resulta más cómodo empujar el carro sobre las aceras de la urbanización. Cuando la atraviese llegará a su casa familiar, años antes solitaria y ahora rodeada por un grupo de chalets.

Nicolás lo observa todo con los ojos muy abiertos: las hojas verdes de los árboles que se mecen con la brisa, la moto que pasa haciendo ruido, el perrito de un vecino que deambula solitario olisqueando cada esquina, las verjas que parecen moverse mientras su sillita avanza a paso ligero. Ella lo mira, a veces embobada, sin terminar de creer el milagro de haber traído al mundo un ser tan increíble, que crece a pasos agigantados, que casi ha dejado de ser un bebé para convertirse en un niño.

Unos pocos metros antes de llegar a la cancela de sus padres, alguien le dice «hola», alguien a quien no ve hasta que se vuelve, alguien que la estaba esperando fuera de su ángulo de visión. Paula está alerta porque en ese sencillo y corto saludo ha apreciado un extraño acento sudamericano.

—¡Qué sorpresa! ¿No es cierto?

Es él, Jairo Cazorla la estaba esperando. La mujer trata de mostrarse segura, pero no puede ocultar su nerviosismo porque el hombre, que está ahora a su lado, muy cerca, no le inspira ninguna confianza.

—¿Qué quieres? —De forma instintiva aleja la sillita de Nico.

—Hablar con mi hermanita, ¿qué si no? —contesta Jairo socarronamente. Como Paula no dice nada, él retoma la palabra—. Sabrás que no impugnaré el testamento.

—Lo sé.

—Eso no significa que no siga pensando que mi papá fue un hijoputa que me dejó limpio, y tú una chuleta, una *aprovechada*, que decís acá. Lo que pasa, mijita, es que la justicia española es bien lenta y compleja, y no tengo ganas de seguir acá ni de regresar para líos de burocracia. Ya me dijeron los abogados que seguro que los tribunales te darían la razón, por ser española y mujer, claro, pobrecita. Así que abandono la vía legal. Chévere, ¿no?

Paula sigue sin abrir la boca y hace ademán de reemprender la marcha.

—¡Quieta, pendeja! —Jairo la agarra del brazo—, que no he terminado de conversar. —Ella se zafa de la mano de Jairo y aprieta con fuerza el manillar de la sillita—. Como te decía, doctorcita, dejo los tribunales para bandearme yo solo. ¿O es que creías que te ibas a quedar con mi plata? Atiende, Paula Soto, lo que vas a hacer: tú te vas hasta el notario matusalén y le firmas la renuncia al legado de mi papá. Así, sin más, bien sencillo. Yo me regreso a Caracas y ya no me ves más. Que sé que te caigo pesado.

—¿Y qué te hace pensar que voy a renunciar a la herencia?

—¿Cómo se llama el chamo? —Jairo se acerca a Nicolás. Paula no puede evitar que le toque la mejilla. El niño hace pucheros, como si se hubiera dado cuenta de que el desconocido pone nerviosa a su madre.

—¡No le toques, joder!

—¡Vaya! Se puso brava la doctorcita. Pues no te pongas brava, hermana, que no te conviene. Lo que te conviene es hacerme caso. —El hombre se apoya en la verja en una postura triunfal que a Paula le recuerda a los *cowboys* matones acodados en la barra del salón—. Qué pena dan las mamás que ven sufrir a sus niños, ¿verdad? Hay tantos accidentes, y enfermedades… ¡Perra vida!

La amenaza enciende a la joven madre; nota que la sangre se le acelera, que la cara se le enrojece y, sin pensarlo, suelta la sillita y se acerca a Jairo para golpearle, inútilmente, con los puños en el pecho, mientras grita:

—¡A mi hijo ni lo mires, ni lo mires, que te mato, cabrón!

Desde el jardín, Khalil escucha unos gritos de mujer que vienen de la calle. ¿Le ha parecido la voz de Paula? Sebas ha salido con Marian a un recado. Narcisa se fue hace rato. Con el martillo en la mano, Khalil corre hacia la verja. Sí, es Paula, y está con el pequeño Nico, que llora en su sillita. Un hombre agarra con fuerza a Paula de los brazos y la zarandea mientras ella grita y él la insulta:

—¡Para, hija de puta! No seas agarrada y devuélveme mi plata. ¡Loca de mierda, para ya!

De un empujón la tira al suelo. Khalil llega enloquecido y sin mediar palabra derriba al desconocido golpeándole con el martillo en la cabeza. Jairo cae fulminado sobre la acera, dejando caer un hilillo de sangre. Paula se levanta, la cara llena de lágrimas, se acerca a su hijo y lo coge en brazos. Luego va hasta donde se encuentra el jardinero, quien ha tirado el martillo al suelo y mira a Jairo con incredulidad. La muchacha le abraza:

—Sujeta a Nico, por favor.

Se agacha sobre el cuerpo de su hermano, le toma el pulso y le pone las yemas de los dedos sobre el cuello. Se levanta y saca el móvil del bolsillo de su chaqueta.

—Está vivo, Khalil, está vivo. Voy a llamar a una ambulancia.

Luego se quita el pañuelo del cuello y lo coloca sobre la herida. Su mente de médico le dice que debe quedarse agachada a su lado, pero no puede, es superior a ella, y prefiere mantenerse de pie cerca del herido. Le pide a Khalil que le devuelva a Nico. Abrazar el cuerpecito del bebé la consuela.

Antes que la ambulancia llegan a la calle dos coches de la policía. Entonces Paula y Khalil se dan cuenta de que varios vecinos han sido testigos del suceso. Han debido de llamar a la policía alertados por los gritos. Dos agentes bajan del coche patrulla y, sin preguntar nada, lo primero que hacen es agarrar a Khalil de los brazos y ponerle las esposas.

—¿Qué hacen? —pregunta Paula.

—Nos lo llevamos. Ha sido él, supongo.

—Sí, ha sido él, pero no porque sea magrebí como usted ha supuesto, sino porque es un amigo de la familia que ha querido defenderme de ese bestia.

—Lo que usted diga, señora. —El agente hace una pausa para preguntar a su compañero—: Marcial, ¿ese respira? —Como el otro le dice «afirmativo», mira otra vez a Paula sin soltar a Khalil—. Ahora mi compañero le tomará los datos y luego se pasa usted por comisaría para prestar declaración.

Aún no han metido al jardinero en el coche patrulla cuando llega la ambulancia. Bajan tres sanitarios. Paula se siente en la obligación de ponerles en antecedentes.

—Buenas, soy médico. Le han dado un golpe con un martillo, aquí —dice levantando el pañuelo.

—Está bien, gracias, nos hacemos cargo.

Se aparta entonces del herido, sintiéndose aliviada mientras observa como el policía se lleva al detenido hacia el coche.

—Khalil, tranquilo, mi padre se ocupará de ti —dice Paula al borde del llanto—. Y gracias, has sido muy valiente. Estaba muerta de miedo.

—¿Te das cuenta, Pilar? —pregunta un vecino a su mujer—: un *machupichu* y un moro; si es que siempre la lían parda, y la pobre hija de Sebas y Marian ahí en medio.

El matrimonio va adonde la joven.

—¿Estás bien, nena? ¿Te querían atracar?

Paula los mira desconcertada. ¿Qué va a contar a los vecinos? ¿El culebrón familiar? ¿Va a confesar que ese psicópata es realmente su hermano?

—Pues sí, Pilar, el que está en el suelo. El otro es nuestro jardinero, que ha salido a defenderme. Pobre hombre, en qué lío se ha metido por mi culpa.

—Muy valiente el morito, ya lo creo. Pero por tu culpa no, cariño, por la del sudaca ese. Además, estos magrebíes son fuertes, están acostumbrados a estas cosas.

Paula no tiene ganas de discutir y se zafa de los viejos.

—Perdona, Pilar, voy a llamar a mi marido.

Con el niño todavía en brazos saca el móvil para llamar a Fran. Está deseando oír su voz reconfortante, que le dará fuerzas. Tienen que ir juntos

a comisaría y debe dejar al niño con alguien. De pronto ve aparecer el coche de su padre, que no sigue hasta la cancela, sino que se detiene junto a la ambulancia. Sus padres se apean y ven a Jairo en la camilla. Paula les hace señas con la mano para que la vean y se tranquilicen. Marian corre hacia su hija. El abrazo maternal la hace sentir mejor; entonces, sus lágrimas, que han permanecido demasiados minutos contenidas, salen en desbandada.

XXIII

Disgustada porque no le han dejado ver a Khalil, Paula sale de la comisaría. Mientras le tomaban declaración, Fran ha estado a su lado, en silencio, agarrándole la mano. Ese gesto cómplice le ha dado la tranquilidad necesaria para testificar. Cuando el policía le ha preguntado si sabía por qué le había atacado el ciudadano venezolano, ella se ha explicado escuetamente:

—Quería obligarme a renunciar a mi parte de una herencia que él cree que es suya. Amenazó con hacer daño a mi hijo si no renunciaba.

—¿Entonces fue cuando la atacó?

—Bueno, yo me puse muy nerviosa, intenté alejarle de mi hijo, él me zarandeó y al final me tiró al suelo.

—Y el marroquí entonces le dio con el martillo.

—El marroquí se llama Khalil y es amigo de la familia. Me vio en apuros y salió a defenderme. No creo que quisiera hacerle daño.

—Pues para no querer hacerle daño le dio con un martillo —ha puntualizado el agente.

—Tenía el martillo en la mano porque está ayudando a mi padre a montar una verja en la piscina; se pasa el día metiendo clavos y…, no sé, le dio con él como le podía haber dado con una rama.

—Ya, y dice usted que Khalil es amigo de la familia, o sea, que según usted no trabaja para su padre de forma ilegal.

—Eso se lo pregunta usted a mi padre, yo solo hablo de lo que vi, como víctima y como testigo.

—Supongo que pondrá una denuncia por agresión.

—Por agresión y por amenazas, por supuesto.

Khalil sigue en alguna sala de la comisaría, pero no le han dejado verle. Ella y Fran hubieran deseado estar un rato con él para que no se sintiera solo, para mostrarle su apoyo y agradecimiento, para tranquilizarle un poco.

—¿Y qué pasará con él? —ha preguntado Fran.

—En cuanto termine aquí le llevan ante el juez. Él decidirá qué hacer.

—¿Y qué puede pasar? —ha preguntado Paula inocente.

—Puede que vaya a prisión preventiva o que le dejen salir a la espera de juicio, es posible que el juez pida una fianza. Aunque ya les adelanto: que la víctima esté en coma no le va a ayudar.

Khalil, por su parte, ha contado a otro policía lo que ha ocurrido. Que oyó gritar a Paula y que fue corriendo a ver qué pasaba. Que entonces vio como un hombre la zarandeaba y la tiraba al suelo. Que no se lo pensó, que solo quería defender a la muchacha, que ni se dio cuenta de que el martillo seguía en su mano. Ahora el joven está solo, esperando. Sin embargo, no es la incertidumbre de lo que decidirá el juez lo que ocupa sus pensamientos, sino el hecho de que los policías saben su nombre completo y la ciudad de la que procede.

—Así que te llamas Khalil el Hachmi —ha dicho una mujer policía.

La agente Pisuerga ha pronunciado mal el apellido, aunque no tanto como para no entenderle. El falso apellido que el joven tenía guardado en la recámara de sus mentiras ni siquiera ha sido pronunciado. Khalil se ha sentido como el ratoncillo que se ve rodeado por dos enormes gatos: resignado, vencido, agazapado en una esquina, sin salida posible. Y al igual que el ratón, el jardinero se hace un ovillo, se cubre el pecho con las rodillas, baja la cabeza y se maldice por su mala suerte.

Todo por la bondad de Sebas, que con su mejor intención ha entregado a los agentes su mochila —«Llévenle la mochila, que la necesitará», les ha dicho—, una bolsa ajada de color gris que lleva consigo a todas partes, donde guarda el dinero y una vieja cartera que es como un tesoro de su otra vida. En la cartera lleva las fotografías de sus hermanos y la de su madre, y algunas postales y cartas que le han enviado desde Marruecos a distintas direcciones de España, generalmente a establecimientos de otros compatriotas que le recogían la correspondencia. En esas cartas aparece su nombre completo Khalil el Hachmi. No tiene pasaporte ni documento de identidad, pero ahora saben su nombre, así que su vida en la clandestinidad se ha terminado. Tantos años viviendo al margen de registros oficiales, sin pedir un euro de ayudas a la Administración, visitando al médico de urgencias solo en una ocasión, tratando de ser solo Khalil, a secas, para no dejar rastro y evitar que las largas manos de sus tíos, los hermanos de su

padre, puedan arrastrarle a Marruecos para aplicarle la ley del talión. Ojo por ojo, diente por diente, muerte por muerte. El poder de su tío Suleiman es grande y traspasa los límites de Casablanca, atraviesa el mar y llega a la Península, donde mantiene contacto con la policía española, con la que colabora asiduamente tanto en asuntos de tráfico de drogas como de control antiterrorista. Suleiman no es un policía cualquiera, es un jefe de la policía marroquí a quien seguro que deben muchos favores en España. Aunque no le deporten, el poder de los hermanos El Hachim puede llegar a la cárcel, donde está seguro de que dormirá esa misma noche por orden del juez.

XXIV

Hoy es la sexta vez que Sebas va a cruzar la frontera de la prisión. Una enorme tapia, coronada por una horrible alambrada, establece la separación entre los de dentro y los de fuera. La visión de semejante muro empequeñece a quien se acerca. Al cruzar la barrera, los agentes que vigilan desde sus garitas, pertrechados con metralletas, le recuerdan a las águilas que otean a sus presas desde lo alto de un cerro. Cada quince días, a lo largo de tres meses, ha cruzado el muro que separa la calle del encierro, entrando, desasosegado, en otra realidad que la mayoría desconoce, un universo apenas visible, al que los propios transeúntes que caminan por las aceras circundantes dan la espalda, adoptando una postura muy propia del ser humano, propenso a taparse los ojos ante aquello que le incomoda: la enfermedad, la pobreza, la muerte o la cárcel. Esta mañana Sebastián entrega su documentación al funcionario un poco más contento: tiene buenas noticias para el joven jardinero.

Los primeros días que pasó en la cárcel, Khalil se sintió más o menos como cualquier preso que acaba de inaugurar su encierro: entre la rabia contenida, la impotencia, la incredulidad, el temor y la desconfianza hacia sus compañeros. Poco a poco fue acostumbrándose a la rutina de los horarios, a la comida en bandejas de aluminio, a los aseos comunitarios, al patio feo y rectangular. Sin embargo, esa adaptación al medio no elimina los pensamientos atormentados que regresan cada vez que se halla solo, hasta el punto de que por primera vez en su vida la hora de dormir ha pasado a ser una tortura. Hay noches que no consigue pegar ojo, obsesionado con que la mano alargada de su tío Suleiman acabará por llevarlo de vuelta a Marruecos, donde le espera algo mucho peor que una celda con barrotes: la ansiada venganza de los hermanos de su padre, que será necesariamente implacable, dolorosa y probablemente definitiva. A veces, en sus delirios nocturnos, se convence de que el poder de su tío es tal que ni siquiera

esperará a que lo deporten, sino que acabará contactando con algún sicario dentro de la prisión. Piensa otras veces que las autoridades españolas, que ya conocen su verdadero nombre y sus orígenes, habrán avisado al policía marroquí, y que, encarcelado como está, es una presa tan fácil como una cría de gorrión para un gavilán. Son fantasías que él mismo se niega con la luz del amanecer, bálsamo que disipa las nieblas de los miedos sonámbulos, diciéndose que esas estupideces son el producto de demasiadas películas yanquis. De nuevo en la noche, vuelve a desdecirse al recordar las ocasiones en que el comisario Suleiman se vanagloriaba de los valiosos contactos que mantenía con las jefaturas españolas y de las buenas migas que hacía con algunos agentes de narcóticos y de inmigración.

Su compañero de celda es un gitano de veintitantos años que no mide más de metro y medio, no pesará más de cincuenta kilos y al que le faltan un par de dientes; enjuto, demacrado, con el pelo muy negro pero curiosamente ralo, las ojeras violáceas, los pómulos marcados y una cicatriz que forma un pasillo sobre la ceja derecha. Seguramente fue guapo en tiempos mejores, porque su nariz es recta y bien proporcionada; su piel, dorada, y sus ojos, verdes, brillan como divertidas luciérnagas. Pero Ezequiel lleva el mal de la droga metido en las venas, y la adicción a la heroína, a la cocaína y a todo lo que caiga le ha pasado factura muy pronto. Cuando Khalil entró en su celda estaba tumbado en el catre mirando al techo. Al aparecer el guardia con el nuevo huésped, pegó un brinco y abrió de lado a lado su boca desdentada en una sonrisa de niño travieso.

—¡Joder, ya era hora! Que estaba yo *mu aburrío* aquí *to* el día más solo que la una. —Se acercó a Khalil, le tendió la mano teatralmente y se presentó con mucha solemnidad—. ¿Qué hay, compadre?, yo soy Ezequiel, nieto del patriarca Antonio Tavares, hijo de la Rosaura y del Ezequiel, mi padre. Su compañero de celda, gitano, cantaor a ratos y de vez en cuando navajero, que por eso me han *enchironao*, no por *na* malo, que no he *matao* a *naide*. Y tú, moro, ¿cómo te llamas?

—Khalil.

—Uy, uy, uy, ya veo que el morito es de pocas palabras. Pues no importa, que ya hablo yo por los dos.

—No me llames *morito*. —Khalil dejó sus cosas sobre la litera superior.

—¡No te enfades! Que si te digo *morito* no es *pa* ofenderte. Y tranqui, chaval, que si no te gusta, te digo Khalil. Yo no quiero malos rollos, ¿eh?

Oye, y qué significa *Khalil* si *pue* saberse.

—Significa 'amigo'.

—¡Puta madre! Tienes un nombre de puta madre. Ezequiel tampoco está mal; ¿sabes tú quién era Ezequiel? Qué vas a saber, si tú eres de Alá. Yo soy de Jesucristo.

—Un profeta.

—¡Anda este! ¿Es que eres cristiano?

—No, es que Ezequiel es también un profeta del islam.

—¡No te jode!, lo que aprende uno en este garito. Nos vamos a llevar bien tú y yo. Y lo que quieras, el Ezequiel te lo consigue. Lo que quieras, ¿me pillas?, ¿a que sí, compadre?

Khalil no tenía experiencia en la cárcel, aunque llevaba mucha calle a cuestas y enseguida entendió lo que le ofrecía Ezequiel. Su mirada traviesa y su aspecto enfermizo fueron suficientes indicios.

—No, gracias, de momento paso.

Una larga semana de insomnio fue suficiente para ceder ante una nueva oferta.

—No puedes pegar ojo, ¿eh, Khalil? Estás jodido venga a dar vueltas, y me estás jodiendo a mí, que estoy como cuando tuve a mi Josué, que ni la Glori ni yo podíamos dormir con tanto lloro. ¿Te paso algo, sí o no? Que ya sabes que te invito.

—¿Qué tienes?

—*Pos* aquí en la celda poca cosa, que los guardias hacen conmigo la vista gorda, pero no *pa* tanto. Nos llega *pa* una raya de jaco *na* más.

Mientras Ezequiel esnifaba una pequeña raya de heroína, buscando iluminarse con la luz de emergencia del pasillo, Khalil le preguntó:

—¿Cómo consigues meter droga en la cárcel?

—Te toca, chaval. —Khalil se inclina sobre la mesilla—. Meter droga en la cárcel no es tan difícil. *Pa* eso también están los vis a vis. ¿O es que no te has *dao* cuenta de que aquí la mayoría se mete algo? ¿No has visto como está todo el puto día el suelo de los baños lleno de lejía? ¡Pues *pa* matar el olor a la maría! Todos esos las pasan putas *pa* tener sus dosis. ¡Hasta alquilan las jeringas! Y una dosis les cuesta cinco veces más que en la calle. Yo en cambio soy un *privilegiao*, tengo mucha bola en esta trena. Por el patriarca Antonio, que se conoce de buena tinta al jefe de los funcionarios, que es el que corta el bacalao y manda más que un general; se lo conoce en

sus pecados más feos, y ese conocimiento le ha servido a mi abuelo *pa* que me dejen en paz. Que soy un adicto, joder, un enfermo, y como tal hay que darme lo que el cuerpo me pide. Ni siquiera tengo que comprar, me lo traen los míos de fuera, casi siempre la Glori, mi mujer, en el vis a vis, y menos mal, que en eso del trapicheo del patio siempre acaba habiendo mosqueos, y yo con este cuerpo serrano ya no tengo ni media hostia. De lo que te he dicho, ni una palabra a *naide*, *¿m'has* oído? Que si me entero de que has *largao* por esa boquita de moro, te rajo en canal. —Khalil aspiró el polvo —. ¿Qué tal la rayita, compadre? A algunos la primera vez les da un chungo. A mí me sentó de puta madre, ¡menudo pedo cogí!

—Bien, sienta muy bien.

—Pues aprovecha, chaval, y vete a dormir. Y por el caballo no te preocupes, mis colegas se encargan y tengo bastante *pa* ti y *pa* mí, siempre que no abuses, claro. Pero ni una palabra, que nos joden vivos. ¡Hostia! Te ha *dao* bien fuerte, si te has *quedao esnucao* —dijo mientras se desternillaba.

Nadie se metía con Ezequiel. El resto de los presos sabía que alguien le agenciaba la droga, pero el Enano Saltarín, como le llamaban, era intocable. Una vez, un recluso recién llegado se encaró con él.

—Pásame algo, cabrón, que sé que tienes jaco.

—No tengo, ¿es que me has visto alguna vez pasar algo?

—¿Y de dónde hostias sacas el caballo?

—Yo no me meto caballo ni mierdas de esas. Estoy limpio —mintió con descaro mientras sus ojos le delataban.

En menos de un minuto llegaron por la esquina del patio cinco gitanos enormes con cara de malas pulgas.

—Tú eres nuevo aquí, me parece. A este no te puedes acercar, ni le hables, payo. Es intocable, ¿sabes tú lo que significa esa palabra? Pues hala, aire.

—Gracias, compadres. El patriarca os recompensará, ya lo sabéis.

Desde que Khalil probó la heroína aquella noche, la cárcel se le hace más llevadera. Lo mejor de la prisión son, por este orden: la heroína, la compañía parlanchina de Ezequiel, su arte flamenco de cantares desgarrados y rumbitas alegres que le hacen olvidar a ratos dónde se encuentra y las visitas de Sebastián.

—Tienes mala cara, Khalil, y estás muy delgado. —Sebas viene sospechando este último mes lo que evidencia su aspecto. Las ojeras se han pronunciado y está aún más delgado.

—Estoy bien, señor Sebas. No se preocupe por mí. ¿Cómo va todo ahí fuera?

—Todo bien. Mi hija insiste en que quiere venir, pero ya sabes…, no me hace gracia.

—Este no es sitio para una mujer.

—Tengo noticias.

—¿Qué dice? ¡No le oigo! —El telefonillo que usan para hablar a través de la mampara de cristal ha dejado de funcionar. Khalil lo agita como otras veces y el aparato vuelve a servir de enlace.

—¿Me oyes bien ahora?

—Sí, ahora sí.

—Te decía que ha llamado Clavero, el abogado, que tienes la vista para la condicional el jueves próximo. Que te llegará mañana lunes el aviso. Y le he visto muy optimista. Tal y como nos indicó, hemos seguido pagando el alquiler de tu casa al turco del kebab. Parece que el juez valora muy positivamente que tengas un lugar de residencia. Y que el venezolano haya salido por fin del coma también ayuda, claro.

—¿Cuándo ha salido del coma?

—Ayer por la noche. Nos lo dijo Paula.

—¿Ella le ha visto?

—No. Ni piensa ir a verle; ha preguntado por él al equipo médico. Dice que una de las enfermeras, antigua compañera suya del colegio, le va a tener al tanto.

—Me alegro de que no se haya muerto. Yo no quería hacerle tanto daño, fue mala suerte. Pero sigue siendo un mal hombre, un cobarde que pega a las mujeres.

—Un tipo muy raro, desde luego.

Khalil de pronto siente calor, una ola de ardor le sube por el pecho hasta la garganta. Se desabrocha la camisa y se remanga. Al hacerlo, sin darse cuenta, muestra la parte interior del antebrazo, donde pequeños puntos rojos llaman la atención de Sebas. Es la prueba definitiva que le delata. Sebastián no dice nada. Se levanta de la silla con el teléfono aún en la mano.

—Me tengo que ir, Khalil. Se me hace tarde. Cuídate, por favor, cuídate, y el jueves vete al juzgado limpio… de todo.

El hombre deja en la sala de visitas un jaleo de voces de madres, padres, hijos, esposas y abuelos que tratan de hacer llegar sus quejas, sus cuitas, sus *te quiero*, sus reproches y las noticias de los abogados a sus presos particulares. En la cabina de la esquina están Antonio Tavares, vestido con traje oscuro y sombrero, y su nieto Ezequiel. Esta vez no es el muchacho el que habla, solo lo hace el viejo mientras mira a su nieto con la misma pena de quien mira a un familiar muerto.

XXV

Las hojas del jardín revolotean por el cielo y se apoyan levemente sobre el césped para formar alegres remolinos que bailan siguiendo una coreografía otoñal. Narcisa ya se ha ido a casa, Marian está trajinando en la cocina, y Paula estará recogiendo a Nico en la guardería. Cuando uno vive en el campo aprecia mejor los cambios de estación, se detiene en los detalles, en el paisaje que se va transformando día a día. Cambian los olores, los sonidos, los colores. Un mismo paisaje crea distintas vistas dependiendo de la estación, del día, de la hora, de la luz, del tiempo que haga. Hoy es una tarde preciosa de contrastes, de luces y sombras exageradamente marcadas por un sol más oblicuo. La vista está llena de verdes, marrones y amarillos, tonos de entretiempo que se mezclan sabiamente en la naturaleza.

Sebas se ha puesto una chaqueta de lana porque en el porche a veces asoman las frescas rachas de aire. En la mesa descansan una cerveza y unas aceitunas; en su cabeza se amontonan los pensamientos. Piensa en Khalil y en Fran, que se han ido en coche hasta Francia. Espera que no les ocurra nada, no quisiera que su yerno se viera metido en un lío. Se trata solo de cruzar la frontera y llevarle hasta Burdeos, una ciudad suficientemente grande para que nadie se fije en el muchacho. Fran tiene intención de iniciar el viaje de regreso esa misma noche, aunque probablemente tenga que dormir en el camino. No quiere faltar mañana al trabajo, ha dicho, pero Sebas imagina que lo que no quiere es pasar una noche más en compañía de Khalil. Y no le extraña.

La vista fue suspendida por enfermedad del juez. Khalil ha salido de la cárcel hace menos de una semana. Durante el último mes, Sebas solo le ha visitado una vez. Empezaba a pesarle en el ánimo la acusada y evidente decadencia del muchacho. Desde el otro lado del cristal no podía ayudarle, y esa impotencia le consumía. En las dos últimas visitas, Sebas observó que

estaba ido, que apenas hablaba y que parecía no interesarle nada de lo que le dijera. El preso al que visitaba apenas se parecía al joven magrebí fuerte, educado y trabajador que conoció hace solo unos meses. Su psiquiatra —está casi seguro de que por exigencia de su mujer— le prohibió regresar a la cárcel, dado que las visitas acentuaban su estado depresivo. Se sintió liberado porque en el fondo él no quería volver, se angustiaba, había empezado a sentir que su afecto hacia Khalil se derrumbaba sin remedio. El muchacho empezaba a parecerle una carga, le veía como a un intruso que se había colado en sus vidas para desbaratarlas, para demoler su rutina de tristeza y esperanza, y, aunque a ratos la culpa llamaba a la puerta de su conciencia, era más fuerte la necesidad de alejarse del joven.

Esperó en el pasillo a que el juez decidiera qué hacer con el preso, y por si pedía una fianza, llevaba la chequera en el bolsillo interior de su chaqueta. Se lo debía por haber defendido a su hija. Khalil acudió sobrio, bien vestido, y convenció al juez de su buena disposición. Ni siquiera hubo que pagar fianza. En el coche apenas hablaron porque las palabras de Sebas no encontraron interlocutor.

—Me ha dicho Clavero que al final el venezolano se vuelve a su país. Se ha recuperado mucho mejor de lo que pensaban los médicos y prefiere seguir allí con la rehabilitación. Paula ha quitado la denuncia, solo quiere perderlo de vista. —Khalil no contestó, se limitó a seguir mirando por la ventanilla mientras se frotaba las manos nerviosamente.

En la vista, el fiscal solicitó ocho años de prisión por intento de homicidio. El hecho de haberle golpeado con el martillo sustenta esa acusación, aunque el abogado es optimista y cree que puede acabar en un delito de lesiones.

—¿Qué ha dicho el juez de que no tengas papeles?

—Dice que eso no es cosa suya. ¿Podemos parar a tomar una Coca-Cola? Tengo sed.

Nada más entrar en un bar de carretera, Khalil fue al baño. Tardó unos cinco minutos. Cuando regresó, Sebas supo que se había drogado. Lo vio en su cara, en su mirada huidiza, y decidió no decir nada. No le gustaba lo que veía, no reconocía a la persona que compartía con él la mesa. Y deseó con todas sus fuerzas dejarle por fin en su casita del huerto para perderle de vista.

Dos días después, Sebas estaba en el jardín jugando con su nieto. El abuelo chutaba suavemente una pelota de espuma. El niño trataba de imitarle, pero una y otra vez, al dar la patada, acababa en el suelo. Nico no lloraba, al contrario, cada vez que perdía el equilibrio se reía escandalosamente. Por la cancela apareció un demacrado Khalil.

—Hola, señor Sebas. —Seguía sin mirarle a la cara.

—¿Qué te trae por aquí? —El propietario se acercó a la valla sin invitarle a entrar.

—¿Me va a dar trabajo? Necesito dinero.

—Me parece que no estás en condiciones de trabajar.

Era evidente que Khalil estaba con el mono.

—Ya, pero necesito dinero y el señor Jesús tampoco me da trabajo. —Miró fijamente al niño, que se revolcaba en la hierba. A Sebas no le gustó que se fijara en su nieto—. Necesito hablar con usted un momento.

—No puedo darte dinero para que te drogues.

—No es solo para eso. Tengo que irme, fuera del país. No pienso ir a juicio y que luego me devuelvan a Marruecos. No puedo volver allí porque me matan, mis tíos me matan.

Sebas llamó a Narcisa, que estaba dentro, y le pidió que se ocupara del crío. No invitó al muchacho al porche, como había hecho tantas otras veces, sino que escuchó su historia de pie, al borde de la cancela. Le costó seguir el relato inconexo de Khalil; al final entendió que el miedo se había apoderado de su jardinero y que era un pavor con una base sólida. Cuando terminó de confesar lo ocurrido en su casa de Marruecos, Sebas sacó de su billetera veinte euros.

—Toma, para hoy. Mañana paso por tu casa y te digo cómo vamos a arreglar este tema. No te preocupes, lo solucionaremos.

Organizar una huida en el espacio Schengen no es difícil, basta con cruzar una frontera apenas perceptible. Khalil tenía miedo de que las autoridades fronterizas le pararan por su aspecto. Así que Fran se ofreció a llevarle. Viajaría de copiloto, bien vestido, ambos con corbata, en un coche poco llamativo pero nuevo. El marido de Paula estableció dos condiciones: que no llevara nada de droga y que, si les paraban en la frontera, dijera que lo había cogido haciendo autostop. No les han parado. Ya están en Burdeos. Fran le ha dejado en un barrio donde viven muchos inmigrantes, con dos mil euros en el bolsillo, para que inicie una nueva vida o termine la que

empezó. Sebas prefiere no saber nada. Sigue en el porche viendo cómo las hojas van y vienen, mientras el sentimiento de culpa se instala con ánimo de quedarse. Es cada vez más consciente de que el miedo a la deportación de Khalil le ha servido para librarse de él, porque ya no lo quería en su casa, ni siquiera cerca. Para Sebas, para Marian, para Paula y para Fran, incluso para Narcisa, un drogadicto no es una compañía deseable, ni una buena influencia para un niño. Es un peligroso estorbo, un enfermo que puede llegar a robar, que puede ponerse agresivo. Y por estas creencias Sebas se siente culpable. Se acuerda de Ángel y se siente todavía más culpable porque está seguro de que su hijo habría hecho algo para salvarle. Y él ni quiere, ni puede, ni sabe. Es curioso, piensa, que Khalil le haya ayudado a superar sus prejuicios hacia los musulmanes y en cierto modo a sobrellevar mejor la muerte de su hijo, para acabar enfrentándole a una nueva aversión, la que siente por los yonquis. Mejor que esté en Burdeos. Mejor retomar la vida cotidiana. Mejor, incluso, la nostalgia del hijo ausente. Suena el teléfono dentro de la casa. Marian sale con las manos escondidas en el bolsillo del delantal.

—Era Fran, que duerme en Irún.

Agradecimientos

La labor del escritor es solitaria y está llena de inseguridades. Por eso es tan necesario el apoyo de quienes nos rodean. Yo he sentido siempre el respaldo de mis padres, que desde niña alentaron mi creatividad y leyeron con interés mis redacciones escolares, mis cuentos de infancia y mis relatos y novelas de madurez. También de las excelentes profesoras de Lengua y Literatura que han pasado por mi vida de estudiante, que reconocieron mis trabajos literarios y me seleccionaron para representar al colegio en los premios Coca-Cola. Y no puedo dejar de recordar a mi amigo, profesor y mentor, José María Garmendia, quien siempre creyó en mi capacidad narrativa y me animó a seguir el camino de la escritura. Lástima que ya no esté entre nosotros para leer esta novela.

Doy las gracias a mi marido Agustín y a mis hermanas Elena y Berta, quienes han asumido la labor de enfrentarse a las primeras versiones de cada una de mis obras y que, con enorme paciencia, leen con ojos críticos, indicando mejoras y señalando errores, haciendo que al final mis novelas mejoren desde el punto de vista de la trama y del estilo.

No sé si los jurados que resolvieron concederme los premios de relato son conscientes de hasta qué punto me motivaron para continuar este difícil camino, para trabajar más y mejor, para ser más exigente con la escritura. Si no lo son, desde aquí les doy las gracias.

Un millón de gracias a mis lectores, quienes recibieron con los brazos abiertos mi primera novela, me hicieron llegar sus buenas opiniones e insistieron desde las redes sociales para que siguiera publicando. Sin ellos, mis obras no tendrían más sentido que el desfogue de una mente creativa perdiendo su propósito más genuino, que es el de compartir la historia para hacerla suya.

Por último, quiero dar las gracias a mi editora, Adelaida Herrera, que, con un entusiasmo que hasta ahora no había hallado en el mundo editorial,

decidió apostar por mis historias. Sus palabras de aliento, su cercanía y su sensibilidad me han ayudado a creer definitivamente en mí.

Biografía



SUSANA LÓPEZ (Erandio, Bizkaia, 1963) es doctora en Ciencias de la Información por la Universidad del País Vasco y ha ejercido como docente en varias universidades españolas, por lo que gran parte de sus publicaciones son trabajos de investigación referidos al mundo de la comunicación, entre ellos una tesis doctoral sobre prensa y transición política.

El relato breve y la novela son los géneros literarios por los que discurren sus historias, y en su estilo destacan la fuerza y la complejidad de sus personajes. Fue galardonada con el Premio Iparragirre de relato por Ausencia de madre, una dramática historia de violencia intrafamiliar, y su relato sobre la guerra civil y la orfandad, titulado La infancia usurpada, alcanzó similar reconocimiento en el Certamen del Foro de la Memoria Histórica de Córdoba. Además fue finalista en los premios Bruma Negra de relato.

En el ámbito de la novela ha publicado Vías muertas, una interesante historia de intriga policial ambientada en el mundo rural.

https://www.instagram.com/susanalopez.perez

https://m.facebook.com/susana.lopezperez.140

novelakhalil@gmail.com

Khalil
Susana López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Susana López, 2019

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Weera Sreesam / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20818-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones:

La madre de los carabineros
Alessio Puleo

Tinta corrida
Mariano Negri

Palabras fugaces
Valerio Cruciani

Sangre y corazón
Alexandra Roma

Copla al recuerdo de Manila
Jordi Verdaguer

Vuelo de vencejo
Juan Burgos

El cementerio de los recuerdos rotos
Silvia Ibáñez Cambra